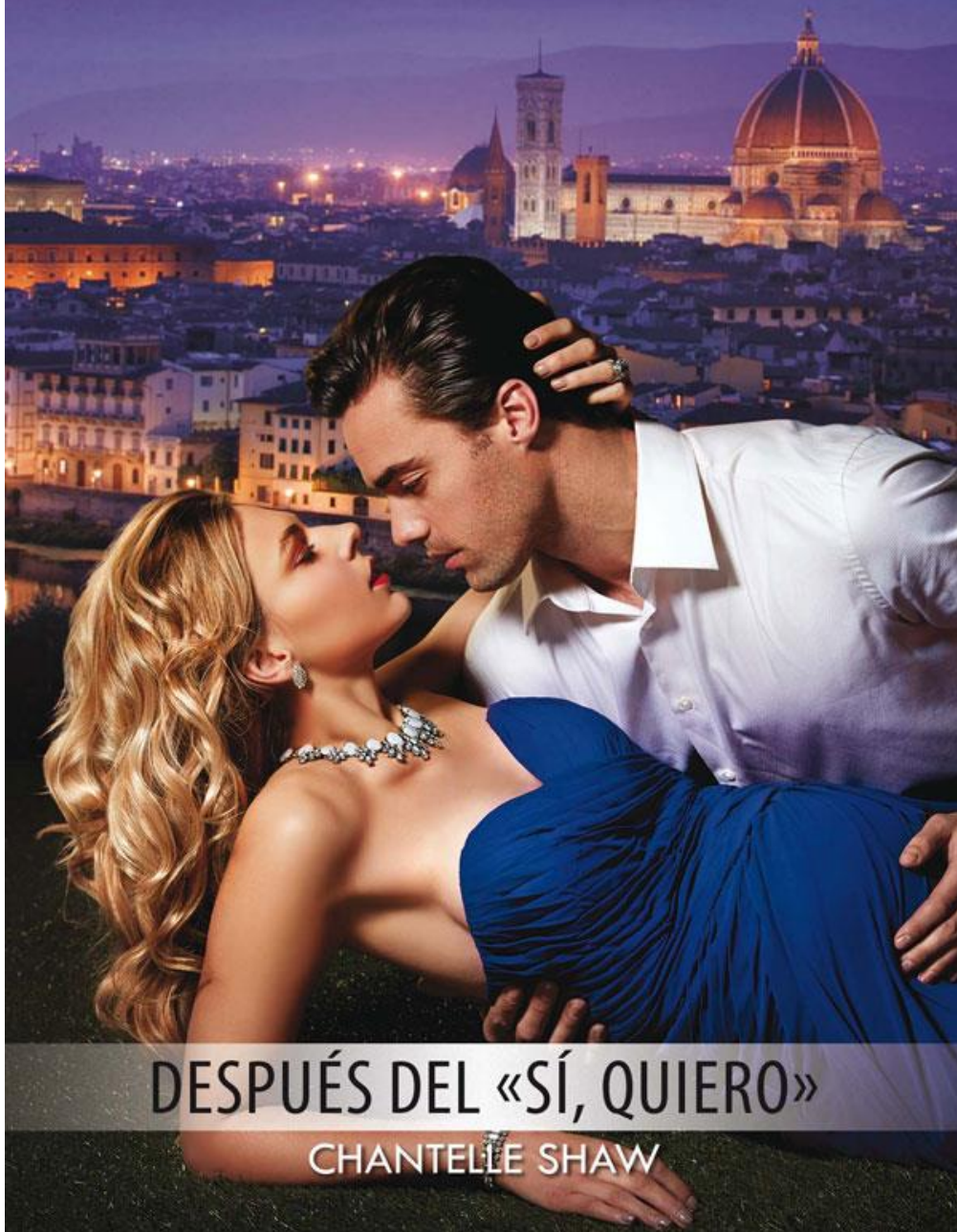




HARLEQUIN

Bianca™



DESPUÉS DEL «SÍ, QUIERO»

CHANTELLE SHAW

No le había dado tiempo a decir «Sí, quiero» cuando ella recuperó la memoria y se acordó de todo...

Después de enamorarse de un conocido magnate italiano, Marnie Clarke, camarera, se sintió horrorizada al enterarse de que, en el mundo de este, era solo su «sucio secretito». Con el corazón roto decidió marcharse con su dignidad a otra parte... ¡y con un hijo en el vientre!

Leandro se negaba a creer que el niño pudiese ser suyo hasta que una prueba de paternidad le demostró lo contrario. La pérdida de memoria de Marnie, causada por un accidente, hizo que decidiese convencerla de que estaban prometidos e iban a casarse. Era el único modo que Leandro tenía de asegurarse un heredero.

INDICE

INDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

Epílogo

1

–Así que tú eres el sucio secretito de Leandro.

Marnie apartó la vista de la puerta del restaurante por la que debía de llegar Leandro y miró al hombre que se había sentado a su lado en la barra. Se preguntó si había oído mal.

–¿Perdone?

Él sonrió y le tendió la mano.

–Disculpa la broma. Soy Fergus Leary, director financiero de Vialli Entertainment. Todo el mundo en la empresa siente curiosidad por saber por qué Leandro mantiene a su novia en secreto. Solo nos enteramos de tu existencia cuando le pidió a su secretaria que te llamase para la fiesta.

Marnie intentó no sentirse mal a pesar de que se le había encogido el estómago. Fergus le había caído mal desde el principio, pero sonrió educadamente. Al menos este le había hablado, no como el resto de empleados de Leandro. Había llegado al restaurante en el que se iba a celebrar la fiesta ella sola y muy nerviosa, y las miradas de curiosidad de los presentes solo habían conseguido que se sintiese todavía peor.

Al parecer, todo el mundo estaba esperando a Leandro, que llegaba un cuarto de hora tarde. Marnie había intentado llamarlo, pero estaba todo el tiempo comunicando. Era lo habitual. Solo había conseguido hablar con él un par de veces en las dos últimas semanas, en las que este había estado de viaje de negocios en Nueva York.

–A Leandro le frustra mucho la constante presencia de los paparazzi, así que evitamos restaurantes y bares que sean muy conocidos –le explicó ella a Fergus.

De hecho, ella había empezado a preguntarse recientemente por qué Leandro nunca le pedía que lo acompañase a ningún evento, como a un estreno cinematográfico al que había acudido la semana anterior.

–Voy al estreno porque es una buena oportunidad de negocio y un buen lugar para relacionarse –le había dicho él cuando, por primera vez desde que habían empezado a salir juntos, Marnie le había preguntado por qué no la invitaba a acompañarlo–. No vas a conocer a nadie y te vas a aburrir.

Ella debía de haber puesto gesto de decepción, porque Leandro había añadido en tono conciliador:

–Saldremos a cenar cuando vuelva de Nueva York. De hecho, podríamos irnos un fin de semana a alguna parte. Elige el destino y yo lo organizaré todo. ¿Qué te parece Praga? Has dicho varias veces que te gustaría conocerla.

Después había evitado continuar con la discusión llevándosela a la cama, pero después Marnie se había dado cuenta de que había vuelto a entretenerla con

la promesa de un viaje y con sexo, lo que solía hacerle sentir que, a pesar de tener con él una relación poco convencional, eran muy felices viviendo juntos.

Y el hecho de que estuviese allí aquella noche, en aquella fiesta que Leandro había organizado para sus empleados, para celebrar la conclusión de un proyecto, era la prueba de que la había escuchado. Aunque también era cierto que lo había hecho a última hora y a través de su secretaria.

Decidida a ir vestida para impresionar en su primera aparición pública con Leandro, había ido a comprarse un vestido nuevo a Bond Street. No obstante, no había disfrutado de la experiencia. Por un lado, por el precio de la ropa y, por otro, porque le había hecho recordar cuando, con dieciocho años, la habían acusado de haber robado en unos grandes almacenes.

Si se hubiese mirado un poco mejor al espejo de la tienda, en vez de tener tanta prisa por terminar con aquello, se habría dado cuenta de que el vestido le quedaba un poco justo, pensó mientras se miraba de reojo en el espejo que había detrás de la barra. El terciopelo negro se pegaba a su cuerpo curvilíneo, que había engordado un poco recientemente. Tenía la esperanza de que el collar de perlas que llevaba al cuello desviase parte de la atención del generoso escote.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que todas las empleadas de Leandro eran más delgadas y elegantes que ella. Se sintió insegura. Cuando había conocido a Leandro en el bar en el que por entonces había estado trabajando, otra de las camareras le había advertido que tenía fama de mujeriego al que le gustaba salir con modelos y mujeres de la alta sociedad. Marnie sabía que ella era solo medianamente atractiva y jamás había comprendido que Leandro se hubiese fijado en ella cuando habría podido tener a cualquier otra mujer.

Le llamó la atención el movimiento que había al otro lado del local y el corazón le dio un vuelco al ver que se abría la puerta y aparecía él.

Leandro Vialli era alto y delgado, y muy guapo. Y no parecía que acabase de bajarse de un avión después de un largo vuelo. Parecía un modelo salido de una revista de moda.

El corte de la chaqueta realzaba sus anchos hombros y los pantalones le marcaban los musculosos muslos y enfatizaban sus largas piernas. Estaba moreno y tenía el pelo grueso y oscuro, normal teniendo en cuenta su origen mediterráneo, aunque hablase con cierto acento americano.

La prensa rosa lo llamaba el playboy italiano mientras que la seria hablaba de su meteórica carrera. Leandro era el dueño de varios teatros en el turístico barrio londinense de West End y era responsable de la restauración de algunos edificios históricos de la ciudad. Y Vialli Entertainment era solo una filial de su gigante inmobiliario Vialli Holdings, con base en Nueva York, una empresa con una cartera por valor de miles de millones de dólares.

Su gesto duro jamás revelaba lo que estaba pensando, pero su sonrisa cínica hablaba de un hombre seguro de sus capacidades y de su desprecio por los tontos. Rebosaba un poder y un carisma que para Marnie eran irresistibles.

Lo había echado mucho de menos durante su viaje y en esos momentos deseó correr a sus brazos, pero se contuvo, consciente de que a Leandro no le

gustaban las muestras públicas de afecto. Controlaba las emociones incluso cuando estaban a solas y solo se dejaba llevar cuando hacían el amor.

Se bajó del taburete y se pasó una mano por la larga melena rubia. Sonrió, pero vaciló al ver que Leandro recorría el local con la mirada y ponía gesto de sorpresa primero y de irritación después al descubrirla allí. En ese momento, a Marnie se le encogió el estómago y volvió a sentirse insegura.

Cinco días antes había sido su primer aniversario como amantes, pero Leandro no la había llamado desde Nueva York para felicitarla. Cuando la había llamado, un día después, ella no había querido recordárselo, aunque en el fondo había tenido la esperanza de que Leandro tuviese planeado celebrarlo cuando volviese a casa. En esos momentos, mientras se dirigía hacia donde estaba ella, no tenía cara de celebración.

Debía de estar cansado después del viaje. Aunque en la cama no parecía cansarse nunca y podía hacerle el amor varias veces en una noche. Marnie se dijo con firmeza que no podía permitir que sus inseguridades, que sospechaba que se debían a que su padre la había abandonado de niña, estropeasen lo que tenía con Leandro.

El corazón le dio un vuelco cuando Leandro se detuvo delante de ella. Su olor hizo que se derritiera por dentro, pero tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a los gélidos ojos.

—*Cara*, no esperaba verte aquí.

—Pero si me has invitado... ¿no? —balbució ella—. Tu secretaria me llamó ayer y me dijo que le habías pedido que me informase acerca de la fiesta.

Leandro frunció el ceño.

—En realidad, Julie debía de informarte de que habíamos adelantado la celebración a esta noche porque el restaurante estaba ocupado la semana que viene, y que iba a llegar a casa tarde.

—Entiendo.

Marnie se ruborizó, se sintió humillada. Leandro le había dejado clara cuál era su relación con tan solo un par de frases. Era evidente que ella era una tonta, que se había estado engañando.

Deseó que la tierra se abriese y se la tragase, pero al ver que no había en el rostro de Leandro ningún gesto de cariño y a pesar de que solía huir de todo enfrentamiento, se vio inundada por un mar de emociones. Le pareció que era normal que quisiese participar en la vida social de Leandro, teniendo en cuenta que llevaban juntos un año.

—Como es evidente, si hubiese sabido que no me estabas invitando a la fiesta, no habría venido —respondió en voz baja, consciente de que eran el centro de atención.

Pero, por una vez, se negó a contener el enfado mientras recordaba que Fergus había dicho que era «el sucio secretito de Leandro». ¿Era eso lo que toda la fiesta pensaba de ella? ¿Era así como la veía también Leandro?

—¿Te avergüenzas de mí? —inquirió.

–No seas ridícula –replicó él.

–¿Qué quieres que piense, si no te gusta que nos vean juntos en público? – volvió a preguntar ella, levantando la voz.

Leandro frunció el ceño y eso la enfadó todavía más. Aunque, al mismo tiempo, también estaba sorprendida consigo misma por estar discutiendo con él.

Lo vio apretar los labios, no respondió.

Marnie recordó a su madre, gritándole a su padre y se estremeció. ¿Estaría volviéndose también ella una mujer histérica e irracional? Todo el mundo la estaba mirando, eso no se lo estaba imaginando. La expresión de Leandro era indescifrable, pero Marnie sabía que estaba sorprendido con su comportamiento y, a juzgar por el brillo de sus ojos grises, furioso.

De repente, se sintió fatal. Dejó escapar un sollozo e intentó alejarse de él, pero Leandro la agarró del brazo.

–¿Adónde vas?

–No me voy a quedar en la fiesta ahora que sé que no me quieres aquí –le respondió con voz temblorosa–. ¿Qué más te da adónde vaya? En realidad, no te importa.

Se zafó de él y caminó todo lo rápido que pudo con aquellos tacones hacia la puerta del restaurante. En el fondo tenía la esperanza de que Leandro la siguiese, pero se vino abajo al ver que no lo hacía.

Leandro vio la curvilínea figura de Marnie apartándose de él y se excitó solo de ver cómo se balanceaba su trasero. No podía creerse que Marnie fuese a marcharse y dejarlo allí, pero vio, sorprendido y molesto, cómo salía del restaurante.

No era de las que tenía rabietas, como su exmujer. Marnie era una mujer de trato fácil, que siempre estaba de acuerdo con él. Y Leandro agradecía poder vivir sin el continuo drama que había sido su matrimonio. De repente, se sintió intrigado por aquella reacción. Sabía que le había hecho daño a Marnie, y se maldijo por su falta de tacto, pero no le gustaban las sorpresas, y encontrársela allí había sido una sorpresa.

Tendría que hablar con Julie, que estaba sustituyendo a su secretaria, Fiona, mientras esta disfrutaba de su baja de maternidad. No obstante, supo que no podía echarle la culpa a nadie de lo ocurrido, tenía que haberse ocupado personalmente de que Julie comprendiese que jamás mezclaba su vida profesional con la privada, y que su amante entraba en la segunda categoría.

Cuando la había conocido ya le había dejado claro que quería una relación sin ataduras. Sus sospechas de que era virgen habían hecho que Marnie lo atrajese todavía más, pero lo único que quería de ella era sexo, no podía ofrecerle más.

Había intentado comprometerse una vez, sin éxito. Su matrimonio pronto se había convertido en una farsa que había terminado mal, y no tenía ningún interés en repetir el mayor error de su vida, por mucho que insistiese su padre.

Había cenado con Silvestro Vialli en su viaje a Nueva York y el viejo había vuelto a decirle que tenía que casarse y, sobre todo, tener un heredero que asegurase el futuro de Vialli Holdings. Leandro había aprendido muy pronto que a su padre lo único que le importaba era el negocio.

–La próxima vez asegúrate de hacer una prueba de paternidad en cuanto nazca para demostrar que el niño es tuyo, y así evitarás otro desastre –le había aconsejado Silvestro con toda claridad.

Pero no habría una próxima vez. El engaño de Nicole lo había dejado marcado para siempre y nadie podría convencerlo de que se vinculase a una mujer durante el resto de sus días. Los recuerdos del breve matrimonio de sus padres, y de su duro divorcio, ratificaban su creencia de que el compromiso era una pérdida de tiempo. A él no le interesaba una relación seria, lo que hacía todavía más sorprendente que Marnie fuese su amante desde hacía un año.

No entendía cómo era posible que su aventura hubiese durado tanto. Evidentemente, aquello no era lo que él había tenido en mente cuando, casi un año antes, le había pedido que se fuese a vivir con él. Marnie había necesitado un alojamiento y él había dado por hecho que se aburriría de ella en unas semanas y la ayudaría a buscarse un piso al que mudarse.

Le inquietó pensar que no le había atraído ninguna otra mujer desde que Marnie se había convertido en su amante.

Una camarera le ofreció champán y canapés. Leandro tomó una copa y le dio un sorbo. Necesitaba alcohol en la sangre. El viaje a Nueva York había sido frenético, pero le gustaba así. Su trabajo era lo más importante y le daba la sensación de que controlaba completamente su vida.

Después del fracaso de su matrimonio, se había concentrado en ser buen padre, decidido a que Henry no sufriese con el divorcio como había sufrido él de niño con la ruptura de sus padres, pero al recibir la devastadora prueba de que Henry no era suyo, se había sentido vacío por dentro y había jurado no volver a exponerse a semejante dolor nunca jamás.

Su padre se había pasado la vida evitando establecer vínculos afectivos, pensó Leandro con cinismo. Y era lo único que pensaba emular de él. Su madre, por otro lado, se había enamorado muchas veces, con hombres que le habían roto el corazón, pero nunca había querido a la persona que más la había adorado: su hijo.

Leandro se obligó a pensar en el presente y en la inesperada reacción de Marnie. ¿Qué le había pasado? Él no había intentado evitar que se marchase de la fiesta porque le había preocupado que montase una escena delante de sus empleados, pero estaba muy sorprendido porque, en general, era poco problemática y, hasta hacía poco, había parecido contentarse con estar en un segundo plano en su vida.

Frunció el ceño al recordar que, un par de días antes, cuando la había llamado desde Nueva York, ya la había notado extraña, menos alegre que de costumbre. Había estado a punto de preguntarle qué le pasaba, pero no lo había hecho, se había recordado que era solo su amante.

Tal vez que aquella noche hubiese demostrado que también tenía una parte inestable fuese lo mejor. Lo extraño era que su aventura hubiese durado todo un año y, si Marnie iba a empezar a comportarse así, había llegado el momento de sustituirla en su cama.

Se dio cuenta de que varios de sus directivos estaban intentando llamar su atención y decidió olvidarse de Marnie y disfrutar de la fiesta, pero le había visto los ojos brillantes antes de marcharse y no podía evitar tener mala conciencia.

Imaginó que habría tomado un taxi y habría vuelto a su casa en Chelsea, porque no tenía otro lugar adonde ir. Le había contado que su madre había fallecido unos meses antes de que se conociesen y que solo tenía unos familiares que vivían en Norfolk.

Leandro vació la copa de champán de un sorbo y juró entre dientes. La experiencia le había enseñado que las mujeres solo daban problemas, y no sabía por qué le sorprendía que Marnie fuese igual que las demás. No era responsabilidad suya, aunque tuviese la culpa de su disgusto.

Se acercó a su director general y habló brevemente con él antes de llamar por teléfono al chófer y pedirle que fuese a recogerlo.

Marnie salió del aire acondicionado del restaurante al calor de la calle. Era verano y la ola de calor llevaba durando ya varias semanas. Eran las ocho de la tarde y todavía brillaba el sol en el cielo. El vestido se le pegó al cuerpo mientras caminaba desalentada hacia la parada del autobús.

No podía creerse que hubiese salido de la fiesta así. Leandro se había sorprendido con su comportamiento y era extraño que no la hubiese seguido, después de cómo le había gritado.

Volvió a notar que se le llenaban los ojos de lágrimas. ¿Qué le pasaba? Si ella nunca lloraba.

Ni siquiera había llorado cuando su hermano Luke había fallecido en un accidente de moto cinco años antes. Después de haber crecido con una madre depresiva, siempre le había dado miedo dejarse llevar por las emociones. Había tenido miedo de empezar a llorar por Luke y después no poder parar. Además, había tenido que mantenerse fuerte por su otro hermano, Jake, al que la muerte de su gemelo lo había dejado destrozado. Y había hecho lo posible por cuidar de su madre, como había hecho desde los once años, cuando su padre se había marchado de casa.

Se apoyó en la parada del autobús y respiró hondo. El año anterior, con Leandro, había sido la época más feliz de su vida, incluso más feliz que de niña, cuando sus padres siempre habían estado discutiendo. Su madre había sido muy posesiva y eso había enseñado a Marnie a darle espacio a Leandro.

Había intentado hacerlo bien, pero en esos momentos se dio cuenta de que casi no sabía nada de él. Nunca le había presentado a sus amigos ni a su familia, y lo único personal que le había contado era que su padre vivía en Nueva York y

que su madre había sido una estrella de los musicales, pero que había fallecido diez años antes.

Marnie no supo por qué le importaba tanto de repente que Leandro no hubiese compartido más su vida privada con ella. En los últimos tiempos había estado más propensa a cambios de humor, y tal vez eso explicase que se sintiese tan dolida por el modo en que la había tratado, pero, como por naturaleza solía perdonar enseguida, se recordó que Leandro era un multimillonario que dirigía un gran negocio, y que ella jamás no podía ser siempre su prioridad.

Había estado deseando que volviese de Nueva York porque quería contarle sus noticias. No solo había sacado matrícula de honor en Astrofísica, sino que había sacado la nota más alta de todo el país. Leandro iba a llevarse una gran sorpresa. Marnie se mordió el labio. Tal vez tenía que haberle contado antes que solo trabajaba un día a la semana de camarera y que, el resto del tiempo, estudiaba Astronomía, Ciencia Espacial y Astrofísica en una de las mejores universidades de Londres.

–¿Para qué quieres estudiar Astronomía? –le había preguntado su madre–. ¿Para qué sirve mirar las estrellas y los planetas? Tienes que formarte para tener un trabajo de verdad, y no pasarte el día soñando.

Sus profesores tampoco habían confiado en que pudiese convertirse en astrónoma, pero había trabajado mucho y había hecho caso omiso de los compañeros que se habían burlado de ella porque le gustaban tanto las ciencias. Y a pesar de haber sido aceptada en una de las mejores universidades, había seguido sintiéndose insegura y por eso había decidido esperar a ver si aprobaba los exámenes finales para contarle a Leandro su sueño de convertirse en astrónoma.

Ya estaba más cerca de hacerlo realidad. Le habían ofrecido una beca para hacer un posgrado en el centro de investigación que la NASA tenía en California. Tendría que mudarse temporalmente a los Estados Unidos, y esperaba que Leandro comprendiese que tendrían que seguir con su relación a distancia durante los nueve meses que estaría allí.

Marnie miró a lo lejos con la esperanza de ver acercarse el autobús y se le encogió el corazón al ver el coche negro, con las ventanas tintadas, de Leandro.

–Sube, Marnie.

Ella estuvo a punto de suspirar aliviada al ver que había ido a buscarla, pero la rebelde que había en su interior le dijo que no tenía ningún derecho a tratarla con superioridad, y que no quería seguir siendo su «sucio secretito».

Mientras dudaba, Leandro le advirtió:

–Solo te lo voy a decir una vez, *cara*.

2

Marnie subió al asiento trasero del coche, se sentó junto a Leandro sin mirarlo y cerró la puerta. Este le dijo al conductor que podía arrancar y después subió el cristal que los separaba de él. La tensión entre ambos era palpable. Marnie se agarró las manos en el regazo, decidida a no ser la primera en hablar.

–¿Se puede saber qué demonios te pasa? –inquirió él, evidentemente molesto–. No te invité a la fiesta porque tenía pensado quedarme solo una hora y después volver a casa, contigo.

En cierto modo era cierto y Leandro se dio cuenta de que tenía que tranquilizarse. Clavó la mirada en el pecho de Marnie, que subía y bajaba rápidamente, y pensó que en cualquier momento se le iba a salir del pronunciado escote. Tenía la piel de melocotón y el pelo rubio y ondulado sobre la espalda. Sintió deseo solo de pensar en desnudarla y poder acariciar aquellas curvas.

–¿De verdad?

No parecía convencida y Leandro contuvo la impaciencia para empujarla contra el asiento de cuero y besarla.

–Podríamos haber estado un rato juntos en la fiesta –murmuró ella, que se había sentido muy dolida por la actitud de Leandro y, por una vez, no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

–Paso mucho tiempo con mis trabajadores y no voy a disculparme por querer pasar mi tiempo libre exclusivamente contigo.

–Ah.

Dicho así, la decisión de Leandro de no invitarla sonaba razonable. Marnie pensó que tal vez había reaccionado de manera un tanto exagerada.

Leandro tomó sus manos y Marnie bajó la vista a sus dedos entrelazados, los de ella muy claros y suaves, los de él, morenos y duros.

Leandro tomó uno de sus mechones de pelo con un dedo y tiró suavemente de él para que lo mirase, y Marnie se quedó sin respiración. De repente ya no le brillaban los ojos por el enfado, su mirada era distinta, de deseo, y Marnie se derritió.

Leandro notó cómo se relajaba y supo que había ganado la batalla. Su deseo aumentó al hacerle levantar la barbilla y besar sus labios húmedos y suaves sin piedad. Se recordó que en aquella relación era él quien llevaba las riendas.

El hecho de que Marnie respondiese con avidez aumentó su deseo. La había enseñado bien y ya no era la chica tímida e inexperta a la que había conocido.

Levantó la mirada y se sintió satisfecho al verla ruborizada, bajó la vista y se dio cuenta de que el rubor se extendía por el cuello y hasta la curva de sus

pechos. Así era como se había imaginado a su amante mientras estaba de viaje: arrebatada de deseo y con la sensual promesa de sus ojos marrones.

Las palabras de Leandro habían aplacado la preocupación de Marnie de que para él aquella relación no significase tanto como para ella. Apoyó una mano en el bulto que tenía en los pantalones y sonrió al oírlo gemir.

–¿Me has echado de menos?

–Por supuesto que te he echado de menos –respondió él riendo–. Después de dos semanas sin sexo me siento muy, muy frustrado, *cara*.

–No me refería solo al sexo.

Sus dudas desaparecieron cuando Leandro la apretó contra su cuerpo y volvió a besarla. La pasión fue tal que Marnie se olvidó de todo, menos de que necesitaba que Leandro siguiese acariciándola.

Él la empujó contra el asiento y se inclinó sobre ella.

–*Dio*, lo necesitaba –murmuró.

Y Marnie se dejó llevar. Después de tantas noches sin él, su cuerpo estaba más sensible de lo habitual y gimió suavemente al notar que le metía la mano por el escote y le acariciaba los pechos a través del sujetador de encaje. Cuando le frotó los pezones estuvo a punto de saltar del placer.

Él se echó a reír.

–Esto es lo que había echado de menos. Tu precioso cuerpo, siempre preparado y ansioso. Estoy impaciente porque lleguemos a casa y pueda desnudarte.

Pasó un dedo por el borde del escote.

–¿Es un vestido nuevo? ¿Lo has comprado para la fiesta? Cuando he entrado en el restaurante y te he visto casi me desmayo de lo sexy que estabas.

Marnie recordó lo insegura que se había sentido mientras esperaba a que Leandro llegase. Si él se sentía orgulloso de ella, tal vez ella podría sentirse al mismo nivel que él.

–Leandro –susurró–. ¿Te gustaría que tuviese un trabajo mejor que el de camarera?

–Ser camarera no tiene nada de malo –respondió él, mordisqueándole el lóbulo de la oreja antes de bajar por el cuello y dirigirse hacia el escote.

–¿No te gustaría que tuviese una buena carrera, como las mujeres a las que contratas para tu empresa? –insistió ella.

–He salido con mujeres profesionales y, si te soy sincero, hacer coincidir nuestros horarios era una pesadilla. Me gusta saber que vas a estar en casa esperándome cuando vuelvo del trabajo.

Marnie se sintió decepcionada por la aparente falta de entusiasmo de Leandro en lo relativo a su carrera, pero, al mismo tiempo, le gustó oírle decir que le gustaba llegar a casa por las noches. Respiró hondo cuando este le apartó el

vestido y el sujetador y le agarró los pechos para después lamérselos. La sensación era maravillosa.

Aturdida por el deseo, decidió esperar y contarle que le había surgido una oportunidad para trabajar en la NASA más tarde, cuando hubiesen saciado el hambre que tenían el uno del otro.

Leandro la sentó en su regazo y metió la mano debajo de la falda del vestido para acariciarle los muslos. Ella se estremeció de deseo y separó las piernas para permitirle que subiese la mano más, hasta el lugar donde anhelaba sus caricias.

–Estás muy excitada –rugió Leandro con satisfacción, metiendo un dedo por debajo de su ropa interior y acariciándola.

Una vocecilla le dijo a Marnie que era una vergüenza desearlo tanto, pero lo cierto era que lo deseaba, que lo necesitaba. Antes de conocerlo se había sentido vacía y sola.

Metió otro dedo en su interior y movió la mano de manera rítmica, cada vez de forma más rápida y profunda, excitándola hasta tal punto que Marnie no pudo pensar en nada que no fuese lo que Leandro le estaba haciendo.

–Leandro... –gimió, aferrándose a sus hombros mientras su cuerpo se sacudía por dentro.

–Ya está, nena. Venga.

Abrumada por el placer, Marnie enterró el rostro en su cuello y aspiró el olor especiado de su aftershave. El corazón se le encogió de la emoción. Lo había echado tanto de menos y, a juzgar por el tamaño de su erección, era mutuo.

Unos minutos después el coche se detenía en Eaton Square y Marnie se colocaba el vestido antes de que el conductor abriese la puerta. Leandro la agarró por la cintura, como si supiese que todavía estaba sin fuerza en las piernas, y subieron rápidamente las escaleras de la casa.

Entraron y Leandro cerró la puerta de una patada y la abrazó. La agarró por el trasero un instante y después le bajó la cremallera del vestido, que se le bajó.

Leandro gimió y Marnie volvió a desearlo.

Él debió de sentir su desesperación, porque la tomó en brazos y la sentó en la mesa de mármol que había en la entrada, levantándole la falda del vestido hasta los muslos.

–No puedo esperar a llegar a la habitación –admitió con voz ronca.

A ella le dio un vuelco el corazón, pero entonces oyó un sonido que odiaba y se enfrió.

–¡Tu maldito teléfono! –murmuró.

–Lo voy a apagar –le prometió él.

Pero al sacárselo de la chaqueta y ver quién lo llamaba, se puso tenso.

–*Cara*, lo siento, pero tengo que responder.

–No me lo puedo creer... –dijo ella, sintiéndose frustrada.

Pero se recordó que era normal, Leandro estaba al frente de una empresa multimillonaria y tenía que trabajar incluso a aquellas horas. Lo oyó hablar en francés y se sorprendió, no había sabido que lo hablase. Había tantas cosas que no sabía de él.

Se bajó de la mesa y se colocó el vestido. Le dolían los pechos y tenía algo de náuseas. Ya le había ocurrido, más o menos a la misma hora, varios días, y se preguntó si tendría algo que ver con la ola de calor. Tal vez necesitase beber más agua.

Oyó la voz de Leandro en su despacho y paseó por el salón. Como todas las habitaciones de la casa, estaba decorado de manera moderna, lo que contrastaba con el estilo georgiano de la fachada del edificio. Los colores de las paredes y de los muebles eran neutros y las únicas notas de color las ponían algunas obras de arte contemporáneo y, seguramente, muy caro.

El salón era sorprendentemente impersonal, pero Leandro le había contado que había contratado a un decorador de interiores para decorar la casa, lo que debía de explicar que no hubiese nada que reflejase su personalidad en ninguna parte. Al mudarse allí, Marnie había llevado con ella un par de plantas, pero estas parecían tan fuera de lugar en la habitación como ella misma.

Miró por la ventana, hacia el jardín, y pensó que aquel barrio era muy distinto al de su niñez. Cuando su padre se había marchado y habían vendido la casa familiar se habían mudado a una de las partes más pobres del sur de Londres. Un barrio conocido por su alto índice de criminalidad y drogas, otro motivo más por el que ella había deseado estudiar y tener una carrera.

Marnie recordó que, nada más conocer a Leandro, había pensado que este estaba fuera de su alcance. Él iba al bar de copas con regularidad y ella había tardado en tomarse en serio sus coqueteos, hasta que, una noche, la había invitado a cenar.

Había sido su primera cita de verdad, y había estado muy nerviosa, pero él la había hecho tranquilizarse. Al final de la noche ya se había sentido completamente hipnotizada por él y no había hecho falta que Leandro la convenciese para que pasasen la noche juntos.

Marnie no sabía si Leandro había adivinado que era su primer amante. Hasta entonces, no había tenido tiempo para novios. Había estado demasiado ocupada estudiando, trabajando y cuidando de su madre, cuya depresión había empeorado después de que Luke falleciese y Jake desapareciese. No obstante, desde el fallecimiento de su madre, Marnie había empezado a sentirse mucho más libre de responsabilidades, así que cuando Leandro le había preguntado si quería mudarse con él, había accedido.

Suspiró. Al principio no le había preocupado que Leandro trabajase tanto, ni que solo pasasen tiempo juntos en la cama. Había disfrutado teniendo sexo con él, y todavía lo hacía, pero, aunque la situación seguía siendo la misma, se dio cuenta de que ella había cambiado. Se había enamorado de él y estaba intentando averiguar cuáles eran sus sentimientos hacia ella.

Hasta su viaje a Nueva York, Marnie había pensado que sentía por ella algo más que una atracción sexual, pero su actitud en la fiesta y la facilidad con la que había respondido aquella llamada de teléfono la hacían dudar.

La puerta del despacho estaba abierta cuando Marnie pasó por delante, y la habitación estaba vacía. Subió las escaleras y se dirigió al dormitorio que compartía con Leandro. Como este había terminado la conversación, con un poco de suerte ya no habría más interrupciones y podría hacerle el amor.

Se comunicaban mejor en la cama. Su pasión hacía que no fuesen necesarias las palabras, ya que sus cuerpos estaban siempre en consonancia. Pero para ella no se trataba solo de sexo. Cuando Leandro la abrazaba y le acariciaba el pelo, se sentía cerca de él. Cuando era tierno, Marnie estaba convencida de que le importaba.

Leandro salió del baño cuando ella estaba entrando en la habitación. Estaba desnudo y solo llevaba una toalla a la cintura. Tenía el pelo y el pecho mojados. Le gustaba ducharse antes de que tuviesen sexo, y a Marnie se le hizo la boca agua solo de pensarlo.

Pero entonces lo vio abrir un cajón y sacar unos calzoncillos de seda, y volver al cuarto de baño, del que volvió a salir con ellos puestos.

La decepción de Marnie se convirtió en confusión al ver que se ponía unos vaqueros. Y se quedó de piedra al darse cuenta de que había una maleta encima de la cama.

—¿Te vas a alguna parte?

Él terminó de abrocharse la camisa y la miró de reojo.

—A París.

—¿Ahora? ¿Esta noche? —le preguntó—. ¿Por qué? Ya fuiste a París el fin de semana antes de marcharte a Nueva York.

En realidad iba a París una vez al mes y pasaba el fin de semana allí. Marnie daba por hecho que iba por trabajo, pero él nunca le había dado ninguna explicación y ella tampoco se la había pedido.

De repente, le vino otra cosa a la cabeza.

—¿Te acuerdas de que tenemos que ir a Norfolk a la boda de mi prima?

—Me temo que no voy a poder acompañarte.

Marnie no pudo ocultar su decepción.

—Pero si me dijiste que ibas a venir... y yo le dije a Gemma que iría acompañada.

—Te dije que lo intentaría, pero no te lo prometí —replicó él, pasándose una mano por el pelo—. Me voy a París porque... un amigo ha tenido un accidente y tengo que estar allí.

Marnie se dio cuenta de que estaba muy tenso. Era tan poco habitual en él mostrar alguna emoción, que se sintió culpable por haber dudado de él.

—Lo siento. ¿Ha sido un accidente muy grave?

Una vocecilla en su interior le preguntó si a ella también la consideraría una amiga. Y si iría corriendo a verla si tenía un accidente.

–No lo sé. Me acaban de llamar... Siento tener que marcharme así, y siento lo de la boda de tu prima. No sé cuándo voy a poder volver.

Leandro debía de estar muy preocupado, porque siempre lo tenía todo milimétricamente organizado.

–No importa. Tienes que ir. ¿Puedo hacer algo para ayudarte?

Él cerró la cremallera de la maleta y tomó una chaqueta.

–¿Puedes ir por mi teléfono? He debido de dejármelo en el baño.

El teléfono pitó justo cuando Marnie lo tenía en la mano y no pudo evitar mirar la pantalla, que decía: *Tienes un mensaje de Stephanie.*

¿Quién sería Stephanie? ¿Una empleada? ¿Otra amiga?

Por un instante, Marnie se sintió tentada a leerle los mensajes. Entonces recordó a su madre registrando los bolsillos de su padre, buscando pruebas de que veía a otra mujer, y se sintió mal consigo misma. Leandro nunca le había dado ningún motivo para no confiar en él, así que se apresuró a volver al dormitorio y darle el teléfono.

Luego lo siguió hasta la puerta.

–Debes de estar cansado después del viaje. Espero que tu amigo esté bien.

–Gracias –le dijo él, inclinándose a darle un beso en los labios.

Luego la miró y Marnie tuvo la sensación de que iba a decirle algo, pero el momento pasó y la conexión que había habido entre ambos se rompió.

El conductor de Leandro le abrió la puerta antes de meter la maleta en el maletero.

–El avión está preparado, señor. Vaya noche. Acababa de volver a Inglaterra.

–Desde luego –murmuró él.

El coche arrancó y él apoyó la cabeza en el respaldo y respiró hondo. Ojalá Henry estuviese bien. Pensaban que se había roto la clavícula, le había dicho el director del colegio en París. Al parecer, el niño había estado de excursión con sus compañeros cuando se había caído. Al estar en un lugar recóndito, habían tardado varias horas en llevarlo a un hospital en París.

La vida de Henry no corría peligro, pero Leandro sabía que estaba sufriendo. Recordó que él se había dislocado la clavícula jugando al rugby con unos doce años y lo había pasado fatal. Su padre había estado de viaje de negocios y su madre actuando en alguna parte del mundo, así que había estado solo en el hospital y después un empleado de su padre lo había llevado al piso de la Quinta Avenida que él jamás había considerado su hogar.

Odió la idea de que Henry estuviese sufriendo y que pudiese estar asustado y solo. Nicole estaba en el extranjero, por eso lo habían llamado a él del colegio, porque aparecía en la lista de contactos en caso de emergencia. Leandro sospechaba que su exmujer solo le permitía que estuviese en contacto con el niño porque eso le convenía.

Entonces pensó en Marnie. No sabía por qué había deseado tanto contarle que el amigo al que tenía que ir a ver a París era el hijo de diez años de su exmujer. Un niño que, durante seis años, había pensado que era suyo.

Pero no se lo había dicho porque él nunca compartía información personal con sus amantes. Y aunque con Marnie la aventura hubiese durado más, no significaba nada para él.

Se preguntó si ella lo habría comprendido si le hubiese explicado cómo se había sentido cuando le habían informado de que el niño no era suyo, como si le hubiesen arrancado el corazón del pecho.

Apretó la mandíbula. ¿Cómo iba a entenderlo Marnie, ni nadie?

Pero le había prometido a Henry que siempre serían amigos.

Una vez en su avión, Leandro llamó al director del colegio de Henry, que le aseguró que el niño no tenía nada roto. Al llegar a París, fue directo al hospital, donde lo acompañaron inmediatamente a la habitación de Henry. El pequeño estaba muy pálido, pero sonrió al verlo.

—Papá. Me duele el hombro.

A Leandro se le encogió el corazón.

—Dijimos que me llamarías Leo en vez de papá —le recordó en tono amable—. He hablado con el médico y me ha dicho que no tienes la clavícula rota, pero sí un esguince de ligamentos. No hay mucho que se pueda hacer, salvo esperar y descansar. Te van a dar el alta y te voy a llevar a casa. Pasaremos allí el fin de semana si a tu madre le parece bien.

—Genial. ¿Podremos cenar pizza?

—Me alegra ver que tienes apetito —dijo Leandro.

—Mamá está de vacaciones en Barbados, con mi padre de verdad, por eso te ha llamado el señor Bergier. Sabía que vendrías —dijo Henry—. Ojalá fueses tú mi papá, Leo.

A Leandro se le encogió el corazón todavía más.

—Siempre seremos los mejores amigos. Eso no cambiará jamás —le aseguró—. Los analgésicos que te ha dado la enfermera deberían empezar a funcionar pronto, así que ahora intenta dormir un poco mientras yo voy a llamar a tu madre. Supongo que estará preocupada por ti.

—Seguro que no —le aseguró el niño—. Lo estarán pasando tan bien que ni se acuerdan de mí.

—Eso no es verdad —lo contradijo Leandro—. Tu madre y... tu padre te quieren mucho.

Salió de la habitación y juró entre dientes. Nicole le había dicho a Henry seis meses antes que su verdadero padre era Dominic Chilton, pero en vez de intentar pasar tiempo los tres juntos, como una familia de verdad, se había ido un mes al Caribe, de vacaciones con su amante.

Leandro odiaba sentirse impotente, pero no podía proteger a Henry de la forma de educar de su madre. Él mismo se había sentido muy dolido cuando su madre no se había ocupado de él de niño y le preocupaba que Henry se sintiese igual de abandonado.

—Si Henry no tiene nada grave, no hace falta que vuelva a París —le dijo Nicole cuando la llamó—. Hemos llegado a Santa Lucía hace solo un par de días y hacía mucho tiempo que no nos tomábamos unas vacaciones.

Él estuvo a punto de preguntarle que cómo era que necesitaba unas vacaciones, si su vida consistía en ir a la peluquería y de compras, pero se dijo que en realidad no tenía ningún derecho sobre Henry y que, si chocaba con Nicole, esta podría prohibirle que viese al niño.

Escuchó solo a medias cómo Nicole lloriqueaba porque Dominic estaba pasando por un divorcio muy complicado y, sin saber por qué, pensó en Marnie. Eran tan distintas.

Había echado de menos a Marnie en Nueva York y tenía que admitir que no solo en la cama. Así que sabía que no podía seguir con ella mucho tiempo más. Aunque tampoco quería dejarla marchar todavía, se aseguró que era solo por lo mucho que le gustaba el sexo con ella.

Como ya no estaba tan preocupado por Henry, pudo relajarse y pensar en lo bien que lo pasaba con su amante. Se sintió mal por haberla disgustado unas horas antes, en la fiesta. Tal vez debiese hacerle un regalo, aunque no lo hacía jamás, para demostrarle lo mucho que la valoraba como amante. Frunció el ceño al intentar pensar qué regalo sería el más adecuado. Una joya era algo demasiado emotivo, pero las flores eran muy impersonales. Solía mandárselas a sus amantes cuando las dejaba.

No tenía ni idea de cuáles eran sus aficiones ni lo que hacía en su tiempo libre. Simplemente formaba parte de su vida, siempre alegre y sonriente, lo esperaba con un Martini cuando llegaba de trabajar y estaba dispuesta a hacer el amor con él, ya fuese de día o de noche. Tuvo que reconocer que era la amante perfecta.

Recordó que a principios de verano habían pasado una semana en la Riviera francesa y que, por la noche, mientras hacían el amor en la cubierta del barco, Marnie le había dicho que le gustaba mirar las estrellas. Problema resuelto, le compraría un libro sobre estrellas. Un libro demostraba que había pensado en ella, pero no demasiado.

Satisfecho con la decisión, Leandro volvió a la conversación con su ex. A pesar de que le aburría, tuvo que ser diplomático con ella. Y unos minutos después pudo regresar junto a Henry.

3

–Qué pena que Leandro no haya podido venir a la boda. Tu tío y yo estábamos deseando conocerlo –le dijo a Marnie su tía Susan, hermana de su madre, durante la recepción–. ¿Dices que ha tenido que viajar a París de repente?

–Sí, un amigo suyo ha tenido un accidente. No sé más –murmuró Marnie.

Había tenido la esperanza de que Leandro la llamase, pero no había tenido noticias suyas desde que se había marchado a París dos días antes.

–Tal vez podríais venir a visitarnos un fin de semana –le sugirió su tía–. De verdad que quiero conocerlo. Eres la única hija de mi hermana y quiero asegurarme de que estás con un hombre decente, que va a cuidar de ti.

–No necesito que nadie me cuide. He cuidado de mí misma desde que papá se marchó y mamá... –Marnie se interrumpió e hizo una mueca–. Bueno, ya sabes. A veces estaba tan deprimida que se pasaba días sin salir de la cama.

Su tía suspiró.

–Ojalá hubiese sabido que estaba tan mal. Supongo que se quedó destrozada cuando se enteró de que tu padre tenía una aventura.

–Mamá nos advirtió que los servicios sociales se harían cargo de nosotros si alguien se enteraba de su depresión.

–Y supongo que la cosa empeoró después del accidente. Pobre Luke... morir con veinte años... –murmuró Susan–. ¿Has tenido noticias de Jake?

Marnie negó con la cabeza.

–La última vez que lo vi fue hace cinco años. Admitió que tomaba drogas porque no había logrado superar la pérdida de Luke. Me pidió dinero, pero yo no tenía.

Le dolía hablar de sus hermanos y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. De niña había adorado a los gemelos, que eran dos años mayores que ella. Habían sido una familia feliz, en especial, cuando su padre, que había sido camionero, estaba en casa. Este había intentado aguantar a pesar de las constantes depresiones de su madre, pero había terminado por abandonarla cuando Marnie tenía once años. También había dejado de pagar la hipoteca de la casa.

Así que se habían mudado y sus hermanos habían empezado a meterse en problemas, hasta la muerte de Luke. Había sido un trágico accidente, se cayó de la moto que Jake conducía.

Marnie se obligó a volver al presente cuando un camarero le ofreció una copa de vino espumoso para brindar por la pareja de recién casados.

–¿No quieres burbujas? –le preguntó su tío Brian al ver que tomaba un vaso con zumo.

–Me refresca más esto –respondió ella–. Y ahora mismo no me apetece tomar alcohol.

–Lo que sí que parece que te gusta es el queso –comentó él, al ver que tenía el plato lleno de queso y galletitas saldas–. ¿No estarás embarazada? Susan comía toneladas de queso cuando estaba embarazada de Gemma.

–¡Brian! –lo reprendió su mujer.

Marnie se dijo que era una suerte no tener que preocuparse por eso, ya que tomaba la píldora para regular su menstruación.

A la tarde siguiente, mientras estaba en el tren de vuelta a Londres, pensó que lo había pasado bien en la reunión familiar. Y que era el tipo de boda que le gustaría si se casaba algún día.

Pero Leandro nunca hablaba del futuro y jamás habían mencionado el tema del matrimonio. Se preguntó si era malo que ella desease saber hacia dónde iba su relación.

Dejó la revista que había comprado para el viaje y tomó un periódico que alguien había dejado en el asiento de al lado. Este estaba lleno de cotilleos y Marnie sintió náuseas al ver una foto en la que aparecía Leandro con una guapísima morena.

La mujer era Stephanie Sedoyene, una modelo francesa muy famosa que en esos momentos era el rostro de un conocido perfume.

¿Sería aquella Stephanie la que le había mandado un mensaje antes de que Leandro se hubiese marchado a París? Marnie se mordió el labio inferior. ¿Sería mentira la historia del accidente del amigo? En la fotografía, Leandro tenía un brazo alrededor de los hombros de la modelo y algo en su lenguaje corporal hacía pensar que estaban cómodos el uno con el otro. Como si fuesen viejos amigos... o amantes.

Marnie se dijo que no debía sacar conclusiones precipitadas, pero no pudo evitar preguntarse si las visitas mensuales que Leandro hacía a París no serían para ver a Stephanie Sedoyene.

Cerró los ojos al recordar a su madre acusando a su padre de estar con otra.

La idea de interrogar a Leandro acerca de aquella fotografía era demasiado humillante. No quería parecer tan posesiva y obsesiva como había sido su madre. Dobló el periódico y lo volvió a dejar en el asiento vacío en el que lo había encontrado.

Pero no pudo evitar pasarse el resto del viaje pensando en la fotografía. Siguió haciéndolo de camino a Eaton Square, al salir de la estación.

–¿Marnie?

La voz le resultó familiar, pero tardó en reconocerla. Se giró y vio a un hombre que se acercaba a ella. Por un instante pensó que era un fantasma.

–¿Luke? –preguntó, sabiendo que no podía ser Luke–. ¡Jake! Cuánto tiempo sin verte.

Habían pasado cinco años desde el accidente, pero seguía habiendo dolor en el gesto delgado de su hermano, que parecía haber envejecido mucho.

–¿Dónde has estado estos últimos cinco años? –le preguntó.

–Ojalá fuese Luke en vez de yo –respondió él–. He estado... por ahí. En el infierno.

Miró la casa hacia la que se dirigía su hermana.

–Parece que a ti te ha ido bien.

Ella se ruborizó, pero su hermano se encogió de hombros.

–Es tu vida –dijo–. Lo importante es que seas feliz.

–Soy feliz –le dijo ella–. Leandro es un hombre estupendo. Ojalá pudiese presentártelo, pero está de viaje. ¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

–Han tirado la casa en la que vivíamos, pero recordé que trabajabas en un bar de copas en King's Road, así que he ido allí. Una de las camareras me ha dado tu teléfono y dirección. Mi teléfono se ha estropeado, así que he decidido venir a verte.

Jake hizo una mueca.

–Siento presentarme así, pero.... Lo cierto es que he estado en la cárcel por robo. Entraba en casas y vendía lo que robaba para comprar droga. Después de morir Luke estaba desesperado, pero sé que no es una excusa y no estoy orgulloso de lo que hice.

–Oh, Jake –dijo ella, agarrándolo de la mano–. Ojalá hubiese podido ayudarte.

–En cierto modo me ha ayudado la cárcel, porque ha sido un infierno al que no quiero volver. Estoy intentando encauzar mi vida y ya no tomo drogas. Mañana me marcho a Escocia. Me han ofrecido trabajo en una finca cerca del lago Lomond y agradezco que el dueño, lord Tannock, quiera darme una oportunidad.

Miró sus manos entrelazadas.

–Nunca me he olvidado de mi hermana pequeña. Quería verte y asegurarme de que estabas bien.

Marnie no pudo responder, tenía un nudo en la garganta. Así que lo abrazó por el cuello.

–Me alegro tanto de verte. ¿Tienes un lugar en el que dormir esta noche?

Jack negó con la cabeza.

–Me he gastado todo el dinero que tenía en el billete de tren, pero hace calor y no será la primera noche que pase en un banco del parque.

–Quédate aquí hoy.

Pensó que nunca le había mencionado a Leandro que tenía un hermano, pero supo que no quería que Jake pasase la noche en la calle. Llamó a Leandro, pero tenía el teléfono apagado, lo mismo que un rato antes.

Jake silbó al entrar en la casa.

–Vaya. Tu novio debe de ser muy rico. No me extraña que seas feliz con él.

–Quiero a Leandro, y lo querría igual si no tuviese dinero.

A Marnie se le encogió el corazón al darse cuenta de lo que acababa de admitir. Eso la hizo sentirse vulnerable, porque no tenía ni idea de lo que él sentía por ella.

Miró a Jake y pensó en lo dura que tenía que haber sido la vida para él desde que Luke había fallecido.

Deseó poder ayudarlo y, de repente, se le ocurrió una idea.

–Las perlas de la abuela.

–¿Perdona?

–Cuando la abuela Alice murió le dejó sus joyas a sus hijas. Mamá se quedó con el collar de perlas y la tía Susan, con el anillo de rubí. Mamá no hizo testamento antes de morir de sobredosis. Siempre me he preguntado si de verdad quería quitarse la vida o si solo pedía ayuda. El caso es que quiero que tengas tú el collar. Véndelo y tendrás algo de dinero hasta que te paguen el primer sueldo.

–Marnie, no tienes que darme el collar –protestó Jake.

Pero Marnie ya había entrado en el despacho de Leandro y había apartado el panel de la pared que ocultaba la caja fuerte.

Tecléo la combinación y abrió la puerta.

–¿En todas esas cajas hay joyas? –preguntó su hermano.

Marnie asintió y buscó las perlas de su abuela.

–Toma –dijo, dándole la caja a su hermano–. Ahora, voy a hacer la cena. Estás muy delgado.

Volvió a intentar llamar a Leandro varias veces, pero este tenía el teléfono siempre apagado. Pensó de nuevo en la fotografía del periódico, pero se recordó que la obsesión de su madre por su padre había hecho que este terminase en brazos de otra mujer.

Al ponerse el pijama aquella noche se miró al espejo y se dijo que tenía que ponerse a régimen. Al ganar peso le habían crecido los pechos y tenía las caderas y el vientre más redondeados.

Se sintió culpable al ver el plato de queso y galletitas saladas que se había llevado a la cama y recordó lo que su tío había comentado del embarazo de su tía. Ella no podía estar embarazada, pero tenía que comer un poco menos.

–¿Marnie?

Esta abrió los ojos y se dio cuenta de que la luz del sol entraba ya por la ventana.

–¿Leandro?

–Pareces sorprendida. ¿No has recibido mi mensaje? Te escribí diciendo que estaba de camino.

–No. He estado durmiendo.

Miró la mesita de noche y se preguntó qué hacía dormida a las tres y media de la tarde. Recordó que su hermano se había quedado a dormir la noche anterior, pero que cuando ella se había levantado esa mañana ya no lo había encontrado allí.

Leandro dejó la chaqueta encima de una silla y se sentó al borde de la cama. A ella se le aceleró el corazón al aspirar su olor. No se había afeitado y estaba muy sexy.

–¿Qué haces durmiendo a estas horas? ¿Estás enferma?

–Me he desmayado en el trabajo.

Recordó haber tenido náuseas mientras servía café a unos clientes y que, al volver a la cocina, había tenido la extraña sensación de que el suelo se movía bajo sus pies y que se la tragaba un agujero negro.

–El jefe de cocina ha pensado que era un golpe de calor. Menos mal que han dicho que va a haber tormenta.

Leandro frunció el ceño.

–Debería verte un médico. No creo que te hayas desmayado por el calor. Tal vez te hagan falta vitaminas.

–Tonterías. Estoy como un toro.

También estaba adquiriendo el tamaño de un toro, pensó, consciente de que Leandro la recorría con la mirada. Una de las camareras del bar la había llevado a casa, pero había estado tan cansada que se había quitado el vestido y se había metido directamente en ropa interior a la cama.

–Tienes buen color –observó Leandro–, pero ¿por qué llevas un sujetador que te queda dos tallas pequeño? No me extraña que te hayas desmayado. Seguro que no puedes respirar.

Le desabrochó el sujetador y le brillaron los ojos al ver sus pechos desnudos.

Pasó un dedo por la marca que la prenda había dejado en su piel.

–Compra ropa interior nueva con la tarjeta que te di. Me gusta verte con lencería sexy, *cara*.

–No quiero que pagues tú mi ropa –murmuró Marnie.

Le resultaba complicado concentrarse cuando solo podía pensar en lo mucho que deseaba a Leandro. Se le endurecieron los pezones y respiró hondo para intentar tranquilizarse. Hacía más de dos semanas que no hacían el amor y le parecía una eternidad. Contuvo la respiración al ver que Leandro acercaba el rostro al suyo.

–¿De verdad estás bien?

Parecía realmente preocupado, pero también había algo más en su voz, algo que hizo que Marnie se estremeciese.

–Puedo ir a buscar algo de comida. ¿Tienes hambre?

–Hambre de ti –respondió ella, dejándose de tonterías–. Bésame.

Y él la besó.

Marnie pensó que allí era donde tenía que estar. En los brazos fuertes del hombre al que amaba.

–Creo que no voy a conseguir saciarme jamás de ti –comentó Leandro con voz ronca mientras le quitaba las braguitas y estudiaba con la mirada su cuerpo desnudo.

–He ganado algo de peso –murmuró ella, avergonzada.

–No seas ridícula. Tienes un cuerpo precioso.

Leandro empezó a desabrocharse la camisa sin apartar la mirada de ella.

–Todas las noches que he estado en Nueva York me las he pasado imaginándote así, excitada por mí, pero solo he podido desahogarme solo.

A Marnie se le aceleró el pulso al verlo desvestirse con torpeza.

–¿Y tú? ¿Te has tocado en mi ausencia, pensando en mí? –le preguntó él.

Ella se ruborizó.

Leandro se quedó a los pies de la cama y le separó las piernas.

–Muéstrame.

Marnie dudó un instante. Le daba vergüenza hacer algo tan íntimo, pero confiaba en él y quería complacerlo. Sabía que él también la complacería enseguida. Pasó la mano por el triángulo de vello rubio que había entre sus piernas y hundió un dedo en él.

Alentada por el gemido que había dejado escapar Leandro, introdujo un segundo dedo y fingió que era Leandro quien le daba placer. Con los ojos entrecerrados, lo vio ponerse tenso.

–*Dio*, voy a explotar –murmuró él.

Se sintió tentado a acariciarse también, pero pensó que estaba demasiado excitado. Apartó la mano de Marnie, se colocó entre sus piernas y la penetró de un solo empujón mientras se aferraba a sus caderas.

Era una amante muy generosa. Ninguna otra mujer le había hecho perder el control como Marnie. La idea lo alarmó. No la necesitaba, se aseguró. El sexo con ella era increíble, pero también había disfrutado mucho con otras mujeres antes y, sin duda, encontraría a otras amantes que lo satisficiesen como ella.

Decidido a demostrar que era él quien llevaba las riendas de la relación la poseyó de manera brusca y rítmica hasta hacerla gemir su nombre y llegar al clímax. Esperó a que hubiese terminado y entonces la hizo tumbarse boca bajo y

la volvió a penetrar. No se dejó llevar completamente hasta que ella no hubo alcanzado el segundo orgasmo.

Después, Marnie se acurrucó contra él, que le acarició el pelo. Leandro se aseguró que el orgasmo que había tenido había sido muy intenso porque se había hecho esperar. Había conseguido demostrar que Marnie no era especial. Que lo suyo era solo buen sexo.

Satisfecho con su evaluación de la relación, se levantó y fue al baño. Volvió al dormitorio unos minutos después y sacó un paquete de la maleta. Se lo tendió.

–Ábrelo –le ordenó–. Es un regalo.

A Marnie se le aceleró el corazón. ¿Se habría acordado Leandro de su primer aniversario? Rasgó el papel y miró el libro: *Astronomía para principiantes*.

–Recordé que cuando estuvimos en el yate en Francia mencionaste que te interesaban las estrellas y los planetas. He pensado que este libro podría serte útil.

Marnie intentó no sentirse decepcionada por no haber recibido un regalo más personal. Un libro no era muy romántico, y no había dicho nada del aniversario, pero ella se recordó que había intentado elegir un regalo que le gustase.

–Es estupendo, gracias –murmuró.

Se sentó en la cama y se puso la bata antes de acercarse al tocador y peinarse. Estaba nerviosa. Le pareció de mala educación contarle que había recibido un regalo muy similar con quince años, que había hecho que decidiese estudiar Astronomía. Tenía que contarle cuanto antes que le habían ofrecido una beca en la NASA, en Estados Unidos.

Respiró hondo.

–Leandro, tenemos que hablar.

–¿Umm? –murmuró él mientras miraba si tenía mensajes en el teléfono–. Supongo que querrás contarme la boda de tu prima. ¿Todo bien?

–Sí, muy bonita –respondió ella–. A mis tíos les habría gustado conocerte. Tía Susan nos ha invitado a ir en septiembre. Nos dejará su casa de la playa y yo he pensado que podríamos pasar un fin de semana largo allí.

–Por desgracia, es imposible. Me voy a pasar todo el mes que viene en Florencia.

Ella lo miró fijamente.

–No me lo habías comentado.

Él se encogió de hombros.

–Estoy muy ocupado. No puedo tenerte al corriente de todos mis viajes de negocios.

–Entonces, ¿es un viaje de negocios? –inquirió ella.

Leandro frunció el ceño y Marnie sintió que le había molestado la pregunta.

–Por supuesto que es un viaje de negocios. He comprado recientemente un teatro allí y quiero estar al tanto de la reforma.

Leandro se acercó adonde ella estaba sentada, frente al tocador, le apartó la bata y pasó los labios por el escote.

–Quiero que vengas a Florencia conmigo.

A ella le dio un vuelco el corazón.

–¿Que vaya de visita mientras estás allí?

–No, que vengas a vivir allí conmigo. Tengo una casa muy bonita. Llena de recuerdos estupendos de mi niñez allí, con mi madre y mis abuelos.

Ese par de semanas que había pasado cada verano en Florencia, lejos de su estricto padre y del triste piso de Nueva York, eran sus recuerdos más felices de la niñez. Nunca se había llevado a una amante a la casa, pero estaba seguro de no sobrepasar los límites de la relación que tenía con Marnie aunque la llevase a Villa Collina. La alternativa sería perder el tiempo yendo y viniendo de Florencia a Londres para verla.

Ella no parecía convencida y Leandro se imaginó el motivo:

–Supongo que no puedes tomarte un mes libre, pero he estado pensando que lo mejor sería que dejases completamente de trabajar. Sería muy práctico que pudieses viajar conmigo.

–¿Práctico?

Aquella palabra no le gustó, a pesar de que Leandro pareciese avanzar en su relación y le estuviese pidiendo que la acompañase en los viajes de trabajo. Se preguntó cómo reaccionaría cuando le diese la noticia que le tenía que dar, y deseó haber sido más abierta con él.

–El motivo por el que no puedo ir a Florencia contigo no tiene nada que ver con mi trabajo como camarera –empezó–. De hecho, ya he dimitido.

Leandro arqueó las cejas.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

–Me han ofrecido una beca postgrado para estudiar Astrofísica en el centro de investigación que la NASA tiene en California, lo que significa que voy a tener que vivir los nueve próximos meses en Estados Unidos.

4

Se hizo el silencio y el tictac del reloj resultó ensordecedor.

Leandro la miró como si se hubiese vuelto completamente loca.

–No sé si te he entendido bien. ¿Qué interés puede tener la NASA en una camarera?

–Solo trabajaba de camarera a tiempo parcial –respondió ella, orgullosa–. El resto de la semana iba a la universidad. Me han dado mis últimas notas cuando tú estabas en Nueva York, he sacado matrícula de honor en Astrofísica.

–Es evidente que tengo que felicitarte –dijo Leandro lentamente, encogiéndose de hombros–. No tenía ni idea de que estuvieses estudiando. ¿Por qué lo has mantenido en secreto?

–No estaba segura de ir a aprobar los exámenes finales y, de no haberlo hecho... solo lo habría sabido yo.

Se sintió tímida al revelar una parte de sí misma que hasta entonces había mantenido deliberadamente oculta. Su sueño era demasiado importante y había tenido miedo de que él no lo entendiese.

–Siempre que le había contado a alguien mi deseo de estudiar Astronomía me habían dicho que no tendría ninguna posibilidad. Mi madre me dijo que me preparase para hacer un trabajo de verdad. Incluso mis profesores pensaron que jamás iría a la universidad.

–No obstante, me sigue extrañado que me hayas ocultado una parte tan importante de tu vida.

Marnie se dijo que Leandro no estaba dolido, ¿cómo iba a estarlo si era el primero que había puesto como norma que no hablasen de sus vidas privadas?

–No soy la única que oculta cosas. Tú nunca me has contado por qué vas con tanta frecuencia a París.

–No tengo por qué darte ninguna explicación –contestó él en tono arrogante.

Aquello la enfadó. No se había olvidado de la fotografía del periódico.

–Hace unos días fue nuestro primer aniversario como amantes –le recordó ella con voz temblorosa–. ¿No te parece que el hecho de que llevemos juntos un año me da derecho a preguntarte por qué pasas un fin de semana al mes en París? ¿Y con quién?

Lo dijo sin pensarlo. En su mente, oyó a su madre, acusando a su padre de serle infiel, y apretó los labios con fuerza para evitar preguntarle a Leandro por su relación con la modelo francesa.

–¿El derecho? –repitió él–. Lo tendrías si fueses mi esposa, pero no lo eres y nunca lo serás. Solo eres mi amante.

Las palabras de Leandro le cayeron como un jarro de agua fría. Marnie notó que se le hacía un nudo en el estómago. Se levantó y se giró a mirarlo a la cara, consciente de que tenía el corazón a punto de salirse del pecho.

–No soy tu amante.

Él frunció el ceño.

–Por supuesto que sí. Vives gratis en mi casa...

–Te he dicho muchas veces que era mejor que yo viviese en mi propia casa, pero no te ha gustado ninguno de los lugares que he encontrado y siempre has insistido en que me quedase aquí hasta que encontrase el lugar adecuado.

–No me puedo creer que quisieras vivir en ninguno de esos antros.

–No me puedo permitir nada mejor. Y aunque no te pague un alquiler por vivir aquí, siempre he intentado mantenerme a mí misma. Es cierto que he comido la comida que preparaba tu empleada, pero contribuyo a los gastos de la casa haciendo la compra de mi propio bolsillo, y comprando el vodka para tus Martinis y tu caviar ruso favorito.

–¿Y el vestido de diseño que llevaste a la fiesta?

No solía prestar atención a los gastos de la casa y le extrañó que Marnie dijese que ella había colaborado también. A sus anteriores amantes les había encantado que él corriese con todos los gastos y no entendía que Marnie quisiese ser diferente.

–El vestido lo compré con mis ahorros, y siempre he pagado mi ropa y artículos personales con mi dinero. Nunca he utilizado la tarjeta de crédito que me diste. No quiero perder mi independencia. Eso daría un giro importante a nuestra relación.

–¿A nuestra relación? No tenemos ninguna relación –le informó él en tono frío.

–Entonces, ¿qué tenemos?

Leandro se encogió de hombros.

–Eres mi amante y, durante unos meses, hemos disfrutado del sexo juntos. En algún momento nuestra aventura se terminará y ambos pasaremos página.

Marnie palideció.

–Entonces, ¿cuando me has pedido que vaya a Florencia contigo ha sido solo por el sexo?

–¿Qué otra razón podría haber? –preguntó él, como si la conversación lo aburriese–. Te dejé claro desde el principio, cuando te mudaste, que no iba a ser una relación seria.

Marnie casi no podía respirar de lo mucho que le dolía el corazón. Leandro acababa de destruir todos sus sueños.

–El tiempo durante el que has sido mi amante no importa –continuó él–. De todos modos, si te vas a ir a California, no podrás seguir siéndolo durante mucho más.

–¿Me estás dando un ultimátum?

Marnie se dio cuenta de que le temblaban las rodillas. Sintió náuseas y ganas de llorar, pero solo aguantó porque no quería humillarse delante de aquel tipo frío y cínico que tenía delante.

–La beca de la NASA dura nueve meses y quiero ir. Es una oportunidad con la que jamás habría soñado.

Leandro se encogió de hombros.

–En ese caso, deberías ir.

Ella se relajó un poco. Al fin y al cabo, parecía que Leandro iba a apoyarla, aunque la noticia lo hubiese sorprendido, pero no podía olvidar que le había dicho que no era ni sería nunca su esposa, y que había insistido en que solo era su amante.

–¿Qué te parece que me marche a vivir a Estados Unidos nueve meses? –le preguntó.

La expresión de Leandro era indescifrable.

–Supongo que lo que en realidad quiero preguntarte es qué va a pasar con nosotros.

–No hay nada entre nosotros –replicó él–. Si quieres irte a California, vete, pero no sé para qué voy a querer una amante que no esté disponible todo el tiempo, y no pretendo mantenerme célibe nueve meses. Al parecer, nuestra aventura se va a terminar antes de lo previsto, cuando te marches a Estados Unidos.

A Marnie se le pasó por la cabeza sugerir que podía rechazar la beca. No quería perder a Leandro. No obstante, seguía enfadada con él, pero, sobre todo, estaba furiosa consigo misma, por considerar sacrificar su sueño por un hombre que le había dejado claro que no quería formar parte de su vida.

Quería a Leandro, pero eso la había cegado y no se había dado cuenta de la verdad: que no era correspondida. Ya tenía la prueba de que era igual de patética que su madre. No obstante, no iba a permitir que el amor la destruyese como había destruido a su madre.

Levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

–En ese caso, podemos terminar ahora mismo.

Tragó saliva y se preguntó cómo era posible que acabase de decir aquello.

Intentó, una vez más, traspasar las barreras que Leandro había establecido desde el principio y que ella no había querido ver.

–Yo pensaba... esperaba... que, después de haber vivido juntos un año, tuviésemos futuro.

–Yo nunca te dado a entender que quisiese un futuro contigo –replicó él con impaciencia mientras se ponía los pantalones y abría el armario para sacar una camisa limpia.

Marnie lo observó, sorprendida consigo misma al darse cuenta de la rapidez con la que había pasado de la felicidad a la desesperación.

–¿Qué estás haciendo?

–¿Tú qué crees? –inquirió Leandro–. Me voy a trabajar. Ya continuaremos con esta conversación esta tarde.

–¿Para qué, si no tenemos nada más que decirnos?

Y ella tenía miedo de humillarse admitiendo que lo quería.

De repente, tuvo la sensación de que la habitación giraba a su alrededor. Leandro se acercó a la puerta y Marnie se dio cuenta de que aquella podía ser la última vez que lo viese, pero él le había dejado claro que no le importaba, así que tenía que marcharse de allí si no quería ser débil.

–No estaré aquí cuando vuelvas –le respondió, con la garganta muy seca–. Solo faltan tres semanas para que me marche a California y puedo quedarme en casa de Gemma, mi prima, mientras ella está de luna de miel.

–Tienes todo el derecho del mundo.

Leandro contuvo el impulso de acercarse a ella y volver a llevarla a la cama, donde sabía que Marnie no se le resistiría, pero su sentido común le dijo que era mejor así. Cuando una amante empezaba a hablar de aniversarios y futuro, era mejor pasar página con ella.

Vio que sus labios temblaban y sintió que se le encogía el pecho. Le había sorprendido que Marnie quisiese tener una carrera, y le deseaba éxito en California, pero no tenía la intención de esperarla y estaba seguro de que no tardaría en encontrarle sustituta.

Leandro pensó que no era la primera vez que una mujer lo ponía por detrás de su trabajo. La primera había sido su madre, que lo había dejado con siete años para buscar la fama como estrella de los musicales, pero entonces había sido un niño y había llorado todas las noches durante meses.

Estaba seguro de que Marnie no le iba a quitar el sueño. La única vez que había llorado de adulto había sido al leer la prueba de ADN que confirmaba que Henry no era su hijo. Nada podía dolerle más que aquello. Su exmujer lo había hecho sufrir con el engaño, pero no volvería a permitir que ninguna otra mujer volviese a tener poder sobre él.

Agarró el picaporte de la puerta y miró a Marnie con indiferencia por encima del hombro.

–Si de verdad quieres irte a casa de tu prima, deja la llave en la entrada antes de marcharte.

Marnie todavía estaba con el duelo, pero en aquella ocasión, en vez de haber fallecido un familiar, se había muerto una parte de ella.

Hacía dos semanas que había roto con Leandro y seguía sin recuperarse. No podía dormir y había perdido el apetito, y esa mañana, por si fuera poco, se había subido a la báscula y había descubierto que seguía ganando peso.

–El doctor Leyton la recibirá ahora mismo –le dijo la recepcionista.

Marnie avanzó por el pasillo que llevaba hasta la consulta en la que ya había estado dos días antes para contarle al médico que estaba mareada y que se fatigaba con tan solo subir los tres pisos que llevaban al piso de su prima. Tenía que marcharse a California en una semana, pero antes de hacerlo quería estar segura de que se encontraba bien físicamente.

Aunque no hubiese tratamiento posible para un corazón roto, pensó mientras entraba en la consulta.

El médico estaba serio y Marnie se preocupó.

Unos segundos después, se agarraba al borde de la mesa e intentaba asimilar la noticia que acababan de darle.

–No puedo estar embarazada –balbució–. Tiene que ser un error.

Pero no era un error. Los resultados del análisis de sangre demostraban que estaba embarazada de dieciséis semanas, y que tenía anemia.

–Nunca se me ha olvidado tomar la píldora –dijo en tono lastimero, como si el médico pudiese hacer algo para cambiar su condición.

–La píldora no es efectiva al cien por cien, y le pueden afectar los antibióticos, por ejemplo –le respondió el doctor Leyton, mirando la historia que tenía delante–. Aunque no veo que haya estado enferma en los últimos meses.

–Tuve una alergia alimentaria, pero el malestar me duró solo un par de días y no necesité tratamiento médico.

–¿Utilizó otro método anticonceptivo durante ese mes? Es posible que la eficacia de la píldora se viese reducida, en especial, si estuvo vomitando.

–No, pero he continuado tomando la píldora todo este tiempo.

–No hay evidencia científica de que el feto pueda verse afectado. El siguiente paso será hacerse una ecografía, que determinará la fecha prevista de parto –continuó el médico–. Porque está de al menos dieciséis semanas, así que tendrá que darse prisa en decidir si va a querer seguir adelante con el embarazo.

Ella tardó unos segundos en entender lo que el médico quería decirle.

–Sí que quiero.

Aunque era evidente que no había planeado tener un bebé, el destino había decidido por ella. Marnie pensó que no tenía opción, que tenía que seguir adelante. Siempre había sabido que la beca de la NASA había sido algo demasiado bueno para ser cierto. Tendría que rechazar la oportunidad de su vida porque iba a ser madre cinco meses más tarde.

Esperaba hacerlo mejor de lo que lo había hecho su propia madre y, de repente, sintió miedo al darse cuenta de que no tenía trabajo, ni casa, y que se había quedado embarazada de un hombre que la había humillado diciéndola que solo la quería por el sexo.

Leandro dejó caer su maletín en la mesa de la entrada, atravesó el salón y fue directo a servirse un Martini. Entonces recordó que Marnie le había dicho que había comprado el vodka que le gustaba ponerle al cóctel con su salario de camarera.

La volvió a ver como la había visto por última vez, ruborizada después de haber hecho el amor, pero dolida cuando él le había dicho que jamás había considerado tener un futuro con ella.

Marnie le había dicho, orgullosa, que no era su amante.

Leandro juró entre dientes. Al final, Marnie había demostrado ser como las demás, había querido de él más de lo que podía darle. ¿Por qué no había podido conformarse con lo que tenían, con un sexo estupendo, una grata compañía y ninguna expectativa de compromiso?

Lo cierto era que la echaba de menos y eso lo molestaba. No se habría sentido tan mal si se hubiese marchado a Florencia. Allí se habría olvidado de ella, estaba seguro, pero al final se había retrasado el proyecto y seguía en Londres. Así que se acordaba de Marnie cada vez que veía sus plantas en la ventana, medio muertas a pesar de que las había regado todos los días.

Sonó su teléfono y sonrió por primera vez en muchos días al ver quién era.

–Stephanie.

–Leandro, voy a estar en Londres mañana, antes de volar a Irlanda para una sesión de fotos. Me gustaría ponerme alguna joya de mamá para la sesión, puedo pasar a buscarlas por la tarde, si vas a estar en casa.

–Dime qué quieres exactamente y te lo dejaré en la mesa de mi despacho si voy a salir. El ama de llaves te abrirá la puerta.

–Los zafiros, y la gargantilla de perlas y diamantes. No te preocupes, que los voy a cuidar bien.

–Giulietta nos dejó las joyas a los dos, pero yo no creo que vaya a utilizarlas mucho –le contestó Leandro a su hermanastra.

Charlaron un par de minutos más y después él se terminó el Martini y fue a sacar las joyas de la caja fuerte antes de que se le olvidase.

En el despacho, deslizó el panel de la pared y marcó el código de la caja fuerte. Las cajas de terciopelo negro estaban marcadas con una etiqueta que describía su contenido, lo que le facilitaba la tarea. Su madre había tenido una importante colección de joyas, pero su favorita había sido el collar de zafiros. Leandro abrió la caja para volver a verlo, y se quedó con la vista en el pequeño cojín de satén rojo en el que tenía que haber descansado el collar.

Frunció el ceño y buscó en la caja, dando por hecho que el collar tenía que estar allí. Intentó recordar si Stephanie se lo había pedido recientemente y si podía haberse equivocado al guardarlo.

Tras buscarlo en vano, abrió la solapa de la segunda caja y descubrió que la gargantilla de perlas y diamantes tampoco estaba.

Entonces decidió comprobar el resto de las cajas. Estaban todas vacías.

Juró e intentó pensar quién podía haber abierto la caja fuerte. La única persona que tenía acceso en casa era él. Marnie cuando había vivido con él y su ama de llaves, Betty, que llevaba muchos años a su servicio.

Se dijo que tenía que haber entrado alguien que supiese dónde tenía la caja fuerte y la combinación, y que esa misma persona tenía que haber sido capaz de desactivar la alarma.

Se pasó una mano por el pelo. Quien hubiese cometido el robo no había dejado ninguna prueba de su paso y Leandro se dio cuenta de que hacía semanas que no había abierto la caja, lo que significaba que no tenía ni idea de cuándo se habría producido el robo.

Llamó a su jefe de seguridad y le pidió que visionase las cintas de las cámaras que tenía situadas en las partes delantera y trasera de la casa.

–Jim, si ves a alguien vagando alrededor, llámame inmediatamente. Quiero darle la información a la policía.

Esa noche, tras hablar con su jefe de seguridad, Leandro se puso a ver la grabación de las cámaras. Furioso y sorprendido, vio cómo Marnie abrazaba a un hombre y lo dejaba entrar en casa.

Era un tipo mal vestido al que podía haber conocido en la universidad, se dijo.

Volvió a ver la grabación y deseó golpear algo, de preferencia, al tipo. Marnie lo miraba con ternura y, por el modo de abrazarlo, era evidente que entre ellos había mucho más que una amistad. Leandro apretó los puños. ¿Sería su amante?

Podía haber una explicación inocente para el hecho de que lo hubiese dejado entrar en casa, pero era evidente que las joyas de la caja fuerte habían desaparecido y tenía que haber una relación entre aquello y la presencia del extraño. La caja no había sido forzada, así que quien la hubiese abierto lo había hecho sabiendo el código.

Leandro adelantó la cinta y vio al tipo marchándose de la casa temprano, a la mañana siguiente. Furioso, se dio cuenta de que Marnie lo había invitado a pasar la noche allí. Se preguntó si habrían dormido en su cama. Ni siquiera su exmujer había llegado a hacer algo así.

Se sirvió otro whisky, no le importó haberse bebido ya media botella, y se llevó el vaso a los labios con mano temblorosa. Sabía que no debía precipitarse, pero no podía evitar estar enfadado, celoso.

¿Cómo podía sentirse celoso si Marnie no significaba nada para él? Se dijo que era por orgullo.

Se pasó una mano por los ojos y tomó el teléfono para llamar a la policía, pero era medianoche y no tenía sentido poner una denuncia hasta el día siguiente.

¿Por qué se sentía reacio a compartir sus sospechas de que Marnie estaba implicada en el robo? Apretó la mandíbula y se dijo que había confiado en ella.

Volvió a llamar a su jefe de seguridad.

–Hola, Jim. Siento llamarte tan tarde, pero necesito información acerca de Marnie Alice Clarke, sobre todo, si tiene antecedentes. Si encuentras algo, dímelo lo antes posible.

No podía hacer más aquella noche y sabía que debía irse a la cama, pero se sentía demasiado dolido para dormir. Otra alternativa era seguir bebiendo whisky hasta conseguir acabar con la sensación de vacío que tenía dentro.

5

Todavía no había dejado de hacer calor a pesar de que habían advertido que iba a llover.

A Marnie le costó respirar mientras subía las escaleras delanteras de la casa de Leandro. El médico le había dicho que se mejoraría de la anemia si se tomaba las pastillas de hierro que le había recetado, pero mientras dudaba un instante antes de llamar al timbre, Marnie sintió que se le iba a salir el corazón del pecho.

Había dado por hecho que Leandro estaría en Florencia, pero lo había llamado un rato antes y este le había dicho que seguía en Londres. Y, para su sorpresa, no había puesto problemas para que se viesen.

–Ven a casa a la una –se había limitado a decirle.

Marnie habría preferido encontrarse con él en terreno neutral, pero reconoció que lo mejor sería mantener aquella conversación en privado.

Estaba esperando a que el ama de llaves le abriese cuando en la puerta apareció Leandro. Marnie se quedó sin aliento al mirarlo a los ojos grises. Iba vestido de manera informal, con vaqueros y un polo negro, y estaba despeinado, como si acabase de pasarse la mano por el pelo.

Marnie sintió que se le volvía a romper el corazón. Le temblaron las piernas y se tuvo que agarrar al pomo de la puerta para no caerse.

–Pensé que ibas a ir al médico –le dijo él, agarrándola de la cintura y haciéndola entrar–. Siéntate antes de que te caigas.

Marnie apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, más tranquila al ver que Leandro se preocupaba por ella. Lo tenía muy cerca y deseó besarle, pero se dijo que ya no eran amantes y que no tenía ningún derecho a hacerlo. Había dado por hecho que no volvería a verlo jamás, y el único motivo por el que estaba en su casa en esos momentos era porque estaba embarazada de él.

Sintió náuseas y se puso recta.

–De hecho, he ido al médico, que me ha dicho que los mareos se deben a una falta de hierro. Al parecer, es bastante habitual para una mujer en... mi estado.

–¿Tu estado? –preguntó Leandro, arqueando las cejas.

–Estoy... embarazada.

Era la primera vez que lo decía en voz alta y fue como recibir una bofetada de realidad.

Leandro se echó a reír.

–No es una broma –le dijo–. No sé qué es lo que te resulta tan gracioso.

–Lo siguiente que vas a decirme es que yo soy el padre, ¿no?.

Marnie se alegró de estar sentada.

–Por supuesto que eres el padre. No me he acostado con ningún otro hombre. Así que, sin duda es tu bebé.

–Basta –ordenó Leandro.

Bajó la vista a la mano que Marnie se había puesto en el vientre redondeado y se sintió furioso.

Cuando esta lo había llamado y le había dicho que quería verlo, él se había sentido aliviado al pensar que debía de tener un buen motivo para haberse llevado las joyas de su madre y que, sin duda, quería darle una explicación. Había pensado que, si estaba dispuesta a devolverle las joyas, no llamaría a la policía.

Al verla en la puerta, con el pelo ondeado sobre los hombros, tan sexy con aquel vestido blanco de algodón, se había dado cuenta de lo mucho que la echaba de menos. Había deseado tomarla en brazos y llevársela a la cama. Después de dos semanas de celibato, estaba desesperado y molesto consigo mismo por no haber querido acostarse con ninguna de las mujeres a las que había invitado a cenar en los últimos días.

Miró a Marnie de arriba abajo. Tenía los pechos más grandes y distintos. Deseó apretarse contra ellos. Tal vez fuese cierto que estaba embarazada, pero ¿era él el padre?

Le vino a la cabeza la imagen del hombre al que Marnie había dejado entrar en su casa.

–¡De eso nada!

Ella palideció, pero apretó los labios para que no le temblasen antes de ponerse en pie y mirarlo. Leandro se sintió incómodo, no supo por qué.

–No sé qué motivos tienes para pensar que no eres el padre del bebé...

–Te los voy a enseñar –la interrumpió él–. ¡Siéntate!

Se sentó a su lado en el sofá, abrió su ordenador portátil, que estaba encima de la mesa de café, y unos segundos después apreció en la pantalla la imagen de Marnie con aquel tipo desaliñado delante de la casa.

–Ah...

–Eres una zorra traidora –dijo Leandro sin poder evitarlo.

Y eso lo enfadó todavía más. La miró y se dijo que no merecía la pena desperdiciar energía odiándola.

–¿Cómo te atreves a traer un amante a mi casa? –le preguntó con desdén–. Como ves, las imágenes demuestran que ese tipo pasó la noche aquí.

–No... no es mi amante. No puedo creer que pienses que he podido serte infiel –balbució ella. De repente, estaba enfadada–. Jake es mi hermano.

–Sí, claro –se burló Leandro–. Es extraño que nunca me hayas hablado de él.

–Eso es porque había perdido el contacto con él y me resultaba doloroso hablar del tema.

–Qué casualidad que tu hermano haya aparecido justo ahora.

–Jake es mi hermano. ¿Por qué estás siendo tan desagradable? –le preguntó Marnie–. Jake vino a verme antes de marcharse a Escocia, donde iba a empezar un trabajo nuevo. Intenté llamarte para preguntarte si podía dormir aquí, pero tenías el teléfono apagado.

–Así que tu hermano... amante, me da igual lo que sea, se ha ido corriendo a Escocia, ¿no? No me extraña que quisiera marcharse de Londres lo antes posible.

–¿Qué quieres decir?

–*Dio...* ¡Deja de fingir! –explotó–. ¿Te parece que soy desagradable? Pues me pondré mucho peor como no me des respuestas. Y no vas a ablandarme con eso de que estás embarazada de mí, más bien lo contrario.

–Leandro, ¿qué ocurre? Me estás asustando.

Marnie gritó al sentir que la agarraba con fuerza del brazo y la ponía en pie. Intentó zafarse, pero él la llevó hasta su despacho. Se detuvo delante de un panel y lo apartó.

A Marnie le sorprendió ver que la caja fuerte estaba abierta y tuvo un mal presentimiento al ver todas las cajas de terciopelo negro vacías encima de la mesa.

–Dame un buen motivo para que no llame a la policía para que te detenga por haber robado la colección de joyas de mi madre –le dijo él, furioso.

–Pero si yo... te prometo...

Le tembló la voz. Se preguntó si aquello podía ser obra de Jake. Se dijo que no era posible. Aquello tenía que ser obra de un ladrón profesional.

–¿Has mirado por la casa para ver si alguien ha podido entrar?

–Mi equipo de seguridad ha verificado todo el edificio y no ha encontrado nada. Están tan convencidos como yo de que el robo lo cometió alguien que tenía llaves de casa. Y yo no me he robado a mí mismo –dijo en tono irónico–. El ama de llaves me asegura que solo entra aquí una vez por semana para limpiar el polvo. Además, Betty lleva diez años trabajando para mí, así que no sospecho de ella.

–¿Pero de mí sí?

Marnie se preguntó si era posible sentirse más dolida y humillada.

–Tú tenías acceso a la casa, sabías el código de la caja y hace unos años estuviste en comisaría por haber robado en una tienda. Es evidente que trajiste a tu amante aquí, abriste la caja y sacaste las joyas, que le diste a tu novio para que las vendiese.

–¡No soy una ladrona! –gritó ella–. Lo de hace seis años fue un error. Tenía en la mano un bolso y entonces me pareció ver a mi hermano Luke por la ventana de la tienda. Salí corriendo con el bolso en la mano, sin darme cuenta.

–Pensé que tu hermano se llamaba Jake. Intenta recordar las mentiras que cuentas.

Ella se ruborizó.

–Tenía dos hermanos. Jake y Luke eran gemelos.

–Ah, gemelos –dijo él en tono de burla.

Marnie deseó salir corriendo del estudio, de la casa, de él. La acusación de robo de aquel bolso había sido lo más vergonzoso de toda su vida.

No obstante, hizo acopio de valor.

–Corrí detrás de aquel hombre a pesar de saber que no podía ser Luke, porque Luke había fallecido en un accidente con veinte años, pero entonces tuve la esperanza de que fuera Jake, que se había marchado de casa después de la muerte de Luke.

Suspiró.

–Resultó que era un extraño, pero el guardia de seguridad de la tienda había salido detrás de mí y se negó a creerme, me acusó de haber intentado robar el bolso.

–No me sorprende. Ya basta de mentiras. O me dices dónde están las joyas o llamo a la policía, que querrá saber la identidad del hombre con el que entraste en mi casa.

La miró fijamente.

–¿Abriste la caja fuerte?

–Yo...

Recordó que la había abierto para sacar el collar de su madre. Jake había estado detrás de ella y tuvo que reconocer, por mucho que le doliese, que podía haber visto la combinación de ocho dígitos. Y podía haber robado las joyas, pero si lo admitía la policía vería que ya tenía antecedentes y había estado en la cárcel, y volverían a mandarlo allí.

No pudo evitar pensar en su niñez. Había idealizado a sus hermanos, que siempre la habían protegido. Jake siempre había sido el más cariñoso de los dos, no era una mala persona, pero nunca había superado la muerte de Luke.

–*Dio*, Marnie –Leandro juró y repitió la pregunta–. ¿Abriste la caja fuerte? ¿Sí o no?

Ella sintió que las paredes del despacho se cerraban a su alrededor y no podía respirar. El cielo fuera se había oscurecido y, de repente, se oyó un trueno.

A ella se le aceleró el corazón, gimió y, de repente, lo vio todo negro.

Leandro dio un paso al frente y la tomó en brazos.

–Bébetelo.

Marnie abrió los ojos y tardó un par de segundos en darse cuenta de que estaba en el sofá del salón de Leandro, que debía de haberla llevado allí desde su despacho. En esos momentos le estaba acercando un vaso a los labios.

Olió a whisky y negó con la cabeza.

–No puedo tomar alcohol. Es malo para el bebé.

Él murmuró algo irrepetible, dejó el whisky y le ofreció agua. Ella le dio un par de sorbos y apoyó la cabeza contra los almohadones. Se alegró de que se le hubiese pasado el mareo.

Al ver que no iba a desmayarse otra vez, Leandro se apartó con brusquedad, como si no soportase estar a su lado, pensó Marnie con tristeza. Se preguntó a quién le estaría mandando un mensaje con el teléfono. ¿Cómo se atrevía a acusarla de tener un amante cuando habían publicado una foto de él con una modelo en la prensa?

Deseó preguntarle si Stephanie Sedoyene era su amante, pero no quería humillarse más ni que su respuesta le rompiera el corazón todavía más.

–¿Cómo te has quedado embarazada? –inquirió Leandro–. Pensé que tomabas la píldora.

–Y la tomo, pero se me olvidó que sería menos efectiva después de la intoxicación alimentaria de Francia.

Él dejó de ir y venir por la habitación y volvió a su lado, la miró con el ceño fruncido, confundido.

–Pero de eso hace cuatro meses.

–Es que estoy embarazada de casi diecisiete semanas. No me he dado cuenta antes porque con ese tipo de píldora no tienes el periodo, y tampoco tenía náuseas por la mañana, así que no tenía ni idea de que estaba embarazada.

Leandro se apartó el pelo de la frente con mano temblorosa. De todas las sorpresas que le había dado Marnie, la mayor era que iba a ser madre en cinco meses. Clavó la vista en la curva de su vientre y pensó que tal vez fuese cierto, que podía ser su hijo.

Su sentido común le recordó inmediatamente que ya había estado en aquella situación antes, con su ex- esposa. Era posible que Marnie estuviese embarazada, pero también era posible que tuviese una aventura con el hombre al que había invitado a su casa, que su amante hippy fuese realmente el padre del bebé.

Leandro leyó el mensaje que le acababa de llegar al teléfono móvil y apretó la mandíbula. Marnie seguía pálida y él se maldijo por preocuparse por ella. Si el bebé era suyo, se ocuparía de que recibiese el mejor tratamiento médico durante el resto del embarazo, pero todavía no había nada seguro.

–Quiero una prueba de ADN –dijo–. Y no voy a esperar cinco meses, hasta que nazca el niño, para saber si es mío.

Marnie apoyó los pies en el suelo. Miró el ordenador que Leandro tenía encima de la mesa del café y la imagen de Jake entrando con ella en la casa. Aquello tenía mala pinta, admitió, teniendo en cuenta que habían desaparecido las

joyas de la caja fuerte, pero, aun así, el hecho de que Leandro desconfiase de ella le dolió.

–Te prometo que la prueba de ADN es innecesaria. Supongo que te diste cuenta de que era virgen la primera vez que nos acostamos y no he estado con ningún otro hombre.

Él se encogió de hombros.

–He aprendido que las promesas no tienen ningún valor. Además, ¿qué voy a pensar de una mujer que entregó su virginidad para vivir gratis en un barrio caro? –preguntó.

Marnie, que había recuperado algo de color en el rostro, volvió a palidecer, pero Leandro no quiso darse cuenta de que se le había encogido el corazón al verlo.

–Será una prueba que no pondrá en riesgo la salud del bebé. Tengo un amigo médico que tiene una clínica privada en Harley Street, y Alex me acaba de enviar la información de que lo único que hace falta para la prueba de ADN es una muestra de sangre tuya y mía. La muestra de ADN del bebé la pueden encontrar en tu sangre y la compararán con la mía. Si el resultado demuestra que soy el padre aceptaré la responsabilidad.

–Qué detalle por tu parte –replicó ella, enfadada.

Luego recordó que su padre no había querido que ella naciese, y que para su madre solo había sido útil para cocinar y limpiar la casa. La depresión de Sheena había hecho que se interesase muy poco por sus hijos.

Ella se dijo que querría a su bebé. Su duro pasado le dio la valentía necesaria para mirar a Leandro a los ojos. Iba a ser todo lo que no había sido su madre, e iba a querer al bebé el doble para paliar la falta de interés de Leandro.

–Ya te he dicho que la prueba de ADN no es necesaria porque este bebé solo puede ser tuyo. Si no me crees es tu problema. No espero que aceptes la responsabilidad, nunca he esperado nada de ti. Solo pensé que debías saber que ibas a tener un hijo.

Estaba decidida a no venirse abajo delante de él, pero cuando se levantó y dio un par de pasos hacia la puerta, Leandro la agarró del brazo y la hizo girarse a mirarlo.

–Al parecer, se te olvida que han desaparecido las joyas. Tal vez ese sea el motivo por el que tienes tanta prisa por marcharte, para avisar a tu novio de que se ha descubierto el robo. Sabías que yo abría poco la caja fuerte y que era posible que ya estuvieseis lejos cuando descubriese que faltaban las joyas.

–Si eso fuese cierto, ¿para qué iba a volver a contarte que estoy embarazada? –replicó ella, enfadada y dolida por sus acusaciones.

–Eso todavía no lo sé, pero es posible que tu novio se haya negado a aceptar la responsabilidad del niño y que haya desaparecido con las joyas, dejándote sin nada, y que por eso hayas decidido cargarme a mí con el embarazo. No sabías que las cámaras os habían grabado entrando a casa y pensabas que, cuando se descubriese el robo, pensaría que había sido obra de un ladrón profesional.

–Estoy esperando un hijo tuyo. Si pides información acerca de mi familia te dirán que tengo un hermano que se llama Jake –respondió ella, respirando hondo–. Está bien, me haré la prueba de ADN, aunque esté completamente segura de que tú eres el padre. Y no sé cómo han desaparecido las joyas de la caja fuerte.

No podía estar segura de que Jake hubiese cometido el robo y tenía que hablar lo antes posible con él.

Salió de sus pensamientos porque Leandro la agarró con más fuerza por el brazo y la sacó de la habitación para llevarla hacia la puerta.

–He quedado con Alex en que vamos a ir al médico inmediatamente.

Le lanzó una mirada letal con la que le advirtió que no había nada que decir o hacer al respecto.

–Si me entero de que me has mentido y que has intentado cargarme con el hijo de otro hombre, vas a tener que esconderte en algún lugar en el que no pueda encontrarte jamás.

6

En la clínica privada de Harley Street les sacaron muestras de sangre para mandarlas a otra clínica donde compararían los ADN.

–Jamás te perdonaré por haberme hecho pasar por esto –le dijo Marnie a Leandro cuando salieron de la clínica y se montaron en su coche.

Él frunció el ceño.

–¿Te han hecho daño al sacarte sangre?

–No, pero me resulta humillante tener que demostrar que eres el padre del bebé cuando ya te he dicho que eres el único hombre con el que me he acostado.

–Hasta ahora ya me has contado algunas mentiras. Solo un loco aceptaría una paternidad sin pruebas.

Leandro recordó que su padre había dicho exactamente lo mismo cuando se había descubierto que él no era el padre de Henry.

–Tenías que haber insistido en una prueba de paternidad cuando nació el niño o, al menos, después de divorciarte de Nicole y de acceder a mantener a un niño que al final ha resultado no ser tuyo. Has sido un tonto por esperar seis años para pedir una prueba de ADN –le había dicho.

«No te preocupes, papá, que he aprendido la lección», pensó Leandro con amargura, recordando lo mal que se había sentido al descubrir que Henry no era su hijo.

–Me puedes dejar en la boca de metro para que vuelva a Brixton. Del metro a casa de mi prima, en Dulwich solo hay que hacer un pequeño trayecto en autobús –comentó Marnie, interrumpiendo sus pensamientos–. Tardaremos menos que en coche, con este tráfico.

–Supongo que es una broma. No pienso perderte de vista hasta que no tenga los resultados de la prueba, dentro de una semana. Puedes quedarte en casa y, si se demuestra que el niño es mío, tendremos que decidir cómo vamos a gestionar la situación.

–Te voy a decir cómo vamos a gestionar la situación –replicó ella, fuera de sí–. Yo voy a ser la mejor madre posible con mi hijo, y no voy a querer ni a necesitar nada de ti. No tenemos nada de qué hablar, por mí, te puedes ir al infierno.

–Ya he estado allí antes.

Leandro agarró el volante con más fuerza y miró de reojo a Marnie. Era la primera vez que perdía los nervios con él y se le pasó por la cabeza que tal vez eso no fuese bueno para el bebé. Si el niño era suyo, se aseguraría de que nada la disgustase mientras estuviese embarazada.

Se concentró en la carretera e intentó no pensar en sus voluptuosos pechos. Sabía que, si se la llevaba a la cama, se le pasaría el enfado rápidamente. Se maldijo en silencio. Era posible que Marnie se estuviese acostando con otro hombre, se recordó, y aquello le bastó para quedarse frío.

–¿Dónde tenías pensado vivir cuando tu prima volviese de la luna de miel? Porque supongo que ya no vas a marcharte a California.

–Es evidente que no puedo aceptar la beca de la NASA este año –respondió ella–, pero la puedo posponer hasta que haya nacido el bebé. Al parecer, allí hay un servicio de guardería excelente.

Leandro digirió aquella noticia inesperada.

–¿Estás diciendo que estarías dispuesta a dejar a tu bebé en una guardería para poder estudiar? Me da igual lo buena que sea la guardería. Un bebé necesita estar con sus padres para crear un vínculo y así sentirse seguro y querido.

Él solo recordaba los cuidados de las niñeras. Imaginó que sus padres habían ido a verlo a su habitación, pero no recordaba haber recibido mucho afecto de ellos.

Marnie miró a Leandro con sorpresa.

–Esperar que una mujer se dedique solo a su hijo, que sacrifique su carrera, es un punto de vista muy anticuado.

–No tiene por qué ser la madre la que se sacrifique, también puede ser el padre.

Cuando Henry había nacido Leandro había decidido que sería mejor padre de lo que lo había sido el suyo. Se le encogió el corazón. Si el bebé de Marnie era suyo, lo protegería. Y lo querría.

–Si soy el padre no te permitiré que te lleves al niño a Estados Unidos nueve meses –le advirtió.

–No podrás impedírmelo. De todos modos, ¿qué más te da? Ya me has dejado claro que no quieres al niño.

–Yo no he dicho eso, sino que quiero una prueba de que es mío y, si así es, por supuesto que querré formar parte de su vida.

–En ese caso, supongo que tendremos que llegar a un acuerdo –contestó Marnie sorprendida–. Si me marcho a Estados Unidos al año que viene, supongo que podrías venir a visitar al bebé en California.

–¿Y cómo pretendes financiar tus estudios en Estados Unidos? Aunque recibas una beca, necesitarás dinero para vivir. Si además de la investigación tienes que trabajar para vivir, no vas a tener mucho tiempo para cuidar del bebé.

–Todavía no sé cómo me voy a organizar, pero me las arreglaré –le contestó ella.

–Si el bebé es mío, te ayudaré a que continúes con tus estudios en Estados Unidos, o donde quieras, pero a cambio tendrás que dejar al bebé conmigo y permitir que pida la custodia.

Ella frunció el ceño mientras asimilaba las palabras de Leandro.

–¿Me estás sugiriendo que deje al niño en Inglaterra contigo durante nueve meses?

–No durante nueve meses, sino para siempre –dijo él–. Te recompensaré económicamente.

Marnie lo entendió por fin y sintió náuseas.

–¿Qué clase de hombre eres para sugerir algo tan terrible? Ninguna mujer vendería a su hijo.

–Claro que sí –respondió Leandro muy serio.

Cuando sus padres se habían divorciado él había pensado que a su padre la custodia se la había dado un juez, pero de adolescente había descubierto que su madre había aceptado una importante cantidad de dinero a cambio de darle a Silvestro Vialli la custodia de su heredero.

–No puedo creerme que estuviese enamorada de ti –murmuró Marnie.

Leandro la miró de reojo y se le encogió el corazón al ver una lágrima en su rostro.

–Yo nunca te pedí... ni te di motivos para que sintieses nada por mí.

–No te preocupes, ya no siento nada por ti.

–Marnie... ¡por favor!

Demasiado tarde, la vio abrir la puerta y adivinó sus intenciones. El tráfico se había parado y Leandro no pudo evitar que saliese del coche.

–Marnie, vuelve al coche. Tienes que tranquilizarte.

Era la primera vez que la veía llorar y verla así bajo la lluvia, lo conmovió.

–Lo único que necesito es alejarme de ti –le gritó–. Me iría a Marte y aún no estaría lo suficientemente lejos. Te odio y no quiero volver a verte jamás.

Leandro la vio correr hacia el metro y le gritó, pero los coches que tenía delante empezaron a moverse y él tuvo que hacerlo también.

Era evidente que no había sabido manejar bien la situación y aquello lo enfureció. En los negocios tenía fama de ser un negociador brillante. En esos momentos lo mejor que podía hacer era darle algo de espacio a Marnie para que se calmase.

Se sintió incómodo al reconocer en sí mismo rasgos de su padre. Silvestro siempre lo quería tener todo bajo control y esperaba que todo el mundo le diese la razón y, como era multimillonario, solía conseguirlo.

Leandro gruñó. Había querido tener a Marnie cerca hasta que le diesen los resultados de las pruebas, pero ella había dicho que no quería volver a verlo y, por el momento, tendría que respetar sus deseos. No obstante, si se demostraba que el bebé era suyo tendrían que hablar. O lo hacían cara a cara o a través de abogados.

Al menos sabía dónde estaba alojada. Después de aquello, la llamó para pedirle la dirección exacta y mandarle allí el correo y, durante dos semanas, fue allí después del trabajo y, metido en el coche, esperó a que las luces del piso se

apagaban antes de marcharse. Por algún extraño motivo, dormía mejor sabiendo que estaba bien.

Marnie había dormido mal desde su encuentro con Leandro. Se sentía muy dolida por sus dudas y por el hecho de que la hubiese acusado de haberle robado las joyas. No obstante, estaba decidida a demostrarle a Leandro que era inocente y el único modo de hacerlo era encontrando a su hermano.

Jake le había dicho que iba a empezar a trabajar en la finca de lord Tannock, en Escocia, y ella la había buscado en Internet y había encontrado que estaba cerca de la ciudad de Balloch, a orillas del lago Lomond.

El tren que iba a Glasgow salía de Londres a media mañana.

Después de pasarse la noche sin dormir, Marnie estaba tan cansada que se quedó dormida nada más sentarse en su asiento. La despertó el revisor varias horas después. Habían llegado a Glasgow.

–El tren que va a Balloch sale en cinco minutos de otro andén.

–Ah, muchas gracias.

Desorientada y preocupada por perder la conexión, Marnie tomó la bolsa de viaje y salió corriendo, pero cuando llegó al andén en el que estaba el otro tren y le pidieron el billete se dio cuenta de que se había dejado el bolso en el primer tren.

–Maldita sea –murmuró, recordando que lo había dejado debajo del asiento.

La idea de quedarse sin teléfono, tarjetas de crédito y el billete de tren le hizo ignorar el dolor que sentía en el costado al correr.

–¡Disculpe!

Se giró para evitar chocar contra otro pasajero que se le había cruzado, pero tropezó y se cayó, golpeándose la cabeza con el duro cemento del suelo de la estación.

Leandro comprobó que no tenía mensajes por enésima vez mientras paseaba por el jardín de su casa de Florencia antes de sentarse en el balcón. El atardecer era su momento favorito del día en Villa Collina, pero ni la puesta de sol ni los jazmines que cubrían los muros de la casa de estrellas blancas e impregnaban el ambiente de un delicado perfume consiguieron aliviar la tensión que le provocaba la espera de los resultados de la prueba de ADN.

Se había pasado la semana anterior supervisando la reforma del teatro, cosa que lo había ayudado a sobrevivir, pero el proyecto ya no exigía su atención.

Volvió a leer el informe que le había enviado su equipo de seguridad acerca de Marnie. Esta le había contado la verdad en relación a sus hermanos

gemelos: Luke, que había fallecido cinco años antes, y Jake. Lo que había omitido era que Jake había estado un año en la cárcel y que estaba en libertad provisional, lo que significaba que volverían a encerrarlo si reincidía.

Sin una fotografía con la que comprobar la identidad del hombre al que habían grabado sus cámaras de seguridad, Leandro no sabía si el tipo al que Marnie había dejado entrar en su casa de Eaton Square era su hermano o un amante. Fuese quien fuese el hombre, debía de haber robado las joyas, pero ¿lo habría ayudado Marnie? Al fin y al cabo, ella sabía el código de la caja fuerte.

Eso le hizo pensar en su insistencia de que había sido virgen cuando lo había conocido. En realidad siempre lo había sabido, aunque le hubiese costado creer que aquella increíble pasión que compartían era especial.

El timbre de su teléfono hizo que se le acelerase el corazón. Vio que llamaban de la clínica, tomó aire y respondió. Después de una breve conversación, colgó y se pasó la mano por los ojos.

El hijo que Marnie esperaba era suyo. Iba a ser padre. Por fin iba a tener un hijo legítimo que llevaría el apellido Vialli.

Echó la vista diez años atrás, a cuando Henry había nacido. Él no había estado presente durante el parto porque Nicole había decidido que le hiciesen una cesárea en un hospital privado, pero Leandro había podido ver a su esposa y a su hijo, o al que por entonces pensaba que era su hijo, a las pocas horas de que este hubiese nacido.

Henry había sido tan pequeño, tan vulnerable. Había sido la primera vez que Leandro había tenido a un recién nacido en brazos y la experiencia le había parecido increíble. Recordó el amor que había sentido por Henry, la emoción, la felicidad. Cuando Marnie diese a luz unos meses más tarde nadie podría alejarlo de su hijo.

A pesar de la euforia, se dio cuenta en ese momento de lo mal que había tratado a Marnie. Entonces sintió miedo. ¿Y si ella se negaba a permitir que tuviese relación con su hijo? Leandro tenía la prueba de que el niño era suyo, pero no podía ir por ahí con el papel en la mano.

Marnie también podía decidir ponerle su propio apellido al niño. O, lo que era peor, llevárselo a vivir a Estados Unidos, o a cualquier otro lugar del mundo. Y él no se lo podría impedir. Estaba casi seguro de que no ganaría una batalla judicial por la custodia, y la idea de tener solo derecho a visitarlo y dividirse vacaciones y navidades con su hijo le resultó insoportable.

Apretó la mandíbula al darse cuenta de que era poco probable que Marnie se quedase soltera eternamente. Era joven y guapa y podía enamorarse de otro hombre. Si se casaba, ese otro hombre se convertiría en el padrastro del niño.

Leandro se frotó el puente de la nariz. Tenía el corazón acelerado. Lo único que sabía era que tendría todos los derechos si se casaba con Marnie. Había prometido no volver a casarse jamás, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario para tener a su hijo.

Aunque en su plan había un problema. La última vez que había visto a Marnie esta le había dicho que lo odiaba. Tenía derecho a estar furiosa con él

porque había dudado de que el niño fuese suyo, y era posible que siguiese enfadada. De hecho, no había respondido a sus llamadas la semana anterior, pero tendría que convencerla de que lo primero era velar por los intereses del bebé.

No había motivos para que su matrimonio no pudiese funcionar. Sin las expectativas emocionales de la mayoría de los matrimonios, se centrarían en construir una amistad basada en la amistad y en el deseo de ser unos buenos padres. Su compatibilidad sexual era otro factor a su favor.

Recordó a Marnie la última vez que habían hecho el amor, cuando él había llegado de París, después de haber estado visitando a Henry en el hospital. Había estado tan guapa, desnuda, con el pelo extendido sobre la almohada. Le había sonreído y a él se le había encogido el corazón, había sido una sensación extraña. Aunque, evidentemente, lo único que sentía por ella era deseo sexual. Y el sexo podía ser una base tan buena como cualquier otra para un matrimonio.

Leandro prefería la acción a la inactividad así que decidió que el primer paso que iba a dar sería comprarle un anillo de compromiso a Marnie. Ella lo había querido y él estaba seguro de poder convencerla para que lo perdonase. ¿Qué mujer sería capaz de resistirse a un anillo de diamantes y a la propuesta de matrimonio de un multimillonario?

—Leandro, gracias a Dios que has llegado.

Fue la bienvenida que le dio Betty, su ama de llaves, cuando entró en casa a la mañana siguiente, recién aterrizado de Florencia.

—Ha estado aquí la policía y necesitan hablar contigo urgentemente. Dicen que Marnie está en el hospital.

El tiempo se detuvo. A Leandro se le hizo un nudo en el estómago.

—¿En el hospital? ¿Qué ha ocurrido? ¿Está enferma? ¿Ha tenido un accidente?

«¿Ha perdido el bebé?».

Le sorprendió haber pensado primero en ella y después en el bebé, pero en vez de darle vueltas llamó al número que la policía le había dado a Betty.

La noticia le pareció increíble. Habían encontrado a Marnie inconsciente en la estación de ferrocarril de Glasgow. Según algunos testigos, había ido corriendo por el andén cuando había tropezado y se había caído. La policía le dijo a Leandro que había estado inconsciente dos días y que la habían encontrado sin ningún documento que pudiese identificarla. Cuando por fin había recuperado la conciencia, Marnie había pedido que localizasen a Leandro.

El oficial de policía no tenía más información acerca del estado de salud de Marnie y Leandro sintió miedo de las secuelas que esos dos días en coma podrían haber causado al hijo que esperaba. Se prometió que la cuidaría todo lo que pudiese durante el resto del embarazo.

Llamó a su piloto y una hora después estaba de camino a Escocia. A pesar de que se había llevado el ordenador, no podía concentrarse en el trabajo. Se

preguntó si Marnie habría ido a Escocia a advertir a su hermano Jake, o a la persona que aparecía en la cinta de vídeo, que se había descubierto ya el robo.

Recordó que la última vez que había visto a Marnie esta le había dicho que no quería volver a verlo. Su imagen, llorando bajo la lluvia, hizo que se le encogiese el estómago. Era extraño que le hubiese pedido a la policía que lo avisasen a él teniendo familia en Norfolk.

Nada más llegar al hospital de Glasgow una enfermera le dijo:

–La señorita Clarke se alegrará de verlo. Sus tíos, que son su familia más cercana, han sido informados del accidente, pero ella ha insistido en que lo llamasen a usted antes.

Él se dijo que lo más probable era que Marnie no lo recibiese demasiado bien, pero, para su sorpresa y alivio lo recibió con una sonrisa al entrar en la habitación. Estaba sentada en la cama y eso era una buena señal, pero también estaba muy pálida.

–¡Leandro! Gracias a Dios que me acuerdo de ti.

–*Cara*, menos mal que estás bien.

Leandro sintió emociones que no había esperado sentir mientras estudiaba el moretón de su frente. Se acercó a la cama y la abrazó. Su pelo olía a limón y estaba muy suave. Él cerró los ojos, sobrepasado por la sensación. Se le había olvidado lo menuda que era Marnie. Parecía tan frágil.

Bajó la vista a la curva de su vientre y tragó saliva.

–¿El bebé...?

–Me han hecho una ecografía esta mañana y el bebé está bien –dijo ella con voz temblorosa–. Cuando el doctor me dijo que estaba embarazada no me lo podía creer. No lo recuerdo... no me acuerdo de muchas cosas.

Leandro frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Marnie, parecía rota, asustada.

Leandro intentó que no se notase su preocupación, se sentó en el borde de la cama y tomó sus manos frías.

–Intenta tranquilizarte, *cara*...

–¿Cómo voy a tranquilizarme? –sollozó–. Leandro... he perdido la memoria.

7

–El médico dice que es amnesia retrógrada, que ocurre en ocasiones tras una conmoción cerebral –le explicó Marnie, limpiándose las lágrimas con el pañuelo que Leandro le había ofrecido–. Al parecer, el golpe en la cabeza fue tan fuerte que me fisuré el cráneo. Me han hecho un escáner y el especialista me ha dicho que lo de la memoria va a mejorar, pero que no hay ninguna garantía de que vaya a recuperarla completamente.

Leandro tenía el corazón cada vez más acelerado. Marnie había pasado por una situación muy dura y no podía disgustarla más. Si no se acordaba de que estaba embarazada, tampoco se acordaba de que se habían peleado.

–¿Qué es lo último de lo que te acuerdas? –le preguntó en tono amable.

Ella se frotó la frente.

–Sé que he estado viviendo unos meses en tu casa. Que me llevaste a cenar y terminamos en la cama... –comentó, ruborizándose.

Él asintió.

–Nos hicimos amantes y viniste a vivir a mi casa hace un año.

–¿Tanto tiempo? Recuerdo que estuvimos en un chalet en las montañas. Debió de ser la pasada Navidad. Tú ibas a enseñarme a esquiar, pero nos pasamos la mayor parte de la semana acurrucados frente a la chimenea –dijo, ruborizándose todavía más.

–Haciendo el amor durante horas –dijo él.

–Si llevamos un año juntos, supongo que éramos felices –añadió Marnie sin saber por qué.

Leandro sonrió.

–Por supuesto que éramos felices, *cara*.

–Es que no me acuerdo mucho de nuestra relación. Sé que tú trabajas mucho, y que yo he estado muy ocupada estudiando. ¿Sabes que estudio Astrofísica en la universidad? No sé cuándo te conté que mi sueño era ser astrónoma.

Suspiró.

–Es extraño, me acuerdo de lo que he aprendido, pero no de si he hecho los exámenes finales.

–Has aprobado con matrícula de honor.

–¿De verdad? –preguntó, sonriendo–. ¡Qué bien!

Leandro esperó a que Marnie le hablase de la beca que le habían ofrecido en la NASA, pero no la mencionó. Él tampoco. De todos modos, no le iba a permitir que se llevase al niño a la otra punta del mundo durante nueve meses.

Estaba decidido a que el pequeño se sintiese querido y seguro, no como se había sentido él.

Volvió al presente mientras Marnie continuaba hablando:

–Supongo que iba a continuar estudiando un máster en la misma universidad de Londres, pero no me acuerdo –comentó–. Lo peor es que no recuerdo el momento en el que me enteré de que estaba embarazada.

Se mordió el labio.

–Imagino que fue un accidente. No es algo que habría planeado en esta época de mi vida –admitió, llevándose la mano al vientre–, pero al mismo tiempo es muy emocionante. ¿Te alegra la noticia?

–Estoy encantado, *cara*. Nos confirmaron el embarazo hace solo un par de semanas y, sí, fue una sorpresa, pero yo no podría ser más feliz.

–Me alegro mucho –dijo Marnie sonriendo–. No estaba segura de lo que pensabas al respecto.

Leandro tuvo mala conciencia, pero se recordó que había conseguido su fortuna aceptando riesgos. No podía engañarse pensando que la pérdida de memoria de Marnie sería permanente, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario para tener cerca a su hijo.

–Estoy deseando que nazca el niño –añadió–, pero antes de eso tenemos por delante otro acontecimiento muy especial.

Buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó una cajita de terciopelo que llevaba el nombre de una conocida joyería de Florencia, donde había comprado el anillo antes de volver a Londres.

Marnie dio un grito ahogado al abrirla y ver el increíble diamante.

–Han ajustado el tamaño de tu anillo de pedida –le dijo Leandro mientras se lo ponía–. Bien... ahora sí que te queda perfecto.

La miró a los ojos e intentó no escuchar la vocecilla que le decía en su interior que no estaba bien que la engañase.

–Pienso que deberíamos continuar con los planes de boda que teníamos antes de que perdieses la memoria.

–¡Planes de boda! Lo siento, pero no me acuerdo de nada.

A Marnie le temblaron los labios y él volvió a sentirse culpable.

–No te disgustes –le dijo–. Crearemos nuevos recuerdos a partir de ahora. ¿Quieres casarte conmigo, *mia bella*?

Marnie miró el enorme diamante que brillaba en su dedo y se preguntó por qué no se sentía feliz. Leandro estaba esperando una respuesta y ella se sintió mal al pensar que aquello debía de ser tan difícil para él como para ella.

Sonrió.

–Por supuesto que sí, pero ¿estás seguro de que quieres casarte conmigo? ¿Y si no recupero nunca la memoria?

–La recuperarás.

Leandro supo que era muy egoísta por su parte desear que no lo hiciera.

Le dio un beso en la mano y se dijo que la haría feliz. De hecho, Marnie ya se había enamorado de él sin ningún esfuerzo por su parte.

El destino había actuado en su favor y Marnie no recordaba que le habían hecho una prueba de ADN para demostrar que el niño era suyo. Leandro pensó que no tenía sentido decírselo. Solo tenía que convencerla de que iban a casarse por amor y Marnie jamás adivinaría que él se casaba solo porque era lo que le convenía.

–En cuanto estés lo suficientemente bien para salir del hospital iremos a mi casa de Florencia, allí te terminarás de recuperar para la boda, que tendrá lugar dentro de un mes.

Marnie frunció el ceño, como si estuviese intentando recordar.

De lo único que estaba segura era de que se había enamorado de él un mes después de mudarse a su casa. Y que habían pasado mucho tiempo haciendo el amor. Se ruborizó solo de pensar en cuánto se deseaban.

Y Leandro también debía de haberse enamorado de ella, ya que le había pedido que se casasen. El anillo de compromiso no le sonaba, pero Leandro había dicho que lo había mandado ajustar, así que tal vez no hubiese tenido la oportunidad de llevarlo antes.

De repente, dudó.

–Tal vez deberíamos posponer la boda hasta que recupere la memoria.

No supo si era su imaginación, pero tuvo la sensación de que Leandro se ponía tenso, pero después le sonrió de manera muy sensual y clavó los ojos grises en los suyos. Las dudas desaparecieron.

–Tienes que aceptar que es posible que no recuperes la memoria –le contestó él en tono amable–. Nuestro bebé nacerá en un par de meses y para mí es muy importante que sea un hijo legítimo, cuyos padres se han comprometido en matrimonio. Solo quiero que seamos una familia y pensé que tú deseabas lo mismo.

–Sí –susurró ella, conmovida por sus palabras.

De repente se sintió muy cansada, cerró los ojos. Desde que había recuperado la consciencia le dolía la cabeza.

–Tienes razón. Debemos seguir adelante con los planes de boda aunque no me acuerde de ellos. No quiero que mi tonto accidente lo estropee todo, pero tendrás que ocuparte de los preparativos tú.

–Me ocuparé de todo, *cara*.

Satisfecho con que la primera fase de su plan, la de casarse con Marnie, estuviese bien encaminada, Leandro pensó que tenían que casarse al mes siguiente.

Una emoción que no supo identificar, tal vez fuese ternura, lo invadió al ver cerrar los ojos a Marnie, pero se dijo que lo que sentía era por el niño, no por ella.

Pensando que se había quedado dormida, fue en silencio hasta la puerta, pero cuando iba a salir de la habitación oyó su voz:

–Leandro, ¿me quieres?

–¿Por qué si no te habría pedido que te casases conmigo? –murmuró él, después de vacilar un instante—. Ahora descansa, *cara*, voy a hablar con el médico, a ver cuándo piensa que podremos irnos a Florencia.

No había sido precisamente una declaración de amor.

Marnie intentó no llorar. No supo por qué, pero, de repente, los ojos se le habían llenado de lágrimas. Cuando Leandro se hubo marchado, deseó que la hubiese besado, o que le hubiese dicho que la amaba. Aunque tal vez le hubiesen advertido que no la alterase demasiado.

El especialista en traumas cerebrales le había explicado que era normal estar más sensible después de una conmoción cerebral, y Marnie se dijo que debía de ser el motivo por el que tenía ganas de llorar. La sensación de haber perdido la memoria era horrible y, aunque no se lo había dicho a Leandro, lo sentía más como a un extraño que como a su prometido.

Miró el anillo que llevaba en la mano. Leandro debía de quererla, porque le había pedido que se casase con él, pero había algo más que Marnie no terminaba de entender.

Se tumbó de lado y sintió un cosquilleo extraño en el vientre. Contuvo la respiración, se llevó la mano a la tripa y notó un pequeño movimiento. ¡El bebé! Una de las enfermeras le había explicado que era normal que las mamás sintiesen cómo se movía el bebé a partir de los cuatro meses y medio de embarazo. De repente, su estado le pareció mucho más real. Una nueva vida estaba creciendo en su interior y la perspectiva de la maternidad le resultó abrumadora.

Se preguntó cómo habría reaccionado Leandro cuando le había contado que estaba esperando un hijo suyo. ¿Por qué tenía la sensación de que se había enfadado? Un rato antes lo había visto contento, y se dijo que ella también empezaría a relajarse en cuanto asumiese la noticia de que pronto sería madre.

Pero en ese momento se sintió muy sola, con miedo al futuro.

Villa Collina estaba situada sobre una colina y tenía vistas a Florencia y a los campos de la Toscana. Era impresionante.

–¿Había estado aquí antes? –le preguntó Marnie a Leandro—. No puedo creer que no recuerde un lugar tan bonito.

Se sentía frustrada porque, dos semanas después del accidente, seguía sin haber recuperado la memoria.

–Es la primera vez que venimos juntos a Florencia –le contestó él—. Tienes que dejar de preocuparte por la pérdida de memoria. El estrés no es bueno para el bebé.

–No sabes cómo es haber olvidado varios meses de tu vida.

Marnie suspiró y pasó la vista por los jardines de céspedes bien recortados, bordeados de arbustos de lavanda, que aromatizaban el aire. Lo único que rompía el silencio era el zumbido de las abejas, pero, a pesar de la tranquilidad del entorno, ella no lograba sentirse en paz.

Había tenido la esperanza de recordar algo al volver a la casa de Leandro en Londres, pero él había preferido ir a Florencia y la había convencido de que lo acompañase.

Se dijo que no podía quejarse de sus atenciones. Leandro se preocupaba por su salud y ella se alegraba, pero en ocasiones también se preguntaba si su preocupación era realmente por ella o por el bebé que esperaba.

Apartó aquello de su cabeza y se giró a mirarlo. Había ido a visitarla todos los días al hospital vestido de traje y a Marnie le había molestado ver cómo lo miraban las enfermeras. En esa ocasión vestía pantalones vaqueros y camisa también vaquera, en tono más claro, y estaba muy sexy. La brisa lo había despeinado y la luz dorada del atardecer acentuaba la angular belleza de su rostro.

A Marnie le resultó increíble que un hombre tan guapo y sofisticado como Leandro quisiese casarse con ella.

–Tengo la sensación de que no te conozco –admitió de repente–. Supongo que me habrás hablado de tu familia, por ejemplo, pero no me acuerdo.

Miró hacia la elegante casa de tres pisos.

–¿Por qué compraste esta casa en Florencia? ¿Naciste aquí?

–De hecho, nunca hemos hablado de nuestras respectivas familias –le dijo Leandro–. Yo nací y crecí en Nueva York. Mi abuelo paterno emigró a Estados Unidos desde Nápoles y allí montó un negocio inmobiliario. Cuando falleció, mi padre se puso al frente de la empresa y convirtió Vialli Holdings en un negocio multimillonario.

Marnie frunció el ceño mientras se obligaba a intentar recordar el pasado.

–No recuerdo si he conocido a tus padres.

–Mi madre falleció y mi padre no suele socializar mucho, salvo por motivos laborales –se limitó a responderle él.

Guió a Marnie al interior de la casa, donde los suelos eran de mármol gris claro y las paredes blancas ofrecían un fresco santuario protegido del sol del jardín.

–Mi madre creció en esta casa. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía siete años y yo fui a vivir con mi padre, pero pasaba las vacaciones aquí con mis abuelos y, de vez en cuando, con Giulietta si no estaba trabajando en ningún espectáculo.

Aquello la hizo recordar algo.

–Ah, tu madre era Giulietta Fargo, la famosa cantante y actriz de Broadway.

Leandro asintió.

–No sé por qué me acuerdo de eso, pero debe de ser una buena señal, tal vez esté recuperando la memoria.

Leandro reaccionó con más cautela.

–Mi madre era una estrella internacional, casi todo el mundo ha oído hablar de ella. El especialista te advirtió que podrías tardar meses, tal vez años, en recuperar la memoria, y que quizás no la recuperes nunca. Te aconsejó que continuases con tu vida.

La tomó de la mano y añadió:

–Ven a ver el resto de la casa.

A Marnie le encantó la sensación de hogar que le dio la casa, sus alfombras de colores y sus cuadros de paisajes toscanos en las paredes.

Se dirigieron hacia unas enormes escaleras y ella se detuvo a admirar una fotografía de un niño de unos diez años con una mujer con el pelo negro y muy largo.

–¿Es tu madre? Era muy guapa. ¿Por qué te fuiste a vivir con tu padre cuando se divorciaron?

–Porque mi madre, debido a su carrera, estaba siempre viajando por el mundo. Lo cierto es que no nos veíamos mucho. Intentaba venir aquí cuando yo estaba con mis abuelos, pero lo primero era siempre su trabajo.

No lo dijo con amargura, sino más bien con resignación, pero a Marnie se le encogió el corazón al estudiar la fotografía de Leandro de niño y ver vulnerabilidad y soledad en sus ojos grises.

–¿Y la niña pequeña, quién es? –volvió a preguntar.

–Mi hermanastra. Cuando mis padres se divorciaron, mi madre tuvo una aventura con un hombre de negocios francés, y una hija. Stephanie, como yo, también creció con su padre. De niños solo nos veíamos de vez en cuando, cuando mi madre la traía a Villa Collina, pero nuestra relación se estrechó cuando el padre de Stephanie falleció, hace un par de años.

Leandro tomó otra fotografía en la que aparecía una joven muy bella.

–Es Stephanie el año pasado. Es modelo y vive en París.

A Marnie le sonó aquel nombre.

–¿Me habías hablado de tu hermanastra antes?

–Es posible que no. Como te he comentado, no solemos hablar mucho de nuestras familias. De hecho, yo me había enterado recientemente de que tenías hermanos gemelos, y de que uno de ellos falleció.

–Ojalá se me hubiese borrado de la memoria la muerte de Luke –admitió ella suspirando–. Me costó mucho aceptarla. En una ocasión, incluso...

–¿Qué?

–Hubo un terrible incidente... Yo estaba en una tienda y pensé que había visto a Luke en la calle, así que salí corriendo detrás de él, sin darme cuenta de

que todavía tenía un bolso en la mano. Pensaron que había querido robar el bolso y me detuvieron, pero todo se aclaró. Echo mucho de menos a mis dos hermanos.

Marnie dejó la fotografía de Leandro y su madre, y la de su hermanastra, y pensó que no parecía haber tenido una niñez mucho más feliz que la suya.

–Mi padre se marchó de casa cuando yo tenía once años. Se fue a Bulgaria a vivir con una mujer a la que había conocido allí –le explicó–. Al principio llamaba por teléfono, pero después dejó de llamar y ya no estoy en contacto con él. Yo jamás viviré lejos de mi hijo.

Hablar del pasado le había hecho pensar en sus preocupaciones acerca del futuro.

–Espero que casarnos sea lo correcto. Mi pérdida de memoria me hace sentir que somos casi dos extraños –admitió.

Hizo girar el anillo de compromiso en su dedo.

–Este anillo, por ejemplo. Es el diamante más grande que he visto nunca, y debe de costar una fortuna, pero yo no soy así –se explicó–. Yo no habría elegido algo tan vistoso. No me interesan las joyas llamativas.

Se mordió el labio al pensar que tal vez Leandro hubiese elegido aquel anillo para ella.

–No quiero ser una desagradecida. Supongo que lo que me preocupa es cómo vamos a conseguir que nuestro matrimonio funcione si no recupero la memoria.

Leandro pensó que aquel matrimonio tendría más posibilidades de funcionar si Marnie no recuperaba la memoria que si lo hacía.

Pero intentó tranquilizarla.

–Por supuesto que funcionará, *cara*.

Ella lo miró como si no estuviese convencida y Leandro supo que necesitaría algo más que palabras para convencerla. También era consciente de que si recuperaba la memoria después de que se casasen existía la posibilidad de que quisiese dejarlo y llevarse a su hijo.

Aunque entonces su posición sería más fuerte a la hora de llevarse la custodia. No obstante, prefería no hacer pasar a su hijo por un divorcio, ya que todavía recordaba el de sus padres. Quería que el niño creciese con una madre cariñosa y atenta, como Marnie había dicho que sería. Por lo tanto, necesitaba que aquel matrimonio funcionase, lo que significaba que tenía que hacer creer a Marnie que estaba enamorado de ella.

La llevó hasta el dormitorio principal y notó que se ruborizaba al ver la cama.

–Admito que es un anillo extravagante. Es un tema masculino –le explicó en tono divertido–. El tamaño es importante para un hombre cuando elige un anillo porque espera demostrar con él el alcance de sus sentimientos por la mujer que ha accedido a ser su esposa, pero tendría que haber sabido que tú ibas a preferir algo menos llamativo.

Recordó que Marnie nunca había demostrado interés por la ropa de diseño ni por las joyas caras. Siempre había preferido cosas sencillas, como flores del jardín.

–Es un anillo precioso –le dijo ella–. No pretendía herir tus sentimientos.

–Jamás podrías hacer algo así, *cara*.

Leandro le dijo aquello para tranquilizar, pero se aseguró en silencio que Marnie no podría herir sus sentimientos porque no sentía nada por ella. Bueno, sí sentía algo: deseo. Nunca había deseado tanto a una mujer.

Se alegró de ver que ya no estaba tan pálida y de que el hematoma de la frente casi había desaparecido. Al verla en el hospital solo había pensado en que recibiese la mejor atención médica, pero en esos momentos se fijó en su pelo rubio, brillante, en el rubor de sus mejillas y en sus pechos.

Siempre le habían gustado sus curvas, en esos momentos, pronunciadas por el embarazo. El vestido marcaba su vientre redondeado y Leandro deseó apoyar la mano en él. Se imaginó levantándole el vestido y acariciando sus generosos pechos.

Le apartó un mechón de pelo del rostro.

–Ha sido un día muy cansado... deberías tumbarte un rato antes de cenar –murmuró.

–No estoy cansada. Me siento mucho mejor ahora que ya no me duele la cabeza –le aseguró Marnie.

–En ese caso, deberíamos tumbarnos los dos, *cara*.

–Ah...

Marnie vio cómo le brillaban los ojos a Leandro y se le cortó la respiración.

Se sintió aliviada. En el hospital, después del accidente, Leandro había sido cariñoso y atento con ella, pero su actitud había sido más la de un hermano que la de un amante y eso le había hecho preguntarse si la deseaba.

Leandro inclinó la cabeza y atrapó sus labios, demostrándole que la deseaba tanto como ella a él. Marnie pasó las manos por su rostro. La aspereza de su barba le resultó maravillosamente familiar, y el corazón le dio un vuelco al darse cuenta de que lo conocía, ya lo había tocado así antes. También recordaba el olor de su aftershave y su beso le robó el corazón.

–No somos dos extraños, *mia bella*. Tu cuerpo reconoce al mío y recuerda la pasión que ha habido entre ambos desde el primer día.

Leandro la apretó contra su cuerpo y ella dejó de preocuparse por lo que no podía recordar y se centró en el presente. Suspiró cuando Leandro le quitó el vestido y pensó que pronto tendría que comprarse ropa de embarazada, pero entonces le quitó también el sujetador y Marnie dejó de pensar, se derritió.

–*Bellissima* –le dijo él con voz ronca–. Te he echado tanto de menos, *mia amata*.

Volvió a besarla apasionadamente, pero sus palabras la hicieron dudar.

–¿Por qué me has echado de menos? Pensé que vivíamos juntos antes del accidente.

Tuvo la sensación de que Leandro se ponía tenso, pero no supo si era su imaginación.

–Te he echado de menos mientras estabas en el hospital –murmuró Leandro.

Y antes de que a Marnie le diese tiempo a responder, volvió a besarla e hizo que se olvidase de todo.

–Esta mañana he notado cómo se movía el bebé. Es una especie de cosquilleo por dentro, pero según vaya creciendo, podrás notarlo tú también si pones la mano en mi estómago... bueno, si quieres hacerlo, claro.

Leandro le había dicho que estaba contento con la idea de tener un bebé, pero había admitido que no era un bebé buscado y Marnie no sabía cómo se sentía en realidad.

–Quiero formar parte de todas las etapas del embarazo –le dijo él, con la voz ronca por el deseo y con una ternura que no había sentido nunca antes.

Se puso recto, y muy serio.

–¿Te sientes lo suficientemente bien para que te haga el amor? Si te preocupa el bebé...

–El bebé va a estar bien –respondió ella enseguida–. Antes de que me dieran el alta del hospital el médico me dijo que podía hacer vida normal y que puedo tener relaciones sexuales siempre y cuando quiera hacerlo.

Le desabrochó la camisa y pasó las manos por el vello oscuro de su pecho.

–Y quiero.

–Tendré cuidado, *cara* –le prometió él, tomándola en brazos para dejarla en la cama.

Marnie lo vio quitarse los pantalones vaqueros y los calzoncillos y la vista de su erección le causó calor entre las piernas. Las separó mientras él se colocaba encima, pero Leandro la hizo esperar y ella se sintió desesperada de deseo. Él le acarició un pezón con la boca, luego el otro, mientras la acariciaba entre los muslos y la excitaba todavía más.

Marnie arqueó la espalda.

–Por favor –gimió–. No quiero que tengas cuidado.

Él dijo algo en italiano y apretó la punta de su erección contra su sexo. Despacio, tan despacio que Marnie sintió ganas de gritar, la fue llenando, poseyéndola, haciendo suyo su cuerpo, su corazón y su alma.

Marnie recordaba aquello. Enterró los dedos en los músculos de su pecho y notó cómo él se apartaba y volvía a entrar, cada vez más deprisa, con más fuerza, llevándolos a ambos al éxtasis.

Su corazón le aseguraba que era el amor de su vida, pero algo le impedía decirle que lo amaba en voz alta. En su lugar, lo susurró contra su garganta mientras ambos disfrutaban del clímax, que les había llegado a la vez.

Después, Leandro le apartó un mechón de pelo de la cara y le dio un beso en los labios, pero no le dijo lo que Marnie tanto ansiaba oír, y cuando se apartó de ella fue como si la distancia que había de repente entre ellos fuese mucho mayor de la real.

Marnie sintió ganas de llorar y apartó el rostro para que él no se diese cuenta.

–¿Lloras, *cara*? –le preguntó él–. *Dio*, ¿te he hecho daño?

–No –respondió ella, ignorando el dolor de su corazón–. Es solo que odio no recordar los detalles de nuestra relación.

Se mordió el labio.

–Si éramos felices, ¿por qué me fui a Escocia sola? No tengo ni idea de por qué estaba en aquella estación de tren en Glasgow.

–Ibas a ver a tu hermano Jake –le respondió Leandro después de un momento–. Él había estado visitándote en Londres antes de marcharse a Escocia a empezar un trabajo nuevo.

La miró fijamente.

–¿Te acuerdas de la visita de tu hermano a Eaton Square?

–¿Jake vino a verme?

A Marnie se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

–Oh, ojalá lo recordase.

Se miró el anillo de compromiso.

–Supongo que iba a Escocia a contarle a Jake que iba a casarme. Al menos podré verlo en la boda. Lo has invitado, ¿verdad?

–Habíamos planeado hacer una ceremonia muy íntima, solo nosotros dos y un par de amigos como testigos.

Leandro se recordó que su equipo de seguridad no había conseguido localizar a Jake ni encontrar las joyas robadas.

Marnie frunció el ceño.

–Yo estoy segura de que habría querido una boda íntima, pero que jamás habría accedido a dejar fuera a tía Susan y a tío Brian, ni a mi prima Gemma y a su prometido. Además de Jake es la única familia que me queda, y mi tía querrá verme vestida de novia.

Aquello pareció sorprender a Leandro.

–Tendrás que ayudarme a recordar. ¿He escogido ya un vestido de novia? Sería extraño no tenerlo comprado, si la boda es dentro de un mes.

–Decidiste esperar a que se acercase el momento porque no sabrías qué talla ibas a tener –se inventó Leandro rápidamente, diciéndose que tendría que invitar a la familia de Marnie.

Era importante que esta creyese que realmente quería casarse con ella. Y lo quería.

Se sintió culpable. Al ver la grabación de la cámara de seguridad y a Marnie invitando a un hombre a entrar en casa, había sospechado que ella había abierto la caja fuerte para dejar que su amante robase las joyas, pero Marnie había insistido en que no sabía nada del robo y él estaba empezando a preguntarse si de verdad sería inocente. También había dicho serlo del robo del bolso del que la habían acusado años antes.

También era probable que el hombre fuese su hermano Jake y no su amante. Y la prueba de ADN demostraba que el niño que esperaba era suyo. De hecho, antes de ver la grabación jamás había tenido motivos para pensar que Marnie le era infiel. No obstante, si le contaba que la había acusado de engañarlo y robarle, era probable que Marnie se negase a casarse con él.

Así que lo mejor sería continuar con la boda que ya había organizado en Inglaterra para el mes siguiente y confiar en que Marnie no recordase jamás cómo la había tratado.

8

–¿Cómo empezaste a interesarte por la restauración de teatros antiguos? – le preguntó Marnie a Leandro una tarde, más o menos una semana después de que hubiesen llegado a Florencia.

Estaban sentados en el Piazzale Michelangelo, un conocido mirador con vistas a la ciudad. Desde la terraza de la cafetería en la que se estaban tomando un café con leche se podía ver el icónico tejado de terracota del Duomo.

Un rato antes habían visitado el teatro Musicale, un precioso edificio del siglo XVIII que había estado abandonado hasta que Leandro lo había comprado con la intención de restaurarlo.

–Por dinero –respondió él.

Marnie lo miró sorprendida y Leandro sonrió.

–Olvídate de romanticismos. Soy un hombre de negocios y solo restauro teatros que sé que van a ser rentables.

Ella lo miró pensativa.

–No sé si eso es del todo cierto. Te he visto pasear por ese teatro y he tenido la sensación de que te encantan los edificios antiguos.

–Es cierto que admiro las grandes obras arquitectónicas –admitió él–. Y que el teatro Musicale tiene un significado especial para mí porque es donde mi madre empezó a actuar como cantante de ópera antes de convertirse en una famosa estrella de los musicales.

–¿Cómo era tu madre? He visto alguna grabación de sus musicales y tenía una voz increíble.

–Giulietta tenía mucho talento. Y una gran presencia, tanto dentro como fuera del escenario. Conseguía que todo el mundo se enamorase de ella con tan solo sonreírles. Incluido yo.

Se echó a reír, pero Marnie se dio cuenta de que había dolor en su voz cuando añadió:

–Me tenía fascinado. De niño, deseaba tanto estar con ella que con solo sonreírme yo pensaba que me quería. Aunque lo cierto es que no estoy seguro de que mi madre quisiese a nadie que no fuese ella misma.

–Los niños necesitan sentirse amados –reflexionó Marnie–. Mi madre sufrió una grave depresión, por lo que no fue capaz de ocuparse de mis hermanos ni de mí. Yo a veces pensaba que era culpa mía que no fuese feliz. Me portaba siempre muy bien porque pensaba que así mi madre dejaría de llorar y mi padre volvería a vivir con nosotros.

Se había pasado la vida intentando complacer a los demás y, como resultado, era poco segura de sí misma.

–Quiero que nuestros hijos crezcan sintiéndose seguros, sabiendo que vamos a quererlos de manera incondicional –le dijo a Leandro.

–Lo mismo quiero yo.

Le dedicó una de sus arrebatadoras sonrisas y las dudas que Marnie tenía de vez en cuando acerca de su relación se disiparon.

Mientras paseaban por la *piazza*, Marnie se dio cuenta de que Leandro atraía la atención de todas las mujeres con las que se cruzaban. No le sorprendió, parecía una estrella de cine, vestido con aquellos vaqueros negros, un polo y gafas de diseñador. Lo que sí que le sorprendía era que semejante hombre quisiese casarse con alguien tan poco glamuroso, tan normal como ella.

–¿Por qué frunces el ceño? –le preguntó Leandro–. ¿Estás cansada? Tal vez deberíamos volver a casa para que puedas acostarte y descansar.

Marnie se echó a reír.

–Paso mucho tiempo acostada, pero no precisamente descansando.

Él se quitó las gafas de sol, los ojos le brillaban con deseo.

–¿Podemos volver a esa tienda cerca del Ponte Vecchio donde venden ropa de bebé?

–Por supuesto, pero si estás cansada antes podemos parar en una *gelateria* y te puedes tomar otro helado.

–Me voy a poner enorme si sigo comiendo tanto –dijo ella.

–No digas tonterías, *mia bella*, estás preciosa. Te favorece el embarazo.

Ella lo miró, segura de que hablaba en broma, pero descubrió una expresión indescifrable en sus ojos. El tiempo se detuvo de repente.

–Ojalá pudiese recordar –dijo, sintiéndose frustrada.

–Lo importante es el futuro, no el pasado –murmuró él–. Miremos hacia delante juntos, como pareja y como padres.

Un grupo de adolescentes pasó por su lado hablando en voz alta y la magia del momento se rompió. Leandro se preguntó qué demonios le pasaba. No era normal en él hablar de sentimientos ni de su madre, pero a Marnie se le daba bien escuchar y él se había empezado a abrir con ella como no lo había hecho con ninguna otra mujer.

Al parecer, Marnie había tenido una niñez dura y después había sufrido la tragedia de la muerte de su hermano, pero no parecía que aquello la hubiese amargado. Era una buena persona y él volvió a sentirse culpable. Era injusto hacer que se casase con él cuando no había sido completamente sincero acerca de sus motivos. No obstante, se dijo que la haría feliz. Marnie jamás sabría que solo se había casado con ella para que él pudiese tener a tu hijo.

Marnie compró una mantita para el bebé y después pasearon por el Ponte Vecchio, el famoso puente sobre el río Arno. De camino a donde tenían aparcado el coche, Marnie se detuvo a comprar una botella de agua en una tienda. Frunció el ceño al contar el dinero que llevaba en el monedero.

–La dependienta que me ha vendido la mantita se ha equivocado y me ha devuelto cinco euros de más. Tengo que devolvérselos.

–Son solo cinco euros y seguro que, de todos modos, te los han cobrado de más. Aquí los precios siempre son más altos para los turistas –le dijo Leandro–. Está demasiado lejos para volver, *cara*.

Pero Marnie ya estaba dándose la vuelta.

–Cinco euros pueden parecer poco para un millonario –le contestó–, pero no es mi dinero y voy a devolverlo. No hace falta que me acompañes. ¿Por qué no me esperas en esa cafetería?

Leandro la agarró por la cintura.

–Te acompañaré –le dijo–, pero después nos iremos a casa a dormir la siesta.

De vuelta al mercado, Leandro se preguntó si alguien tan empeñado en devolver cinco euros podía ser un ladrón. Marnie parecía ser una persona escrupulosamente honesta, no podía haber robado las joyas, pero ¿habría intentado proteger a su hermano? A causa de la pérdida de memoria, Marnie no sabía nada del robo de las joyas.

Leandro se sintió mal al recordar cómo había llorado Marnie cuando él la había acusado de ladrona. ¿Y si se había equivocado? Deseó que no recobrase la memoria porque, si lo hacía, él no estaría precisamente en una buena posición.

El tiempo siguió siendo bueno con la llegada del otoño y las hojas de los árboles empezaron a ponerse doradas. Hacía calor suficiente para cenar en la terraza casi todas las noches y no había aire que apagara las velas que formaban el centro de mesa.

–¿Cómo empezó a interesarte la astronomía? –preguntó Leandro, admirando el brillo del pelo de Marnie bajo la luz de las velas.

Se dijo que cada día estaba más guapa.

Ella echó la cabeza hacia atrás y miró al cielo de la noche, donde brillaba la luna y cientos, miles, millones de estrellas en el firmamento.

–Cuando era niña mi padre me llevaba, con mis hermanos, de camping en verano. Por las noches nos dedicábamos a intentar contar las estrellas –le contó, sonriendo–. A veces, cuando miro al cielo por las noches me acuerdo de mi padre. Ahora tiene otra familia en Bulgaria. Me pregunto si lleva a sus hijos de camping y les habla de las estrellas.

A Leandro se le encogió el corazón, no pudo evitarlo.

–Siento que tu padre os dejase.

–Lo he echado mucho de menos y pienso que me centré en los estudios para olvidarme de todos los problemas que había en casa. El universo es tan grande que hace que veamos todas nuestras preocupaciones desde otra perspectiva.

Marnie había echado a andar por el jardín, lejos de la luz de la terraza.

–Ten cuidado, no te caigas a la piscina –le advirtió Leandro, siguiéndola–. A pesar de la luna, el jardín está muy oscuro. Daré las luces.

–No... Así se ven mejor las estrellas –respondió ella, levantando el rostro–. Siempre quise trabajar para la Agencia Espacial Europea, pero supongo que tendré que esperar a que el bebé crezca.

Le dolió no haber cumplido sus sueños. Estaba muy contenta con la idea del bebé, pero le daba miedo la maternidad. Sus padres no habían sido precisamente un buen modelo a seguir.

–¿Tú tienes mucha relación con tu padre? –le preguntó a Leandro–. Dijiste que habías crecido con él.

–En realidad crecí rodeado de niñeras y de expertos en comportamientos infantiles que mi padre iba viendo en mí y quería evitar.

Leandro habló en tono irónico, pero Marnie se imaginó al niño que había visto en la fotografía y recordó la soledad de su mirada.

–No parece que tu padre fuese muy cariñoso –comentó.

–Silvestro solo quiere dos cosas: dinero y poder. No pidió mi custodia para que pudiésemos tener un vínculo, sino para poder controlarme. Pero, es cierto, no hubo, ni hay, cariño entre nosotros.

Tampoco había habido amor en su primer matrimonio, pensó. Después de haber descubierto que Nicole lo había traicionado haciéndole creer que Henry era su hijo él había decidido cerrar su corazón para siempre.

Ni siquiera podía abrirlo a una mujer con el pelo color miel y los ojos marrones, oscurecidos por el deseo.

Aspiró el aroma a jazmín y se dijo que provenía de las plantas que cubrían la pérgola, pero no pudo evitar acercarse más a Marnie y el estómago se le encogió al inhalar el dulce olor a jazmín de su piel.

Ella se acurrucó entre sus brazos con una facilidad que habría hecho que a Leandro le pesase la conciencia de haberla tenido, pero la había llevado a Florencia con la intención de seducirla y sabía que, con las mujeres, siempre tenía las de ganar.

Y Marnie se lo confirmó con la dulzura de sus labios y la caricia de sus dedos. Leandro sabía que lo quería porque se lo había oído decir susurrando cuando le había hecho el amor delante del fuego.

Pensó que le estaba siendo fácil hacerla feliz. Marnie no le pedía nada, salvo su compañía para conocer Florencia y a él le encantaba pasear por la ciudad.

Por su parte, Marnie también lo había seducido a él con su buen humor, con sus ironías, y, sin darse cuenta, Leandro había bajado la guardia mientras exploraban la ciudad y los alrededores juntos. De repente, todos aquellos lugares que ya conocía parecían nuevos en su compañía.

La luna brillaba en la superficie de la piscina y de la tumbona que había al lado. Leandro la ayudó a echarse en ella y se inclinó sobre su cuerpo mientras la

besaba. Siguió besándola y la desnudó, y sintió algo dentro que se aseguró que tenía que ser deseo porque no sentía nada más por ella.

La había enseñado bien y Marnie se puso encima de él y lo acarició, rodeó la erección con su boca para atormentarlo.

–Me parece que concebimos a nuestro hijo otra noche estrellada, cuando hicimos el amor en la cubierta de mi yate, en Francia.

Se arrepintió al instante en hacer un comentario relativo al pasado, pero el daño ya estaba hecho, aun así, Marnie estaba tan concentrada en lo que estaba haciendo que por una vez no se obligó a recordar.

No obstante, las palabras de Leandro le hicieron pensar en el barco, en la luna, en el olor a mar... Las imágenes no tardaron en desaparecer, pero hicieron que se sintiese esperanzada.

–Creo que me he acordado... pero solo unos segundos. No obstante, es una buena señal.

Después se preguntaría si Leandro se había puesto tenso al oír aquello o si habían sido imaginaciones suyas, pero en ese momento no le dio tiempo a pensar nada más porque Leandro la penetró.

–No importa, *cara*. No importa nada, salvo esto.

La llenó con su erección y ella dio un grito ahogado.

–El pasado no importa. Crearemos nuevos recuerdos en Florencia y miraremos al futuro... al nacimiento de nuestro hijo.

Empezó a moverse en su interior y Marnie solo pudo concentrarse en llegar al clímax con él.

Lo único que le dolió fue que Leandro todavía no le hubiese dicho que la quería. Sí estaba segura de que le importaba, había sido atento y encantador con ella, y muy cariñoso desde que habían llegado a Florencia.

No le extrañó que a Leandro le resultase difícil expresar sus sentimientos. De niño no se había sentido querido por su padre y su madre lo había abandonado de pequeño. Tal vez le dijese lo que tanto quería oír después de la boda. En cualquier caso, ella no iba a permitir que aquello estropease semejante momento de felicidad.

Todo era perfecto, se volvió a asegurar más tarde, cuando entraron en la casa y Leandro insistió en llevarla en brazos al dormitorio.

Se durmió entre sus brazos, pero por la noche tuvo pesadillas y despertó a la mañana siguiente con el presentimiento de que los momentos felices que había tenido con Leandro habían sido solo un sueño.

Una semana después volvieron a Londres en el jet privado de Leandro y Marnie se dio cuenta de cómo iba a ser su vida como esposa de un multimillonario.

Para empezar, el avión era de lo más lujoso, y las dos azafatas que atendían el vuelo, increíblemente elegantes. Marnie se sintió enorme y deseó no haberse puesto aquel vestido de tirantes tan llamativo y poco sofisticado.

Leandro había intentado convencerla de que se comprase ropa nueva para el embarazo, pero ella se sentía incómoda utilizando su tarjeta de crédito y para el par de vestidos que había comprado había empleado su propio dinero.

Al menos el vestido de novia era precioso. Se emocionó solo de imaginarse vestida con el traje de seda color marfil y corte imperio para disimular su embarazo, adornado con minúsculos cristales que brillaban como estrellas.

Giró la cabeza hacia Leandro, que estaba sentado a su lado, y se le encogió el estómago. Se había afeitado esa mañana y su fuerte mandíbula y los pómulos marcados parecían los de las bellas estatuas de mármol de la galería Uffizi. Por primera vez en un mes se había vestido con un traje gris y camisa blanca. Estaba muy guapo.

–Deja de mirarme –comentó él riendo.

Marnie se ruborizó.

–Si sigues mirándome así, como si quisieras comerme, voy a desear que el viaje sea más largo para poder enseñarte el dormitorio que hay en el avión.

A Marnie no le gustaba ser tan descarada. Leandro sabía que la tenía completamente conquistada, pero ella no podía evitar enamorarse cada día un poco más.

–Tienes que firmar unos papeles antes de la boda –añadió él, pasándoselos–. Siento que sean tantas páginas. Mis abogados son muy meticulosos con los detalles.

–¿Los detalles de qué? –preguntó ella, entristeciéndose al ver la cabecera del documento–. ¿De verdad necesitamos un acuerdo prenupcial?

–Tiene sentido. Soy un hombre muy rico y el único heredero de mi padre. Es mi deber proteger Vialli Holdings.

–Yo jamás querré tu dinero ni el de tu padre si rompemos –le aseguró Marnie, intentando no mostrarse dolida–. No me parece muy optimista hablar del divorcio incluso antes de habernos casado.

–Es un mero trámite. Cuando lo firmes lo guardaremos y nos olvidaremos de él –murmuró Leandro con voz tranquilizadora–. Ya lo leerás después, en el hotel, y verás que solo pretende proteger los intereses de los dos.

Una azafata les ofreció café y unos pastelitos irresistibles. Marnie se metió uno de ellos en la boca y pensó que la interrupción había sido muy oportuna para Leandro.

A través de los altavoces, el piloto les pidió que se abrochasen los cinturones porque iban a aterrizar en Londres. Aquello la animó, estaba deseando ver a sus tíos.

–Ha sido todo un detalle organizar una jornada de spa para tía Susan y para mí antes de la cena de esta noche con tío Brian y contigo.

–Me temo que he tenido que cambiar de planes y no podré cenar con vosotros. Cuando aterricemos, mi conductor te llevará al hotel a encontrarte con tus tíos mientras yo me marcho a París. Volveré mañana por la mañana.

Marnie no pudo ocultar su decepción.

–¿Por qué tienes que marcharte a París el día antes de nuestra boda?

–Por trabajo –respondió él sin más, pensando en Henry y en lo que su exmujer le había contado el día anterior.

–Dominic y yo queremos empezar de cero en Australia, ahora que él por fin tiene el divorcio. Evidentemente, Dominic está encantado de que nos llevemos a nuestro hijo con nosotros, y así Henry podrá conocer mejor a su padre –le había dicho Nicole.

Él se había mordido la lengua para no responder que, durante los diez primeros años de vida de Henry, Dominic Chilton no había mostrado ningún interés en su hijo, pero si en esos momentos deseaba hacerlo, Leandro no era quién para interponerse. Solo iba a París a despedirse del niño.

Seguiremos siendo los mejores amigos, le había escrito a Henry en un mensaje de texto. Aunque en realidad sabía que debía animar al pequeño a acostumbrarse a su nueva vida en Australia, con su verdadero padre.

La boda tendría lugar en un exclusivo hotel con vistas a Hyde Park, pero Marnie se sintió triste porque no llegó a este acompañada por Leandro, sino por su conductor.

Se animó un poco al ver a su tía saliendo del ascensor.

–Estás preciosa. El embarazo te sienta muy bien –la saludó tía Susan.

Marnie la invitó a la suite nupcial y ambas mujeres se quedaron boquiabiertas al verla.

–Es una pena que Leandro haya tenido que ir a París –comentó tía Susan–. Recuerdo que tampoco pudo venir a la boda de Gemma porque también tuvo que ir a visitar a un amigo que había tenido un accidente en París.

–Yo no me acuerdo de la boda de Gemma...

Como era habitual, Marnie se sintió frustrada ante su pérdida de memoria, pero el comentario de su tía le hizo recordar algo. Vio en su cabeza un tren y un periódico que alguien había dejado sobre un asiento. Pensó que era un recuerdo muy raro.

–¿Te encuentras bien? Te has puesto muy pálida.

–Estoy bien. Solo me duele un poco la cabeza. Me parece que va a haber tormenta.

Marnie miró por la ventana y vio el cielo cubierto de nubes grises. El otoño había teñido las hojas de los árboles de Hyde Park de tonos rojizos,

anaranjados y dorados, que se balanceaban como si alguien hubiese tirado confeti en el aire.

–Espero que no llueva mañana para la boda.

–Será perfecta, independientemente del tiempo –le aseguró su tía–. Tengo que admitir que tu tío y yo nos sorprendimos mucho cuando Leandro nos llamó hace unas semanas para contarnos que os ibais a casar, pero supongo que no podíais posponer la boda...

Bajó la vista al vientre de Marnie.

–Espero que no te estés precipitando, cariño –añadió, poniéndose seria de repente–. No tienes que casarte con Leandro porque estés embarazada.

–No es ese el motivo. Quiero a Leandro y él... él me quiere a mí.

–En ese caso, está bien –respondió tía Susan sonriendo.

Marnie intentó no mostrar sus dudas, pero tanto estas como el dolor de cabeza le duraron todo el día y no consiguió relajarse ni siquiera con el masaje y la visita al spa del hotel.

Aquella noche, sola en la enorme cama de la suite nupcial, se aseguró a sí misma que estaba haciendo lo correcto al casarse con Leandro, y que, por supuesto, este debía de quererla. Aunque nunca se lo hubiese dicho.

Deseó que estuviese allí con ella, pero le había dicho que pasaría la noche de antes de la boda en su casa de Belgravia porque traía mala suerte que los novios se viesan justo antes de la boda.

Era extraño, pero Marnie casi tenía la sensación de que Leandro no quería que fuese a la casa en la que habían vivido juntos un año. Un año que, prácticamente, se le había borrado de la mente.

No obstante, al final Leandro tampoco había dormido allí porque se había marchado a París. Por trabajo, le había dicho. Y tía Susan le había recordado que tampoco había ido a la boda de Gemma porque había estado en París.

Oyó un trueno en la distancia y se estremeció. Recordó otra tormenta... pero no sabía cuándo. Se vio a sí misma en el despacho de Leandro, en la casa de Eaton Square. Y lo más extraño fue que sintió miedo al pensar en que tenía que casarse con él al día siguiente, bueno, en unas horas, porque al mirar el reloj se dio cuenta de que eran las tres de la madrugada.

El dolor de cabeza le impedía dormir, pero se dijo que tanto la tormenta como este se habrían pasado a la mañana siguiente.

Se equivocó. La tormenta no había hecho más que empezar.

9

Leandro juró mientras intentaba hacerse el nudo de la corbata y los dedos no le respondían. Se dijo que todos los novios estaban nerviosos el día de su boda. Y, al fin y al cabo, aquella era su segunda boda. Aunque para la primera había sido mucho más joven, había estado más verde y había sido menos cínico. Había creído estar enamorado de ella, lo que demostraba que, con veinticuatro años, había sido un completo idiota.

Había pasado una década y no se iba a volver engañar.

Su breve visita a Henry en París había sido muy dolorosa.

–Vendrás a verme a Australia, ¿verdad, Leandro? Mamá dice que puedes venir a nuestra casa nueva –le había dicho Henry–. Y mi padre me ha prometido que aprenderemos a hacer surf juntos. Como tú ya sabes surfear, podremos ir los tres.

–Eh, te lo vas a pasar genial con tu padre –le había contestado él.

Leandro se imaginó a Henry, con las piernas tan delgadas y los ojos enormes, y se le encogió el corazón en el pecho. Siempre estaría ahí para él, pero el chico tenía un padre que por fin mostraba algo de interés por él.

Aquella mañana, mientras volvía de París, se había recordado que Marnie pronto le daría un hijo que sería suyo. Y que, en aquella ocasión, nadie podría apartarlo de él.

Satisfecho por fin con el nudo de la corbata, tomó su chaqueta y abrió la puerta de su habitación cuando oyó que llamaban.

–Siento molestarte, Leandro –le dijo Betty, el ama de llaves–, pero hay un hombre que quiere verte.

–¿Te ha dado su nombre?

–Jake Clarke. Dice que es el hermano de Marnie. Le he explicado que no está aquí y que tú estás ocupado, pero...

–¿Dónde está?

–Lo he hecho pasar al salón.

El hombre que había delante del sofá tenía todavía peor aspecto que el de la grabación de su cámara de seguridad.

–Señor Clarke –lo saludó Leandro en tono neutral, haciendo un esfuerzo para no darle un puñetazo.

–Estoy buscando a Marnie –contestó él–. La mujer que me ha abierto la puerta ha dicho que mi hermana no está aquí, pero necesito verla.

Tragó saliva compulsivamente.

–Necesito devolverle esto.

Abrió la mochila y sacó un puñado de joyas que dejó sobre la mesa del café. Leandro reconoció inmediatamente el collar de zafiros que había sido el favorito de su madre.

–Marnie insistió en darme el collar de perlas de nuestra abuela, es un amor... Por eso lo que yo hice fue todavía peor –empezó Jake con voz ronca–. Robé unas joyas que supongo que usted le había regalado a Marnie. Cuando vi todas las cajas de terciopelo en la caja fuerte me volví loco. Me dije que seguro que estaban aseguradas. Marnie abrió la caja para darme el collar de nuestra abuela y yo memoricé el código.

Jake gimió.

–¿Qué clase de hombre le roba a su propia hermana? –sollozó–. Siento asco de mí mismo. Llevo semanas queriendo devolver las joyas. Está todo aquí, las perlas de mi abuela también. Quiero devolvérselo todo a Marnie.

–Deme una razón por la que no debo llamar a la policía –le pidió Leandro.

–Pensé que ya lo habría hecho. Tiene todo el derecho del mundo a hacerlo ahora. Lo merezco. No tiene ni idea de cuánto me odio a mí mismo.

Leandro comprendió cómo se sentía Jake. Él también se odiaba a sí mismo. Marnie era inocente.

Había tenido dudas desde el principio y, no obstante, se había aprovechado de su pérdida de memoria para engañarla y convencerla de que se casase con él solo porque pensaba que merecía tener a su hijo cerca.

Su propia arrogancia le dio ganas de reír. En realidad, lo único que merecía era arder en el infierno.

–Marnie no querría que volvieses a la cárcel. Sal de aquí y endereza tu vida.

Después de que Jake se hubiese marchado, Leandro se sirvió un whisky y lo bebió con mano temblorosa. Se secó las gotas de sudor de la frente y se dio cuenta de que por dentro se sentía helado. De repente, estaba perdiendo el control de la situación y no sabía qué hacer.

¿Cómo iba a seguir adelante con la boda y casarse con Marnie sabiendo que todo aquello era mentira? Marnie pensaba que la amaba... y ella lo amaba a él. Leandro estaba convencido porque era tan honesta que, de no amarlo, jamás habría accedido a casarse con él.

Respiró hondo e intentó pensar con claridad. Marnie no recordaba que él la había acusado de robar las joyas. Así que no tenía que preocuparse por eso.

Cuando fuese su esposa se ocuparía de ella. Era rico, así que a Marnie no le faltaría nada. Aunque lo cierto era que Marnie necesitaba muy poco. No era nada materialista. En todo caso, su matrimonio podría funcionar, Leandro sabía que podía hacerla feliz. Y seguía queriendo tener cerca a su hijo.

Se dijo que el repentino mal sabor de boca que tenía era debido al whisky. Necesitaba que el bebé aliviase el dolor de su corazón. Y, tal vez, le susurró una vocecilla en su interior, también necesitaba a Marnie.

–¿Ha llegado ya Leandro? –preguntó Marnie, mirándose el reloj por enésima vez–. La ceremonia es a las dos y faltan solo cinco minutos.

–Debe de estar en un atasco. Tu tío ha oído en la radio que el tráfico está fatal. Estoy segura de que llegará en cualquier momento –intentó tranquilizarla tía Susan–. Estás preciosa, cariño. El vestido es maravilloso y nadie diría que estás embarazada casi de seis meses.

Marnie se miró en el espejo y admitió que el vestido era muy bonito y que, gracias al peinado y el maquillaje, estaba bastante bien.

Pero seguía doliéndole la cabeza desde la noche anterior y, además, estaba un poco mareada y tenía náuseas.

Tía Susan se acercó a la ventana.

–Ese debe de ser Leandro. Al menos, es un hombre vestido de novio. Estoy deseando conocerlo.

Dejó de sonreír al ver la cara de Marnie.

–Estás muy pálida. ¿Te encuentras mal?

–Deben de ser los nervios.

Marnie no sabía por qué estaba tan nerviosa. Quería a Leandro, se recordó. Y este no podía haber sido más atento con ella durante el mes que habían pasado juntos en Florencia. Además, había organizado la boda solo y el viaje de novios en Seychelles, donde pasarían diez días en un hotel de cinco estrellas.

Todo era maravilloso, pero Marnie tenía la sensación de que la cabeza le iba a estallar.

A Leandro lo esperaba su hermanastra en la puerta del hotel.

–¿Dónde estabas? –le preguntó Stephanie después de haberlo saludado con dos besos en las mejillas–. Estaba empezando a temer que ibas a llegar tarde.

–El tráfico está horrible.

Leandro no le contó que se había pasado un buen rato luchando contra su propia conciencia.

Se pasó la mano por el pelo.

–Faltan dos minutos para la hora. Vamos dentro. Va a caer una buena tormenta.

Marnie se sobresaltó cuando llamaron a la puerta de la suite nupcial. Era tío Brian, que le sonrió de oreja a oreja.

–¿Preparada?

–Eso pienso.

Con el corazón acelerado, tomó el ramo de rosas blancas y siguió a su tío fuera de la habitación. Fueron hacia las escaleras que llevaban al salón de bodas del piso de abajo. Desde lo alto, vio a los invitados sentados en sillas blancas decoradas con lazos rosas, esperando a que empezase la ceremonia.

Tío Brian le apretó cariñosamente la mano, que tenía helada, e intentó tranquilizarla diciéndole:

–Menos mal que no has decidido casarte al aire libre. Escucha cómo llueve. Todavía más que anoche.

El dolor de cabeza de Marnie era insoportable. Vio un relámpago por la ventana y sintió que le ardían los ojos. Apretó los dientes y se agarró con fuerza al brazo de su tío para empezar a bajar las escaleras. Miró hacia abajo y solo vio rostros borrosos. Entonces se le aclaró la vista y vio a Leandro, más guapo que nunca, con un traje gris claro, camisa blanca y corbata de seda gris.

La mujer que había a su lado le resultó vagamente familiar. Era alta y delgada, con el pelo largo y castaño. Por supuesto... era su hermanastra, Stephanie. Había visto una fotografía suya en Villa Collina... ¿Y dónde más?

Recordó de nuevo el periódico y una fotografía de Leandro con Stephanie, y que, cuando había visto aquella fotografía no había sabido que Stephanie era la hermanastra de Leandro.

Un trueno ensordecedor retumbó en los cristales de las ventanas y a Marnie se le llenó la cabeza de imágenes.

Había estado en un tren cuando había visto la fotografía de Leandro y una bella mujer y había sentido celos, pensando que era su amante. Aquello no tenía sentido. ¿Por qué no había sabido que era la hermanastra de Leandro? ¿Por qué había desconfiado de él, si Leandro le había contado que habían sido felices juntos?

Se llevó la mano a la cabeza, como si no pudiese soportar tanto dolor, tantos recuerdos.

–¿Marnie, te encuentras bien, *cara*? –preguntó Leandro, acercándose a las escaleras–. ¿Qué te pasa? ¿Te vas a desmayar?

Ella pensó que se estaba volviendo loca. Los recuerdos que se agolpaban en su cabeza no podían ser verdad... eran horribles... Pero sabía que eran verdad y el dolor de su corazón era todavía peor que el de la cabeza.

Soltó el brazo de su tío y bajó un par de escalones más, hasta ponerse a la altura de Leandro. Le resultó extraño no tener que mirar hacia arriba y se dijo que lo había puesto en un pedestal y había permitido que él la tratase muy mal.

–Deja de fingir que te preocupas por mí. He recuperado la memoria, Leandro, me acuerdo de todo.

Él palideció.

–Marnie...

Intentó agarrarle la mano, pero ella no se lo permitió.

–No creías que el bebé era tuyo y pediste una prueba de paternidad – añadió con voz temblorosa.

A sus espaldas, su tía Susan dio un grito ahogado.

El gesto de Leandro era tenso.

–Sé que soy el padre. He recibido el resultado de la prueba.

–¿Y se supone que eso debe hacer que me sienta mejor? –preguntó Marnie, pensando que no iba a llorar delante de él–. Me acusaste de robar las joyas de tu madre.

Leandro estaba completamente pálido

–Sé que no lo hiciste. Sé que fue tu hermano, pero Jake ha devuelto las joyas esta mañana.

–¿Y tú has estado pensando que era una ladrona todo este tiempo? – sollozó ella–. Después de mi caída, fingiste que ya estábamos prometidos y me hiciste creer que habíamos empezado a organizar la boda.

Notó que el bebé se movía en su interior y lo vio todo claro, se echó a reír.

–Por supuesto, querías a tu hijo. Ahora lo recuerdo. Me pediste la prueba de ADN para comprobar que era tuyo, aunque en realidad querías algo más que la custodia del niño, ¿verdad?

A pesar de que estaba temblando y de que le iba a estallar la cabeza, continuó.

–Me ofreciste dinero a cambio del niño. Dios mío, Leandro, qué horror.

Fuera la lluvia había amainado y en el salón de bodas todo el mundo estaba en silencio.

–Permite que te lo explique –le pidió Leandro.

Marnie negó con la cabeza y lo miró con desprecio.

–Ocurriese lo que ocurriese en el pasado, fuimos felices en Florencia –se apresuró a añadir–. Recuerda que te hice feliz.

Fue entonces cuando Marnie se dio cuenta de lo cruel que podía llegar a ser Leandro.

–¿Era todo mentira? ¿Lo has hecho todo no porque quisieras casarte conmigo, sino para poder tener a tu hijo?

Él dudó, y su silencio lo dijo todo.

–Tengo razón, ¿verdad?

A Marnie le temblaron las rodillas y estuvo a punto de caerse, pero el orgullo la mantuvo en pie, y cuando Leandro intentó sujetarla, se sintió furiosa.

–Cara...

–¡No!

Sabía que, si la tocaba, sucumbiría. Porque seguía queriéndolo. Y aquello era lo peor de todo, darse cuenta de que era tan patética como su madre, de que quería a un hombre que no la correspondía.

Gimió. Se sentía destrozada.

–Por Dios, Marnie –le dijo él–. Deja al menos que te ayude a subir las escaleras. Hablaremos cuando estés más tranquila. Estoy seguro de que podemos arreglarlo.

–Aléjate de mí –le dijo ella, levantando el ramo y golpeándole la cara.

Respiró hondo y vio un hilo de sangre en su mejilla.

–Una vez me dijiste que jamás sería tu esposa –añadió en voz baja–. Y tenías razón. Nunca seré tu esposa. Jamás te perdonaré y no podrás hacer nada para convencerme de que me case contigo. No quiero volver a verte.

–Tal vez no quieras volver a verme, pero vamos a tener un hijo juntos –le recordó él.

–Yo voy a tener un hijo, tú no vas a tener nada que ver con él. No quiero volver a verte. Si intentas encontrarme, si nos buscas a mi hijo y a mí, iremos a juicio y le contaré a un juez que me ofreciste dinero para comprar al bebé y que, cuando yo lo rechacé, te aprovechaste de mi amnesia para engañarme y que me casase contigo.

Pensó que su madre había llorado días, semanas, después de que su padre se marchase y eso la enfureció todavía más. Ella no desperdiciaría su vida llorando por Leandro. Este no merecía su amor y ella se merecía mucho más que un hombre que no la amaba.

–Te estás poniendo histérica. Entiendo que estés enfadada, pero, por el bien del bebé, deberías controlarte.

Marnie se dio cuenta de que tenía el corazón muy acelerado. La última vez que había estado en el ginecólogo, la enfermera le había dicho que le estaba subiendo la tensión. De repente, la ira se le pasó de golpe y no pudo seguir conteniendo las lágrimas.

–Permite que cuide de ti –le pidió Leandro en voz baja.

–Déjame en paz –sollozó ella.

No sabía qué hacer. Se limpió la nariz con el dorso de la mano y se dio cuenta de que este estaba manchado de maquillaje. Le dolía mucho la cabeza y tenía náuseas. Y le costaba respirar solo de pensar que se estaba humillando, allí sentada a los pies de Leandro.

–Marnie, tengo que llevarte al hospital. Estás en estado de shock, después de haber recuperado la memoria –le dijo él, agarrándola por la muñeca–. Deja que te ayude.

–Ya has hecho suficiente –intervino tío Brian, poniéndose al lado de Marnie y abrazándola por los hombros.

Era más bajo que Leandro, pero este se sintió intimidado por él.

Vio cómo ayudaba a Marnie a volver a subir las escaleras. Le dolió oír-la llorar y sintió algo que no había sentido nunca antes, como si le acabasen de arrancar el corazón del pecho. Le había salido mal la jugada, peor que mal, y estaba empezando a darse cuenta de que había perdido algo muy valioso.

Marnie lo había querido y él no había valorado ese amor. Y en esos momentos pensaba que era un monstruo y no quería volver a verlo. ¿Qué clase de hombre podía ofrecer dinero a una mujer a cambio de tener la custodia de su hijo? «Un hombre como tu padre», se respondió Leandro en silencio. Y se odió.

Marnie era inocente de todo lo que él la había acusado. No era una mentirosa, no lo había engañado, no le había robado. Le había regalado su virginidad y había sido honesta con él. *Dio*, le había entregado su corazón. Y él lo había pisoteado como un niño mimado con una pataleta, dos veces.

La vio alejarse y supo que merecía perderla, pero no pudo aceptarlo.

–Sé que me odias –le gritó–, pero no se trata solo de nosotros y de nuestra relación. Vas a tener que pensar en las necesidades del niño.

Ella había llegado a lo alto de las escaleras y se giró a mirarlo. A pesar de tener el rostro sucio por el maquillaje, estaba preciosa.

–No tenemos ninguna relación. Eso es lo que tú me dijiste una vez –le recordó–. Y estoy pensando en el bebé. Por el bien del bebé pretendo alejarme lo máximo posible de ti, porque eres cruel y manipulador, y esas no son buenas cualidades para un padre.

Se quitó el anillo de compromiso del dedo.

–Tómalo. Es muy bonito, pero no tiene alma, lo mismo que tú.

Le tiró el anillo, que brilló hasta caer a los pies de Leandro.

Marnie le dio la espalda y echó a andar por el pasillo. Leandro sintió miedo. Marnie lo estaba dejando y él no podía hacer nada para impedirlo.

Se sintió como con siete años, detrás de su madre, rogándole que se quedase con él. En aquella ocasión rogó a Marnie en silencio porque era un hombre. Quiso correr detrás de ella y abrazarla, pero no tenía ningún derecho a hacerlo, después de como la había tratado.

Por primera vez pensó en su comportamiento y se sintió fatal.

–Cuídala, por favor –le pidió al tío de Marnie con voz ronca–. Supongo que irá con vosotros a Norfolk, ¿verdad? Iré a verla dentro de unos días, cuando esté más tranquila. También es mi bebé.

Tal vez hubiese perdido a Marnie y, tal vez, seguro, no la mereciese, pero lucharía por su hijo. No se iba a rendir.

–Marnie, cariño, tienes que intentar dejar de llorar –le dijo tía Susan en tono cariñoso–. Has llorado durante todo el viaje de Londres a Norfolk y eso no puede ser bueno para el bebé.

Pero ella no pudo evitar que los ojos se le volviesen a llenar de lágrimas.

–Puedes quedarte con nosotros todo el tiempo que quieras –continuó su tía–. Espero que Leandro venga a verte en un par de días, como dijo que haría. Me gustaría decirle lo que pienso de él.

–No quiero verlo –dijo Manrie, presa del pánico–. No quiero volver a verlo jamás.

Le daba miedo volver a dejarse engañar por él. Nada podía excusar su comportamiento, le había mentado, había acabado con su confianza y no se merecía una segunda oportunidad.

–Si Leandro va a venir a Norfolk, no puedo quedarme con vosotros –dijo Marnie–. Tengo que ir a un lugar donde no pueda encontrarme mientras pienso qué voy a hacer cuando nazca el bebé.

Su tía dudó antes de abrir el bolso y sacar una carta.

–Tu padre me escribió hace unas semanas y me preguntó por ti. Yo le respondí, le conté que estabas embarazada y que te ibas a casar. Ayer me llegó esta carta, dirigida a ti. Iba a esperar a después de la boda para dártela.

Marnie tomó el sobre con mano temblorosa.

–Tu padre dice que le encantaría volver a verte –murmuró tía Susan–. Tal vez podrías ir a verlo a Bulgaria.

10

El viento procedente del mar azotaba las dunas de arena y mecía la hierba. Marnie se cerró mejor el abrigo y se alegró de haberse puesto el gorro y los guantes de lana. A pesar de que era enero y hacía frío le gustaba salir de casa y estirar las piernas dando un paseo por la playa. Aunque no fuese muy lejos ni anduviese rápidamente.

Se sentía como un hipopótamo, pero ya no le quedaba mucho embarazo. La llegada del bebé estaba prevista en tres semanas y Marnie estaba disfrutando de la recta final del embarazo. Era una época muy especial y le encantaba pasarla en la costa norte de Norfolk. Llevaba varios días sin ver a nadie y tenía la sensación de que estaba sola con su bebé en aquel impresionante paisaje.

Ir a ver a su padre, a la esposa de este y a sus dos hijos, que eran sus hermanastros, había sido como una catarsis. No había sabido qué esperar al llegar al aeropuerto, pero, a pesar de haber estado doce años sin ver a su padre, lo había reconocido al instante y él la había recibido con un enorme abrazo. Su comportamiento también había sido tan desenfadado y gracioso como ella recordaba y su esposa e hijos la habían hecho sentirse bien.

–Las cosas se pusieron tan mal con tu madre que pensé que la familia estaría mejor sin mí –le había explicado su padre–. Las constantes peleas y las acusaciones de infidelidad de tu madre creaban un ambiente muy malo para los gemelos y para ti. No es una excusa, pero los celos obsesivos de tu madre hicieron que me marchase. Intenté seguir en contacto contigo, pero, al parecer, tú no me querías hablar.

–Cuando hablaba contigo por teléfono sentía que estaba traicionando a mamá –había admitido Marnie–. Supongo que te echaba la culpa de su infelicidad. Ella solo quería que tú la amases.

Al decir aquello, Marnie se había dado cuenta de que era igual que su madre. Que Leandro la amase había sido lo más importante en su vida.

–Tu madre desconfiaba de mí porque le faltaba confianza en sí misma y pensaba que no merecía ser amada, pero uno no puede hacer responsable de su felicidad a otra persona. Tienes que quererte a ti misma y creer que mereces ser amada para tener una relación equilibrada, en la que haya respeto y confianza por ambas partes.

Pensando en lo que su padre le había dicho, Marnie reconoció que no había tenido con Leandro una relación de igual a igual. Ella había estado demasiado dispuesta a complacerlo. No se había respetado a sí misma.

Observó a las gaviotas que sobrevolaban el mar antes de darse la media vuelta para volver a la casa de madera escondida entre las dunas que había sido su hogar durante la última semana. Al acercarse más vio una figura en el camino. Antes ya se había encontrado a alguna persona que iba a observar a los pájaros, pero algo en aquella figura la puso en alerta.

Se aseguró que no podía ser él, pero su cuerpo lo reconoció a pesar de la distancia. Por un instante, pensó en echar a correr en dirección contraria, pero el bebé pesaba demasiado, así que aquella no era una opción en su estado. Además, no tenía por qué huir de Leandro. Este ya no le podía hacer más daño. Llevaba dos meses y medio olvidándose de él. Y lo había conseguido.

Subió por el empinado camino y cuando llegó a su lado estaba colorada y con la respiración acelerada. Leandro estaba muy guapo, vestido con una cazadora forrada de borrego.

Aunque, al mirarlo mejor, Marnie se dio cuenta de que estaba muy delgado y que tenía el pelo más largo de lo habitual, descuidado. No obstante, lo que más la sorprendió fue su mirada, que parecía triste y vacía. Daba la sensación de que había pasado los dos últimos meses en el infierno y a Marnie se le ablandó el corazón.

No obstante, se dijo a sí misma que no iba a permitir que Leandro la volviese a engatusar.

–No es posible que mis tíos te hayan dicho dónde estaba. ¿Cómo lo has averiguado?

Él frunció el ceño, como si su tono agresivo lo hubiese sorprendido.

–Encontré esta casa un par de semanas después de que desaparecieses –le respondió–. Recordaba que me habías contado que tus tíos tenían una casa en Norfolk. Entiendo que ellos no quisieran decirme dónde estaba, pero fue fácil encontrarla en el registro de la propiedad.

Hundió las manos más en los bolsillos y no apartó la mirada de su rostro.

–Vine corriendo a Norfolk para intentar hablar contigo, pero no estabas aquí y la casa estaba cerrada. No obstante, he estado viniendo de vez en cuando, por si aparecías. Cuando he llegado hoy y he visto un coche aparcado he tenido la esperanza de que fueses tú.

–No tenías que haberte molestado tanto. No tenemos nada de qué hablar.

–Yo sí que tengo algo que decirte. Quiero explicarte...

–No quiero oírlo.

Lo interrumpió con brusquedad y el gesto de Leandro volvió a ser de sorpresa. Cuando habían estado juntos Marnie siempre lo había escuchado.

–Ya no me importa lo que quieras, Leandro. En el pasado intenté complacerte demasiado. Tú sabías que te quería y lo utilizaste para manipularme, pero ya sé la clase de hombre que eres en realidad y me temo que vas a tener que buscarte a otra tonta patética con la que jugar.

–Nunca he pensado que fueses patética.

Ella se encogió de hombros.

–Me da igual.

De repente, se sintió cansada. Pasó junto a Leandro para meterse en la casa.

–Supongo que querrías encontrarme para comprobar que el bebé está bien. El embarazado va bien y el bebé también, así que ya puedes marcharte. Te llamaré dentro de un par de semanas, cuando haya nacido tu hijo.

Lo oyó jurar entre dientes y cuando abrió la puerta se dio cuenta de que lo tenía detrás.

–No voy a irme a ninguna parte, *cara*. Me voy a quedar aquí.

–De eso nada. No te quiero aquí.

Marnie se enfadó y sintió miedo. Una cosa era decirse que lo había olvidado cuando no lo veía y otra muy distinta tenerlo delante.

A Leandro le brillaron los ojos.

–He hablado con tus tíos y están preocupados por ti. Estás aquí, apartada de todo, sola, y a punto de dar a luz.

–Estoy bien. Tía Susan vive a menos de una hora. Cuando me ponga de parto la llamaré, vendrá y me llevará al hospital. Todo el mundo dice que el primer bebé tarda horas en nacer.

–¿Y vas a poner en riesgo el bienestar del bebé solo por oponerte a mí? –le preguntó Leandro–. Aunque sea solo por el bien de tus tíos, deja que me quede y que cuide de ti.

–No necesito que nadie me cuide –replicó ella.

Se sentó en el banco e intentó inclinarse hacia delante para quitarse las botas.

–Estás muy embarazada. Por supuesto que necesitas que te cuiden –murmuró él, arrodillándose a ayudarla.

Marnie pensó que tenía que insistir en que Leandro se marchase, pero estaba demasiado cansada para pelear. Se quitó el gorro y vio cómo Leandro clavaba la mirada en su trenza. Hizo caso omiso, se levantó y fue hacia el salón. Las paredes blancas y las grandes ventanas hacían que fuese una habitación muy luminosa incluso en invierno, y la chimenea le daba calor y alegría.

Echó otro tronco al fuego antes de quitarse el abrigo e hizo una mueca al darse la media vuelta y ver la expresión con la que la miraba Leandro.

En su estado, los leggings y el ancho jersey eran muy cómodos, pero nada elegantes, y Marnie sabía que estaba enorme.

–Estoy embarazada de treinta y siete semanas –comentó.

–Estás preciosa.

–No te molestes en intentar engatusarme. Estoy del tamaño de un autobús, pero no me importa –le respondió, apoyando la mano en su vientre–. Me encanta estar embarazada y saber que el bebé está sano.

Leandro se quitó la chaqueta y se acercó a la barra que había en la zona de la cocina. Puso agua a hervir y abrió varios armarios hasta que encontró las tazas.

–¿Café o té? ¿Quieres comer algo? Te puedo preparar una tortilla.

–Solo una taza de té, gracias.

A Marnie le dolían las piernas después del paseo y se dejó caer en el sofá que había delante del fuego. Un minuto y le diría a Leandro que se marchase, aunque era agradable tenerlo allí... no estar sola...

Suspiró sin darse cuenta al mirarlo. Iba vestido con vaqueros y un jersey color crema que le quedaba perfecto. Deseó pasar los dedos por su pelo.

Él se acercó con una bandeja con las bebidas y un paquete de galletas, y después de dejar la bandeja sobre la mesa se sentó a su lado, demasiado cerca para que Marnie se sintiese cómoda. Olía divinamente...

–Mi exmujer odiaba estar embarazada. Decía que el embarazo estropeaba su cuerpo.

Marnie abrió mucho los ojos.

–¿Estuviste casado?

–Poco tiempo. Tanto Nicole como yo supimos que habíamos cometido un error poco antes de nuestro segundo aniversario de boda –continuó él en tono seco.

–Y... ¿tienes un hijo? –preguntó ella, casi sin poder creerlo–. Has dicho que tu exmujer estuvo embarazada.

–Por desgracia, el niño no era mío.

Le dio un sorbo a su taza y la miró.

–Conocí a Nicole poco después de que mi madre falleciese. Tal vez estuviese buscando amor, porque, de niño, siempre había pensado que a mi madre le importaba más su carrera que yo. En cualquier caso, me enamoré de Nicole y cuando me dijo que estaba embarazada, decidí casarme con ella, pero no funcionó. Yo trabajaba mucho y aunque a Nicole le gustaba gastar dinero, le fastidiaba que tuviese que estar tantas horas fuera de casa.

Respiró hondo antes de continuar.

–Fue un divorcio amistoso y decidimos compartir la custodia de Henry porque yo pensaba que era mi hijo.

–¿Y cómo descubriste que no lo era?

–Unos años después de estar divorciados oí rumores de que Nicole tenía una aventura con un político inglés. No le di muchas vueltas, mi exmujer era libre para hacer lo que quisiera. No obstante, Henry estaba empezando a crecer y hubo comentarios... sobre todo de mi padre, de que el niño no se parecía en nada a mí. Yo lo quería, y no podía creer que Nicole me hubiese engañado, pero, al final, para salir de dudas, pedí una prueba de paternidad y esta me confirmó que yo no era el padre de Henry.

Marnie se dio cuenta de lo mucho que le dolía aquello a Leandro e imaginó cómo debía de haberse sentido con la terrible noticia.

–¿Y Nicole sabía que tú no eras el padre del niño?

–Sí, siempre supo que aquel político, que era su amante, Dominic Chilton, era el verdadero padre de Henry –admitió él con amargura–, pero Chilton estaba casado y le preocupaba que hubiese un escándalo que arruinase su carrera política.

Así que Nicole decidió engañarme y hacerme pensar que el niño era mío. Cuando me enteré de la verdad ya no podía dejar de ver al niño sin más. Así que he estado yendo a París una vez al mes a estar con él. Ahora Chilton ha dejado la política y se ha divorciado de su mujer. Nicole y él han hecho pública su relación y se han llevado a Henry a Australia a vivir.

Marnie entendió entonces que Leandro le hubiese pedido una prueba de paternidad. Notó que el bebé se movía y, sin pensarlo, agarró la mano de Leandro y se la puso en el vientre para que lo sintiese también.

–Sea niño o niña, me parece que va a ser futbolista –comentó, intentando quitarle hierro al momento.

La mano de Leandro le pesó en el vientre y su calor traspasó la ropa e hizo que le ardiese la piel. Tuvo la sensación de que hacía una eternidad que no la había tocado y no pudo evitar sentir calor también entre las piernas. La historia que le acababa de contar explicaba su comportamiento, pero no lo excusaba.

De repente, la habitación empezó a quedarse a oscuras, Marnie sintió frío y se levantó a echar más leña al fuego. Por la ventana vio ya la luna amarillenta, cerniéndose sobre el mar.

–¿Por qué nunca me contaste que ibas a París a ver a Henry?

–Porque no solíamos hablar de temas personales.

Marnie dejó escapar una carcajada.

–Lo que quieres decir es que para ti era solo una amante con la que solo querías sexo. Solo me prestabas atención en la cama.

–Eso no es cierto. En Florencia...

–Florencia fue diferente –replicó ella, fulminándolo con la mirada–. Sé que me llevaste allí para hacerme creer que nuestro matrimonio iba a ser real, aunque lo cierto es que solo querías poder tener cerca a tu hijo.

Él se puso en pie y se acercó a su lado, pero se detuvo al ver que Marnie se abrazaba a sí misma, como para proteger al bebé que llevaba dentro de él.

–Sé que es lo que parece...

Ella volvió a interrumpirlo.

–Es lo que parece porque es la verdad. Aprovechaste mi amnesia y apuesto a que rezaste por que no recuperase jamás la memoria, pero, por si acaso, en Florencia actuaste como si estuvieses enamorado de mí y yo me lo creí.

Leandro se ruborizó. Era la primera vez que Marnie le hablaba de manera tan fría. Y tenía derecho a estar enfadada, pero Leandro no había pensado que lo estaría tanto.

–Admito que al principio fue así. Sabía que el niño era mío y estaba decidido a casarme contigo, pero las cosas cambiaron en Florencia.

–Por favor no insultes a mi inteligencia diciéndome que te enamoraste de mí en Florencia –contestó ella en tono duro.

Y Leandro empezó a darse cuenta de que aquel tono, aquella manera de hablar, formaban parte de la nueva Marnie, una Marnie que era así por su culpa.

–En Florencia nos hicimos amigos, ¿no? –le preguntó él.

–Los amigos no se mienten ni se engañan. Te olvidaste de contarme que me habían ofrecido unas prácticas en la NASA porque no querías que me llevase al bebé a California y que continuase allí con mis estudios, aunque sabías que era mi sueño.

Leandro sabía que merecía que Marnie le hablase con desprecio, pero no había esperado que le doliese tanto. Casi habría preferido que le gritase. Cualquier cosa habría sido mejor que aquella frialdad.

–Hice lo que pensé que sería mejor para el bebé. Mi madre me abandonó por su trabajo y no quería que mi hijo se sintiese igual.

A Marnie le brillaron los ojos peligrosamente.

–Yo jamás abandonaré a mi hijo. Por ningún motivo. Desde que me enteré de que estaba embarazada acepté que mis sueños pasarían a un segundo plano y que tenía que centrarme en ser madre. Todo lo que has hecho lo has hecho por ti, por lo que tú querías, así que no intentes echarle la culpa al bebé de tu comportamiento. Solo estás aquí porque es lo que quieres, si de verdad te preocupases por mí te marcharías y me dejarías en paz.

Marnie estaba respirando con dificultad y tenía el corazón acelerado. La expresión de sorpresa de Leandro hizo que le entrasen ganas de llorar. Había pensado que se sentiría bien después de decirle lo que pensaba de él, pero lo vio palidecer, vio que sus ojos se quedaban sin vida, y no quiso imaginárselo de niño, creciendo sin su madre. Ni quiso pensar en cómo debía de haber sido la despedida de Henry, que se había ido a vivir con su verdadero padre a Australia.

–Lo siento –dijo él después de un largo silencio, compungido–. No sabes cuánto siento...

Cerró los ojos un instante, como si fuese a ponerse a llorar.

–Lo siento todo. Siento haberte hecho daño y me encantaría poder marcharme, porque sé que no me quieres aquí, pero no te puedo dejar sola en un lugar tan aislado y supongo que no vas a permitir que te lleve conmigo a Londres.

Ella asintió.

–Así que voy a sacar mis cosas del coche y después voy a preparar la cena para los dos. Si no me quieres hablar, lo entenderé, pero créeme, *cara*, es imposible que me detestes tanto como me detesto yo.

11

Sorprendentemente, aquella noche Marnie durmió mejor que en mucho tiempo. Tal vez porque había cenado bien. Aunque tenía que reconocer que había influido saber que Leandro estaba en el piso de arriba.

A ella le costaba subir las estrechas escaleras y no sabía que Leandro estaba en esos momentos tumbado en la pequeña cama con un fuerte dolor de cabeza porque se había dado un golpe con el bajo techo.

Y todavía le dolía más el corazón al recordar todo lo que Marnie le había dicho. Nunca había fracasado en los negocios y, en esos momentos, se dio cuenta de que estaba fracasando en lo que le importaba más: convencer a Marnie de que le diese una segunda oportunidad.

–No sabía que supieses cocinar –le dijo Marnie dos días después, mientras se terminaban el curry que Leandro había preparado para cenar.

–En Londres no necesito hacerlo, tengo el ama de llaves, y en Villa Collina, un estupendo chef, pero aprendí con el cocinero que mi padre contrató cuando fuimos a vivir a Nueva York. La verdad es que es muy práctico, sobre todo, cuando el restaurante más cercano está a unos quince kilómetros.

Leandro dio un sorbo a su vino tinto y respiró despacio al ver sonreír a Marnie. La tensión había ido disminuyendo entre ambos y aunque ella seguía estando poco habladora, su tono de voz no era tan helador.

–A mí me encanta que la casa esté alejada de todo. Sería un lugar precioso para que creciese un niño, con la playa para jugar.

Era la primera vez que hablaba del futuro y de lo que quería hacer cuando naciese el niño. Leandro tenía sus propias ideas, pero sabía que tenía que ser paciente y tomarse las cosas con tranquilidad si quería volver a ganarse a Marnie.

–¿Adónde fuiste cuando te marchaste de Londres? Pensé que no te iba a encontrar jamás.

–A Bulgaria, con mi padre y su familia.

Él la miró sorprendido.

–Estuvo bien pasar algo de tiempo con papá. Lo había echado de menos y él estaba muy disgustado con nuestra pérdida de contacto. También le gustaría ver a Jake, pero no sabemos dónde está.

A Marnie le tembló la voz al recordar que su hermano había robado las joyas de la caja fuerte de Leandro y, después, había desaparecido.

–Tu hermano está trabajando en Escocia, tal y como tenía planeado –le respondió Leandro–. De hecho, tanto Jake como mi padre vinieron a Londres a pasar las navidades conmigo, cosa que jamás habría imaginado.

–¿Celebraste las navidades con Jake... y con tu padre?

–Bueno, yo no diría precisamente que las celebré. La verdad es que no estaba de humor. Tu hermano volvió a pasarse por casa para disculparse después de haberme devuelto las joyas. Tú, evidentemente, no estabas allí, y yo estaba borracho a las dos de la tarde. Por aquel entonces estaba borracho prácticamente todo el día –admitió–. Me costaba asimilar que lo había estropeado todo contigo y cuando se lo conté a Jake se puso en contacto con mi padre sin saber que Silvestro era la última persona a la que yo le habría pedido ayuda.

Sacudió la cabeza al recordar cómo habían transcurrido los acontecimientos a partir de entonces.

–Me quedé de piedra cuando mi padre llegó de Nueva York, y entre él y tu hermano me sacaron del pozo en el que estaba. En una semana hablé más con mi padre que en treinta y tantos años.

Habían sido unas navidades muy extrañas. Se había hecho amigo de Jake y se había enterado de muchas cosas acerca de Silvestro.

–Mi padre nunca dejó de querer a mi madre, ¿sabes? Yo siempre pensé que la odiaba, pero lo cierto es que se quedó destrozado cuando ella se fue de gira con un musical. Estaba celoso de su carrera. Quería que se quedase en casa y que fuese solo su esposa. Cuando se marchó, quiso ir a buscarla y pedirle que lo volviesen a intentar, pero no lo hizo, se encerró en sí mismo. Yo siempre lo había visto como a una persona muy fría, pero ahora sé que tiene sentimientos, lo que ocurre es que no es capaz de expresarlos porque tiene miedo a que le vuelvan a hacer daño.

Leandro se había dado cuenta de que quería luchar por Marnie aunque no estuviese seguro de conseguir lo que más deseaba en el mundo.

Que hubiese declarado una tregua con Leandro no significaba que estuviese enamorándose otra vez de él, se aseguró Marnie una mañana, tumbada en la cama, bebiendo un té que él le acababa de llevar.

Hacía ocho días que había llegado a la casa y no había hecho más que cuidarla: cocinaba y limpiaba y no le permitía realizar ningún esfuerzo.

–Ojalá pudieses venir a Londres conmigo –le dijo Leandro, que había ido a preguntarle si quería más té–. Si no tuviese una reunión tan importante, no te dejaría sola aquí.

–Estaré bien. Además, solo van a ser veinticuatro horas –le aseguró ella–. Has dicho que vas a volver mañana, ¿no?

–He cambiado de opinión, volveré esta noche, en cuanto termine la reunión. Me preocupa dejarte aquí. La matrona dijo que podrías ponerte de parto en cualquier momento.

–Todavía faltan dos semanas para la fecha prevista de parto. Me duele la espalda y estoy incómoda con tanto peso, así que no me apetece estar metida varias horas en un coche para ir a Londres.

–¿Por qué no me habías dicho que te dolía la espalda? –preguntó él–. Podría significar algo.

–Sí, significa que estoy como una ballena y que no encuentro una posición cómoda para dormir.

Él clavó la vista en su tripa. Marnie se había preguntado varias veces en los últimos días si todavía se sentiría atraído por ella, pero sabía que era complicado.

Suspiró y se tapó con la sábana hasta la barbilla.

–Vete y trabaja, y no vengas esta noche solo por mí –murmuró.

Era extraño, pero le estaban entrando ganas de llorar solo de pensar en pasar un día sin él. Se dijo que debía de ser culpa de las hormonas del embarazo.

–Voy a volver esta noche –le aseguró él con voz dulce.

Su mirada también había cambiado, ya no era dura, sino cariñosa. No obstante, Marnie se recordó que no la quería a ella, que solo quería al bebé.

–No hagas mucho hoy, *cara* –se despidió después de darle un beso en la mejilla–. Te prometo que volveré en cuanto pueda.

Ella contuvo el impulso de pedirle que no se marchase, que se quedase allí, pero en su lugar dijo:

–He aprendido que tus promesas no significan mucho.

Le pareció que el gesto de Leandro era de dolor, pero se dijo que no podía ser, aun así, se sintió fatal.

–Acepto que dudes de mi palabra a causa de mi comportamiento –le respondió él en voz baja–. Y solo espero conseguir que algún día vuelvas a confiar en mí. Es evidente que voy a tener que demostrarte mejor que he cambiado.

Salió de la habitación sin dar a Marnie tiempo a responder y, unos minutos después, esta oyó rugir el motor de su coche al alejarse. Contuvo las lágrimas y pensó que se levantaría cinco minutos más tarde y se daría una ducha.

Cuando despertó estaba desorientada y al mirar el reloj se dio cuenta de que había dormido varias horas. Leandro ya debía de estar en Londres, pensó.

Se sentó en la cama y se puso en pie, y sintió un dolor agudo en el vientre. Estaba poniéndose recta, apoyada en la cómoda, cuando otro espasmo de dolor la sacudió.

No era posible que estuviese de parto. Era demasiado pronto. Debían de ser las conocidas como contracciones de Braxton Hicks, que ya había sentido alguna vez antes. Salvo que en esos momentos eran más fuerte. Mucho más fuertes.

El siguiente espasmo la hizo gritar del dolor y, al mismo tiempo, sintió algo húmedo entre las piernas. Tomó el teléfono y le dio al botón del número de la matrona, que Leandro había insistido en grabar, y suspiró aliviada cuando esta respondió al segundo tono.

–Si piensas que has roto aguas, llamaré una ambulancia y estará allí en diez minutos –le dijo esta–. ¿Está tu pareja contigo? Será mejor que lo llames y le adviertas que es posible que el bebé vaya a nacer.

Leandro juró al darse cuenta de que se había pasado la salida de la autopista que debía tomar. Lo cierto era que no tenía la cabeza donde la tenía que tener. Estaba preocupado y no solo por el bebé, sino más bien por Marnie.

Salió en cuanto pudo de la autopista y aparcó en el área de servicio para llamar a uno de sus directivos y pedirle que se ocupase de aquella reunión. Después, volvió a arrancar el coche, se dirigió a un cambio de sentido y emprendió la vuelta a Norfolk.

Llevaba una hora de camino cuando sonó su teléfono.

–He roto aguas –anunció Marnie con la respiración entrecortada–. La matrona acaba de llegar y dice que el bebé viene ya. No me da tiempo a ir al hospital. Leandro... tengo miedo.

–Tesoro –respondió él–. Te prometo que todo va a salir bien. Ya estoy volviendo a casa.

Leandro sintió que se le encogía el pecho, pero se dijo que tenía que ser fuerte y cumplir la promesa que le acababa de hacer a Marnie, aunque, ¿qué podía hacer él? Marnie iba a dar a luz en una cabaña alejada de todo, sin los servicios de un hospital.

Era normal que estuviese asustada. Él también lo estaba. Y odiaba sentirse tan impotente. Se sintió culpable por haberla dejado sola. Había sido un tonto al no darse cuenta antes de lo mucho que significaba para él.

El bebé estaba a punto de nacer y ya no había tiempo para convencer a Marnie de que, ante todo, le importaba ella y nadie más que ella.

Todo estaba ocurriendo muy deprisa. Demasiado deprisa. A pesar del dolor, Marnie intentó concentrarse en seguir las instrucciones que le daba la matrona.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas al recordar cómo se había despedido de Leandro antes de que este se marchase a Londres. Hasta ese preciso instante, en el que estaba rota de dolor, no se había dado cuenta de que seguía queriéndolo.

Leandro entró en la cabaña y lo primero que oyó fue gritar a Marnie de dolor.

Corrió al dormitorio y la vio tumbada en la cama, con la cabeza echada hacia atrás, con mucho dolor.

–Está sufriendo –le dijo a la matrona, que estaba a los pies de la cama–. ¿No le puede dar algo?

–Me temo que es demasiado tarde –respondió tranquila–. Marnie lo está haciendo muy bien y usted ha llegado a tiempo de ver cómo nace su bebé.

Marnie gimió.

–¡Otra contracción! No puedo más. Leandro, ayúdame.

Habría dado cualquier cosa por ponerse en su lugar y sufrir por ella, pero hizo lo único que podía: agarrarla de la mano y darle un beso en los dedos.

–Apriétame la mano cada vez que tengas una contracción. Estoy aquí contigo, *cara*, te prometo que te ayudaré todo lo que pueda.

El dolor no menguó, pero Marnie sintió menos miedo con Leandro a su lado.

Entonces, sintió la necesidad de empujar.

–¿No quieres ver cómo nace tu hijo? –le preguntó.

Él negó con la cabeza.

–Te he prometido que voy a estar aquí contigo.

La expresión de Marnie cambió y a él se le rompió el corazón al oírla gemir de nuevo.

Mucho tiempo después, o eso le pareció a él, la oyó respirar hondo y, después de dar un grito, hizo salir al bebé.

–Enhorabuena, es una niña –anunció la matrona, levantando al bebé.

Aun entonces, la mirada de Leandro siguió clavada en Marnie, cuyo gesto se volvió de repente de felicidad.

–¡Una niña! Leandro, tenemos una hija.

Temblando del agotamiento y de la emoción, Marnie tendió los brazos y la matrona le dio a la pequeña envuelta en un chal blanco para que se le pusiese al pecho.

–Oh... –suspiró, olvidando todo el dolor del parto–. Mira, es perfecta.

–Sí –admitió Leandro sin dejar de mirarla a ella–. Completamente perfecta.

Quería abrazar y besar a Marnie, decirle que era increíble, pero se contuvo para no interrumpir aquel primer momento en que la madre y la niña estaban juntas. Se sintió excluido, pero se dijo que la culpa era suya y solo suya.

Marnie lo miró.

–¿Habrías preferido un niño?

–Por supuesto que no –respondió él, sonriendo.

Pero Marnie se dio cuenta de que no sonreía de corazón.

–Es una niña preciosa –dijo Leandro–. ¿Has pensado un nombre para ella?

–Me gustaría llamarla Stella –le respondió, deseando que le diese un beso.

Aunque no tenía por qué hacerlo, ya que solo estaba allí por el bebé.

La pequeña se movió y ella consiguió no derramar ni una lágrima. Era madre y, pasase lo que pasase a partir de ese momento entre Leandro y ella, siempre haría lo que fuese mejor para su hija.

12

Llevaron a Stella a Londres después de unos días porque Marnie había tenido que admitir que pasar las tormentas del invierno en la cabaña de Norfolk no era lo más sensato.

Se sintió bien de vuelta a Eaton Square, donde Betty la ayudaba y Leandro seguía pendiente de ella.

Durante las seis semanas siguientes la tregua que habían establecido en Norfolk se fue convirtiendo en una verdadera amistad, lo que era bueno, aunque el futuro siguiese siendo incierto y ella siguiese sintiendo algo por Leandro.

Un día, después de dar un paseo por el parque con Leandro y la niña, se dio cuenta de lo mucho que deseaba a Leandro, pero se dijo que no podía complicar más su situación.

Una vez en casa, Marnie empezó a darle de comer a la niña y Leandro la observó y pensó que era sorprendente lo rápido que había recuperado la figura. Estaba muy guapa, vestida con unos vaqueros y un jersey de cachemir rosa. Llevaba el pelo rubio recogido en una cola de caballo y algún mechón suelto alrededor del bonito rostro.

Solía mantener el deseo a raya dándose duchas frías, pero el dolor de su corazón era imposible de apaciguar.

Esperó a que Marnie acostase a la niña y le dijo:

–¿Podemos hablar?

De repente, Marnie se vino abajo al verlo tan serio.

La llevó al dormitorio y sacó unos papeles del cajón de la mesita de noche. Y ella supuso que sería un acuerdo de custodia de Stella.

–He pensado que esto te parecería interesante.

Ella frunció el ceño al ver que no era ningún documento legal.

–¿Casas en alquiler en California? –preguntó.

–Vas a necesitar un lugar donde vivir si decides hacer las prácticas en la NASA. He hablado con el director del programa de prácticas en California y le he explicado tu situación. Están dispuestos a aceptarte a partir de septiembre de este año. Para entonces, Stella tendrá ocho meses y he pensado que...

–¿Qué has pensado? ¿Que voy a dejar a mi hija en Inglaterra contigo para continuar con mi carrera? ¿Cómo puedes hacer algo así? Pensé que nos habíamos hecho amigos, pero ya veo que has estado todo el tiempo buscando la manera de quitarme a mi hija.

–¿Amigos? –dijo él–. Sí, yo también pensaba que éramos amigos, pero ahora me doy cuenta de que no he conseguido ganarme tu confianza. Y lo comprendo, pero tenía la esperanza...

Respiró hondo.

–Mi idea era que los tres nos fuésemos a los Estados Unidos, y cuidar yo de la niña cuando tú estuvieses trabajando.

–¿Cómo vas a dirigir Vialli Entertainment si te vas a California?

–Pensaba nombrar a alguien que ocupase mi lugar y seguir al tanto del negocio, por supuesto, pero si me ocupo yo de Stella tú podrás continuar con tus estudios y cumplir tu sueño.

–Vialli Enterntainment lo es todo para ti.

Marnie se limpió las lágrimas con dedos temblorosos. Leandro la estaba mirando de una manera... con una intensidad que hacía que se le encogiese el corazón.

–Sé lo mucho que quieres a tu hija, si estás dispuesto a abandonar tu carrera por ella –dijo.

–Dejaría mi carrera. Lo dejaría todo... por ti, Marnie –susurró él.

Ella se mordió el labio.

–No entiendo...

–Quiero que tengas la oportunidad de cumplir tus sueños y sé que podrás combinar a la perfección la astronomía y la maternidad. Quiero que seas feliz.

Leandro respiró hondo y rezó por primera vez en su vida.

–Te quiero, Marnie. Te quiero más de lo que pensaba que era posible amar. Y quiero a nuestra hija, por supuesto, pero tú lo eres todo para mí, tesoro, eres mi mundo, mi alegría, el amor de mi vida.

–¿Leandro...?

–*Ti amo, mio amore.*

Como las palabras no eran suficientes para expresar lo que sentía, la abrazó.

–Te quiero –susurró contra sus labios–. Por favor, créeme. Por favor, perdóname. Antes me querías y, si me lo permites, pasaré el resto de mi vida intentando recuperar tu amor.

Marnie se dio cuenta de que podía permitir que su orgullo se interpusiese entre ambos para siempre. O podía encontrar el valor necesario para dejarse llevar por el corazón y, tal vez, todos sus sueños se hiciesen realidad.

Tomó el rostro de Leandro con ambas manos y se le encogió el corazón al ver cómo le brillaban los ojos. Que aquel hombre grande y fuerte pudiese llorar por ella fue una cura de humildad.

–No tendrás que recuperar mi amor –le dijo–, porque nunca he dejado de quererte, ni siquiera cuando me sentía débil y patética por amar a un hombre que no me correspondía.

–Te quiero –volvió a decirle él–, pero durante mucho tiempo no quise admitir que me estaba enamorando de ti. Fue cuando te fuiste, después de que intentase engañarte para que te casases conmigo, cuando me di cuenta de lo que

significabas para mí. Entonces volví a encontrarte y, como era de esperar, estabas furiosa conmigo, y tuve miedo de haberte perdido para siempre.

Leandro limpió las lágrimas de Marnie con sus labios antes de besarla en la boca. Y Marnie se dio cuenta de que todas sus dudas habían desaparecido.

–Quería castigarte porque no me amabas –le confesó–. Mi madre desperdió su vida llorando por mi padre y a mí me daba miedo ser como ella.

–Te prometo que no te daré jamás motivos para llorar –le aseguró él.

Pero rompió la promesa en ese mismo momento dándole un anillo con un precioso diamante.

–Lo he escogido porque no es demasiado llamativo, pero es puro y bello, como tú. Me harías el hombre más feliz del planeta si te casases conmigo, Marnie.

Ella lo miró a los ojos y se dio cuenta de cuánto la quería.

–Sí –susurró.

Leandro le puso el anillo y volvió a limpiar sus lágrimas con besos.

–Si pudiera, te daría la luna y las estrellas.

–Solo os quiero a Stella y a ti. Mi familia –respondió ella, feliz.

Una vez más las palabras no fueron suficientes y Leandro la abrazó y la besó para demostrarle lo que sentía. Después, la desnudó con manos temblorosas y se desvistió él también.

–Llevo tanto tiempo queriendo hacer esto –murmuró, tumbándola en la cama y colocándose encima de ella.

Cuando la penetró fue como si aquella fuese la primera vez que hacían el amor. Marnie sintió que era una experiencia nueva porque estaban haciendo el amor con el corazón además de con el cuerpo, y estaba segura de que aquel amor duraría toda la vida.

Epílogo

El sol brillaba con fuerza en el cielo azul de California y el pelo de Marnie ondeaba al viento mientras ella conducía un coche descapotable. Se había puesto morena y, nueve meses después de haber tenido a Stella, estaba más esbelta que antes del embarazo gracias al ejercicio que hacía nadando en la piscina.

Leandro había alquilado una lujosa casa en un barrio tranquilo, a pocos kilómetros del centro de la NASA en el que ella continuaba con su posgraduado de Astrofísica. Llevaban casi dos meses en California y ya tenían su rutina. Marnie se iba por las mañanas a trabajar y dejaba a Stella con Leandro.

–¿No echas de menos ir a trabajar a tu despacho? –le había preguntado a Leandro un par de días antes.

–Mucho –había respondido él–. Me paso el día al sol con mi hija y con mi maravillosa mujer, cuando no está trabajando. ¿Cómo voy a echar de menos estar sentado en un despacho?

Aunque seguía siendo un hombre de negocios y eso lo había llevado a comprar un viñedo que había cerca de la casa, y le había pedido a Jake que se ocupase de gestionar la finca.

–Tu hermano se pondrá al mando y yo disfrutaré bebiendo el vino –le había dicho a Marnie–. El viñedo es una buena inversión y como a ti van a darte trabajo en la NASA, me parece que nos vamos a quedar una buena temporada en California.

Marnie llegó a casa y se dirigió a la piscina pensando que la vida no podía irles mejor.

Vio a su hija en el agua, en brazos de Leandro y sintió adoración, y miró a su marido y sintió deseo. Leandro le dio a la niña y después salió de la piscina y se secó.

–Qué suerte tengo de tener dos mujeres tan bellas en mi vida –comentó él–. Y una ventaja de nadar con la niña es que se cansa. Se está quedando dormida en tu hombro.

Marnie dejó a Stella con cuidado en su cochecito y colocó bien la sombrilla.

–Supongo que dormiré una o dos horas.

Leandro la abrazó.

–Umm... Eso significa que tenemos ese tiempo para nosotros –murmuró–. Me pregunto qué podríamos hacer...

–Tengo una idea –le dijo ella, dándole un beso en los labios.

–Espero que estés pensando en lo mismo que yo –respondió Leandro, ayudándola a tumbarse en una hamaca y bajándole los tirantes del vestido.

Se tumbó sobre ella y se sintió feliz.

–Mi idea es amarte de aquí a la eternidad –dijo, con los ojos brillantes.

–Demuéstramelo –respondió ella.

Y lo hizo.